

MI
QUERIDA
ENEMIGA
(Novela)

Julián Chica Cardona

Premio Nacional de Novela
Aniversario Ciudad de Pereira
2011

Chica Cardona, Julián

Mi Querida Enemiga / Julián Chica Cardona. -- Manizales :
Editorial Manigraf, 2012.

244 p. ; 22 cm.

ISBN 978-958-97532-4-8

1. Novela colombiana

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

“Mi querida enemiga”

Premio de Novela Ciudad de Pereira

Autor Julián Chica Cardona

Volumen XXV

Colección de Novela Aniversario Ciudad de Pereira

2011

ISBN: 978-9589753248

Segunda Edición 1000 ejemplares

Mayo de 2012

Diseño carátula:

Manuel Amador Chica Cardona

Ilustración:

“Mujeres en el bosque”, óleo sobre lienzo

Omar Garratz, 1999

Ilustraciones

Pintores de la región

Impresión y terminado:

Editorial Manigraf

Calle 24 N° 24-19

Tel: 8845526

e-mail: manigraf@hotmail.com

Manizales - Colombia

PRÓLOGO

La novela *Mi querida enemiga*, con la cual el autor obtuvo el premio Nacional de Novela Ciudad de Pereira 2011, es una obra de corte romántico-erótico -dijeron los jurados-, llena de humor, polifónica y que emplea referentes populares y cultos, palabras más palabras menos, en el acta que firmaron, dando ganadora esta novela.

Y están en lo cierto, pero digamos también que al adentrarnos en su lectura esta obra nos recuerda la construcción de personajes que de principio a fin nos enseñaran todas sus complejidades psicológicas, antropológicas y socioculturales del hombre, trayendo a la novela varios tipos de ellos.

Podríamos nombrar los sencillos, hombres y mujeres que pueden tener como características un estado de decencia, es decir, no contagiados por los hábitos deshumanizadores de la sociedad actual. Este primer tipo de personaje deja notar unos sentimientos sin engaños, son seres básicos en los que anidan sentimientos reales (el amor y la amistad), dañinos (el miedo) o impotencias humanas (el odio, la mezquindad) haciendo que el autor nos deje ver las características perpetuas del ser humano.

A medida que avanzamos en su lectura, *Mi Querida Enemiga* nos enseña otro tipo de personajes a los que podríamos llamar frívolos con unos protagonistas cuyos atributos podrían ser su comodidad económica y social, como Félix Antonio Mendiguren Marmolejo el personaje central, cuyo comportamiento es

el de un tipo “bien” que nace y crece en la región cafetera (avanzando la década de 1960), y quien hereda fortuna y fama de su tío abuelo Celestino, su mentor y su maestro en las artes licenciosas de la vida, por cuanto el nombre de éste, trae implícita la idea de un anciano proxeneta y sin escrúpulos que se ha ganado las conciencias de la comunidad de la que es miembro, a partir de sus sistemáticos favores.

Así el protagonista se convierte en un modelo marcado por la competitividad, la dilapidación y el exilio para aparentar y exhibir unas presuntas cualidades que, en realidad, son signos de carencias personales. Agregando a este retrato otras cualidades, digamos, negativas como el egoísmo, su preocupación personal por sí mismo y nadie más, su sordidez, su prepotencia, e intolerancia y el desprecio por quienes les rodean.

La oposición entre los tipos de personajes será la clave de la historia dejando ver en la novela una marcada intención social. El esqueleto de la obra se basa en una estructura latifundista que establece desde siempre una enorme distancia jerárquica entre unos personajes y otros. Como se enterará el lector los personajes frívolos se convertirán en opresores y los sencillos en oprimidos.

Los personajes, eruditos o torpes, elegantes o simples, animales en el deseo o puritanos en el acto amoroso, nos llevarán a recorrer un espacio geográfico que podría ubicarse entre el norte del Valle y el actual departamento de Risaralda donde los protagonistas ya no gozan de la importancia de los héroes de las novelas que nos acostumbremos a leer a mediados del siglo XX,

sino que mudarán de piel y se convertirán en antihéroes más cercanos a la novelística actual donde personajes sencillos, de corte coloquial pueden tener tras de sí historias novelables que involucran un quehacer cotidiano con una parentela capaz de vender sus almas por lograr los objetivos más perversos.

Y si hablé de personajes contrarios, renglones arriba, debo decir que exactamente en el manejo de los contrarios (el dueño de la tierra y los invasores, la bella y fina dama urbana y la joven marginal y campesina, el ingreso de la civilización y el pasado rural que representa la barbarie, el poder omnisciente de la iglesia y la ventana de escape que es el paganismo, junto a la soledad del hombre del siglo XX que lo rodea una multitud), el autor muestra un torrente de ansias, pérdidas, dolor y soledad en su obra.

Empleando su versatilidad, Chica Cardona hace uso de géneros literarios como la poesía y el cuento para ensamblar esta ficción. Cómo no hacerlo si la historia principal lo permite. Temas como el amor, la pasión, la sexualidad, el adulterio, el incesto, la traición, el poder, la estafa y el miedo rondan en cada capítulo. La novela, bien puede recrear una generación maltrecha de nuestro país, convirtiéndose en el escenario perfecto para rescatar microhistorias que avanzan desde el realismo finisecular hasta la novela contemporánea, en donde la estructura vuelve y cambia. Así hace su entrada el segundo personaje fundamental de las páginas de *Mi Querida Enemiga* cuyo nombre es Frida, hermana gemela de Félix.

Decimos que la estructura vuelve y cambia por una necesidad narratológica, para hacer avanzar los subgéneros, los palimpsestos y los metatextos que encontramos en muchos capítulos que nos dejan frente a una estética de la novela erótica, donde el autor podrá tocar temas tabúes como el incesto o la tentación que éste genera, una que subyace en el universo psicológico de la especie humana.

Debo resaltar, lector, que los subgéneros, palimpsestos y metatextos que inserta el autor serán pequeños bálsamos a la trama, que agregan sabiduría, conocimiento y humor a la novela sin entorpecer en ningún momento el desarrollo de la misma. Julián Chica deja ver en la novela un mundo narrativo que toma forma conforme avanzan las páginas del libro. He ahí la evolución cultural, social y económica del occidente colombiano -visto desde estas microhistorias-, y su importancia macroeconómica, librepensadora y de expansión en el referente regional y nacional.

En la novela el empleo de los diálogos tiene mucha importancia al rescatar el lenguaje oral, vivo y coloquial de nuestra región, con la profunda intención de mantener sinceridad en los personajes a quienes se les atribuyen. Permitiendo al lector, a través de los diálogos, conocer el punto de vista de los personajes.

Aspectos como los anteriores (estilos de personajes, dinámica de la estructura, uso del diálogo, etc.) otorgan a la novela credibilidad, alejamiento de artificios innecesarios y una fuerte impresión de realidad.

Par finalizar uno encuentra en el humor negro y los metatextos que logra ajustar Chica Cardona en su novela *Mi Querida Enemiga*, un tono irónico que y de tensión en esa pugna eterna entre las fuerzas de la naturaleza que se oponen y repelen, pero al mismo tiempo se complementan y se atraen.

Alejada de las búsquedas actuales de los sellos editoriales, es decir, lejos de ser una novela de la sicaresca, o de corte histórico contemporáneo o anti-realismo mágico, la novela viene a ratificar que las leyes de un país se pueden burlar, y las micromafias por la tenencia de la tierra hacen presencia desde siempre, y que la degradación del ser humano (por causas tan diferentes como la corrupción, el uso de sustancias alucinógenas como la escopolamina, la ambición del poder, el amor fallido), echan a perder al individuo que a su vez arrastra la sociedad donde habita.

Viva, mordaz, inteligente y humana resulta ser la novela de Julián Chica, la cual merece una atenta lectura; tal vez, lector, usted identifique alguno de sus personajes, o sea uno de ellos.

Juan Carlos Acevedo Ramos

Periodista y escritor

1

FRIDA

ES IMPOSIBLE TENER UNA HERMANA como Frida y no darse cuenta de esa capacidad que tiene el lado femenino para hacerlo sentir a uno como una sabandija. Sobre todo, si detrás del sentimiento de ese amor fraterno se esconde el murmullo de la piel y de los órganos sometidos al deseo. Le pregunté por la salud de sus amigas, y en el tono amable, confidencial y cariñoso como se lo dije, yo esperaba un tono amable.

? ¿O sea que te cansaste de babear por mis amigas y ahora quieres que te devuelvan esas babas? -me cortó con un mohín perverso.

En ese instante contemplé la posibilidad de cortarle a ella la lengua, pero yo no era conocedor de aquellos métodos narrados en los libros de la Inquisición y el Santo Oficio que con una abrazadera le separaban la mandíbula a la víctima, y acto seguido, le amputaban sin titubeo alguno ese apéndice de modulación sonora diseñado para la conversación, el canto y la emulación erótica, pero tan proclive a la calumnia, la difamación y el chisme.

Miré instintivamente hacia la calle a través del vidrio opaco del establecimiento adonde habíamos llegado en busca del almuerzo, y todo seguía igual que antes: “el parque con la enorme estatua ecuestre del libertador desnudo, lustrabotas sentados en sus diminutos escabeles, los clientes de los almacenes con sus bolsas medio llenas y los transeúntes afanados; los mismos mangos biches de los años treinta, y el tráfico de los vehículos que se apiñaban como fichas de colores al pie de los semáforos”. Una ciudad invadida por cientos de tribus desplazadas que habían establecido allí su campo de supervivencia. “Es la economía idiota. La globalización” -me dije.

Nos sentamos a la mesa y ella se sintió tan dueña de sí misma como un instante antes cuando me mencionó lo de las babas, o todas esas circunstancias en las que me hacía sentir como un insecto.

? ¿Qué te provoca tomar, hermana mientras nos sirven el almuerzo? -pregunté levemente contrariado.

? Nada, gracias -respondió condescendiente- ordena sólo para ti.

HABÍA DECIDIDO PONERSE de nuevo su vestido blanco con un bordado de esos que han hecho tan famosos los escotes de Cartago, y lo lucía por encima de un sostén que no traía pretina o liga al frente de tal forma que revelaba el espacio de sombra pastel rosa en medio del nacimiento de sus senos. La miré sutilmente

inquisitivo cuando el mesero se quedó parado al frente de nosotros, y en efecto se sintió aludida:

- ? No, en verdad no deseo tomar nada, lo que quiero es el almuerzo -y le sonrió al sujeto.
- ? Podríamos beber siquiera un vino como es costumbre en este sitio.
- ? Fuiste tú quien ha escogido el restaurante - hizo un gesto de reproche y arqueó las cejas-, pero está bien, pídemme un tequila... y respecto a lo de tus babas, mis amigas hace tiempo me venían pidiendo que te incluyéramos en las salidas pero me pareció un descaro (...) A Betty, por ejemplo, cuando le dije que a ti no te gustaban las mujeres tan voluminosas se sintió tan mal frente a las otras que igualmente me hizo avergonzar de haberlo dicho ... pero una flecha disparada es imposible devolverla.

La taza de café que acababan de servirme por equivocación, servía hasta para envenenar a un perro. Pensé en levantarme, rodearla por la espalda y hacerle tragar todo el contenido del pocillo para que en efecto ese café la eliminara. <El hombre mata lo que ama>, y Óscar Wilde pasó por mi cabeza. Sin embargo, consciente de que ella representaba ese otro componente de mis cromosomas sabía que en este tramo de la vida aquél sería el precio que tendría que pagar para que continuara siendo mi propio polo a tierra.

Así las cosas, mi bella hermana me infundía una idea menos ficticia de las realidades del entorno, y como al parecer yo era un bisoño en el amor y me debatía entre

el abandono y los desniveles de la euforia, lo cual era una condición controvertida e inestable, verdaderamente lo necesitaba.

Entonces, fui amoldándome a ese orden caótico de ideas, llegando a dudar de mi buen juicio para escoger a las mujeres que merodeaban en mi vida, porque en palabras de ella, yo me derretía por un traperero viejo con escote y no entendía en qué radicaba el desatino ya que había tenido los mejores maestros de la época para clasificar y seleccionar a cualquier chica de acuerdo con su tipo y condiciones.

Maestros como don Pompilio -promotor de damas de compañía-, quien revisaba detenidamente el porte y la figura de las aspirantes con base en los dibujos de Da Vinci sobre la Cuadratura Femenina, sus proporciones curvilíneas y demás cuestiones anatómicas, tal y como Dios las trajo al mundo. Sin embargo, ese entrenamiento no me había servido porque yo seguía teniendo muy mal gusto. Y quizá tenía razón, porque cegado por el resplandor de mis urgencias, lo que yo veía en ellas no era tanto sus imperfecciones físicas o espirituales, como sí su esplendorosa condición de género; de modo que así fuera una escoba o un traperero con falda y con tacones, y no reunieran requisitos, yo veía en ellas el sensual rostro de Eros.

EL MESERO SE IBA DE CABEZA por el escote blanco de mi hermana, y tenía la boca abierta.

? Estás distante ¿qué te pasa? -pregunté.
Continuaba decidido a reanudar una conversación con ella.

- ? Estoy bien, y no me pasa nada. ¿De veras crees que me sucede algo? -susurró con dulce acento y recordando que se había puesto su vestido blanco e irguiéndose en el taburete de baqueta para exponer mejor aún su blanca piel entre los senos.
- ? Está bien, -le dije, e instintivamente miré hacia ese sitio donde le faltaba la parte del brasier y el mesero había perdido su propina.
- ? Lamento no haberte telefonado en estos últimos tres meses. Pensé que de ese modo pensarías más seriamente en un amigo o un esposo sin que mediara interferencia y me pareció mejor para tu vida.
- ? ¿Mejor para mi vida? ¿Se te olvida que yo siempre he sido la que decide sobre mi propia vida? No seas embustero -se acomodó un poco-. Mira, Félix Antonio... -empezó a hablarme con sarcasmo pero se contuvo cuando el camarero estuvo encima de nosotros con los primeros platos.
- ? ¿Mira qué? -le pregunté.
- ? Yo no te necesito. Decliné la invitación para un almuerzo menos tenso, que son como me gustan, para venir a cambio aquí contigo, y recuerda que fuiste tú quien pasaste por mí hasta la perfumería.

Se bebió las últimas gotas amarillas que quedaban en la copa, y a pesar de ser sólo una leve coloración las hizo parecer un largo trago de invisible alcohol y de betúmenes que no terminaba por vaciársele en su boca. Empecé a sentirme mal, hasta para decidir si continuaba o no con apetito. Tuve incluso el impulso de llamar al dependiente para pagar la cuenta e irme, y dejarla expuesta allí a su suerte.

? No había planeado beber pero ahora creo haberte satisfecho.

Yo permanecía frustrado y silencioso mientras los vapores de los platos insistían en proponerme otra perspectiva del encuentro. <Vinimos fue a almorzar>, - me dije.

? Me puse este vestido para ti - y se enderezó de nuevo con tal cayera en cuenta de que también ella se esforzaba.

? Es un vestido bastante femenino... y sí, me gusta mucho cuando te lo pones.

<Dios le dio a la mujer dos senos porque le dio al hombre dos manos>, recitaba don Pompilio. Sí, pero el autor de esa cita es Léo Campion, militante del anarquismo y la francmasonería francesa, uno de sus escritores preferidos.

Lo que pretendía con todo eso era darse ese goce tan suyo de hacer sufrir a sus admiradores. Eso la hacía parecer una mujer fácil y de historias clandestinas, pero no, cuando un tipo le gustaba simplemente consentía que él la hiciera suya, y no porque quisiera después

sacar provecho. De ahí que, excluyéndola del asunto del provecho, era algo así como una versión moderna de María Magdalena buscando en cada fiesta a su Maestro.

La hubieran quemado por bruja en otros tiempos, porque podía hacer arrodillar a cualquier gentleman delante de su propia esposa por uno de sus besos. Se valía de su prodigioso olfato femenino para detectar sus objetivos. Y así su admirador estuviese escondido en la cava de los vinos, ella sabía que más temprano que tarde el tipo le saldría al encuentro. Deseché en el acto mis deseos de chamuscarla, y decidí que de cualquier manera, esa cualidad suya podía servirme para algo. Por eso, tan pronto se quedó mirándome me abstuve de enfrentarla.

Al final del almuerzo, acordamos que muy discretamente me asesoraría en cuanto a lo de empezar una relación de pareja. No obstante, yo no honraba dicho acuerdo. ¿O acaso las mujeres mal arrendaditas no tenían también derecho? Es que no hay nada mejor que bailar con una fea con tal que huela a fémica, porque así uno no tiene competencia y la conquista no se va a pasar de mano en mano en el salón de baile hasta que amanezca. Es cuando la cita se convierte en un educativo encuentro y ella termina atornillada de uno con brazos y con piernas.

Pompilio me decía que todo lo que echara sangre era cacería, y por afinidades de este orden cinegético con mi padre Mendiguren, fue que ambos se hicieron tan amigos en tan solo veinte días. De ahí que ahora tenga que reconocerle a mi progenitor inclinaciones de este tipo porque con algo de él yo tendría que haber salido. Sin

embargo, a mí me gustan todas y sin excepción, a todas las veo apetitosas, aunque sería muy jactancioso si admitiera que tengo un surtido de todo color, ya que de ninguna forma alcanzaría a ser cierto y sigue siendo sólo un verso del tanguero Enrique Cadícamo, y que Pompilio me pedía ponerle en el tocadiscos del negocio cuando estaba entonado con sus vinos. Él fue quien me apodó “mil novias”, así me gustaran más los versos de otro tango que decía:

 “traíganme una mujer fea /

 que por muy fea que sea /

 yo le encuentro algo bonito”,

 y la parte aquella cuando se justificaba... “qué voy a hacer si yo soy picaflor”.

DE CUALQUIER FORMA, Frida se había convertido en mi conciencia como quiera que yo seguía siendo un individuo proclive a los sarcasmos y al deseo compulsivo de herir con mis palabras y argumentos de mal gusto para después tener que penar arrepentido. Necesitaba sus señales de advertencia o su censura, de tal forma que a la larga pudiera aprender a evitar que aquellas en quienes yo me interesaba terminaran por catalogarme de ordinario.

 «Había una vez una muchacha que cada vez que hablaba le salía un sapo por la boca... ¿recuerdas ese cuento? No -ni siquiera me miraba-. Un día de estos te lo cuento>.

 «Era una bella señorita que en las noches despertaba con la agitación de las cortinas y el suave

roce de la brisa, y sin embargo, nunca quiso investigar por qué a esa hora le llegaba esa visita si la ventana del balcón no estaba abierta y ella no creía en incubos ni mucho menos que Pompilio rondara por ahí pendiente de volver a colocarle las cobijas. Además, la brisa no era más que eso: “brisa”. Qué pena, usted señor, pero ese no es el cuento de la niña que cada vez que hablaba le salía un sapo por la boca>.

POR ESE ENTONCES, a mis tribulaciones de recién graduado de una ingeniería en la que no albergaba las menores simpatías se sumaban los compromisos inherentes a los negocios de mi tío abuelo además de la rutina de atender personalmente la producción de una esmirriada ladrillera. Eso no le concedía a mi vida más respiro que el disfrute de unos estupendos charcos en el río que cruzaba nuestro predio. De ahí que empecé a cumplir con mis deberes sólo por pretexto porque acudía en plan de recreo hasta que tuve que volverme serio.

Me bañaba en compañía de una o dos damitas que recogía en las afueras de la plaza de mercado y luego de retozar allí la noche en compañía de ellas, ya no quería volver a verlas. Esos eran mis deberes iniciales con la ladrillera hasta que le llegaron con el chisme a Frida que no obstante se quedó tranquila cuando le “sapearon”. Entonces convocó a sesión de amigas en la alcoba de la casa para presentármelas, pero de una manera tan elaborada, que, en mi propensión a reaccionar a la defensiva no llegué a advertir que era una conspiración lo que tramaban. Por eso acudí tan fresco como una lechuga y hasta silbando sin haberme percatado que yo no silbaba.

? Mira Félix Antonio, ya me contaron que te has estado llevando muchachitas para el charco. Así que si no quieres que esto se convierta en un escándalo con las familias de ellas, te va a tocar también invitarnos a nosotras, y desde ya estamos listas para el sábado.

? Mira, Frida Leonor, como ordenes, si eso es lo que quieren.

«Si yo me iba a convertir en el chivo expiatorio de esa cofradía, esa tríada de hechiceras de montaña, así lo haría de manera estoica, presentando mis armas duras y aceradas; y rodaría sangre de vestales pero dicho en ese tono que sólo queda bien en los monólogos de la escena aristotélica o del teatro de guiñol en trama de Don Juanes y convidados de consuetudina».

EL HOMBRE ENCARGADO DE administrar el predio es un sujeto silencioso que conoce en detalle todo lo que tiene que ver con los negocios de la ladrillera. Allí nació, y de su padre aprendió dichos asuntos. Su nombre es Irra, como un apócope de Israel Mejía, y su mujer es la que alimenta a los horneros y operarios y mantiene en orden las dos casas. Tan pronto llegamos, ellas se instalaron en la habitación contigua, y al rato que salieron con la toalla al hombro me dijeron:

? Ya estamos listas!

Y por la forma maliciosa y calculada como se expresaron, tuve la impresión de haber oído: “¿Vamos a

fumarnos un cachito de marihuana en el naranjo?”, a lo que mecánicamente terminé por responderles:

- Pero nos lo trancamos tempranito para que aprovechemos bien la tarde.

? ¡Cochino! ¡Nosotras ni siquiera fumamos cigarrillo! Y por favor, no se equivoque. –y entrecruzaron miradas con evidente nerviosismo.

? Nada más pensé que este paseo era para eso –respondí. Les sostuve la mirada con cinismo a cada una de ellas, y luego de un momento de suspenso nos fuimos bajo las órdenes de Frida a escoger el charco.

NO ES MENESTER CONTAR los pormenores, pero las bañistas se desinhibieron por completo, lo que es propio del poder maravilloso de las aguas cuando están a cielo abierto. Nada qué ver con morbo ni esas cosas, no obstante todas esas poses nada tímidas. Sólo un encuentro desenfadado y libre en el que ni siquiera yo sabía cómo iba a canalizar tanto erotismo. < ¡Mentiroso, y mil veces mentiroso! ¡Mejor dicho, abusador y descarado!>.

Mucho jabón perfumado, y de un charco al otro largo y cristalino, sin que el compromiso fuera más allá de un baño minucioso. Las “tres gracias” (a excepción de mi hermana, que era mayor que ellas), se encontraban en esa disyuntiva de romper por sí mismas sus consejas, o continuar renunciando a ese derecho. Así dejaron que

yo les restregara sus ondinas riverañas, masajeara sus senos de oloroso albaricoque, aplicara sobre sus barbas gatunas algún pase mágico buscando el nacimiento de sus doradas vetas o sus puertas del abismo. Y el río se inundó de olor a pesca artesanal y lanolina, a sirenas cazadas con arpón y dinamita que a partir de ese momento empezaban a reconocer su propia identidad y repetir el ciclo de tabúes y consejos con sus hijos o sus hijas, porque habían accedido a mostrarse apetitosas y al mismo tiempo ajenas al temor de algún equívoco.

Luego las seguí viendo en las reuniones sociales y en la calle. Cada vez más turgentes y lechosas, pero no me autorizaban ni la hora, y por supuesto más lúcidas, lo que las hacía más lejanas para mis anhelos. Se guardaron para ellas el secreto como una fiesta dionisiaca en el final de un corto día con lo que me había convertido sin saberlo en una especie de sátiro, en un soñador de las orgías en el río.

FRIDA ALIMENTABA CIERTA SINTONÍA con un ingeniero residente cuya obra había quedado bajo mi custodia a causa del fallecimiento de mi tío abuelo. Y precisamente hacia allí nos dirigíamos cuando me pareció oportuno modificar el recorrido para visitar un banco recién inaugurado en esa zona, y donde había conocido a una muchacha. <Como el viejo pirata orgulloso de su barco y su mascarón de proa yo me adentraba en cualquier fiordo, bahía, o ciudad costera seguro de lo que me resguardaba>. Ingresamos en el edificio. Relacioné a mi hermana con la chica, y luego de estos pormenores, la anfitriona nos condujo hasta el

gerente quien nos ofreció whisky sin saber lo que pensaba yo del whisky.

? Es usted muy amable, le agradezco -
contesté impertérrito, y acepté agua con hielo
aunque Frida no se puso con remilgos.

Su camisa de rayas color rosa, remangada (una prenda obviamente loba pero de buena marca), dejaba ver sus peludos antebrazos que no concordaban con su amanerado acento. Sin embargo, no me daba la impresión de que un gerente al servicio de la usura financiera estuviera en el lugar equivocado.

? Mi banco, es la mejor plataforma para toda clase de inversiones. Su capital aquí no sólo recibirá la protección propia que ofrecen nuestros fondos sino el más alto rendimiento. Además nos guiamos por los más exigentes estándares de calidad y de eficiencia. Para nosotros el cliente es lo importante...

<Y mejor aún, los clientes como yo -pensé entonces>.

Y continuó hablándonos de tenis y de golf, para luego invitarme a un juego porque “yo era un personaje especialísimo”, y ya había tenido tratos con los Mendiguren de Cartago, y otro resto de paja y pasto seco. Y yo le contestaba que sí de vez en cuando, y trataba de seguirle el hilo mientras continuaba concentrado en el perfume de Mariana (que así llamaba mi conquista), quien permanecía recostada en el pupitre de su jefe invadiéndome con la silueta rotunda de su cuerpo. Su

blusa medio abierta, su actitud coqueta, sus medias veladas, sus zapatos de charol siniestro.

? Discúlpeme si lo fatigo, pero es que clientes como usted inspiran este banco. Permítame que personalmente le consigne su dinero y me encargue ya mismo de su cuenta.

Le dije que mi hermana era mi asesora de confianza en estos menesteres, y salió con ella.

? He pensado mucho en ti -le confesé a la chica mientras me recostaba en el espaldar de la amplia silla de visitas del gerente y entrelazaba los dedos detrás de mi cabeza.

? Yo también -me contestó.

? No olvides que vendré por ti esta noche.

? Aquí te espero.

Escuchar eso me puso más nervioso, me despegué de la silla y descargué las manos sobre el escritorio. Ella metió su mano en el cuenco entrecerrado de la mía e introdujo sus dedos hasta el fondo y tan intempestivamente como lo hizo, se dio vuelta hacia el salón y se fue a atender a una señora que se ventilaba el rostro con el cartón de un título de ahorro, en gesto algo impaciente.

Frida se mantuvo todo el tiempo conversándole al gerente, y Mariana no le perdía movimiento. Pareciera como si de repente mi querida hermana se hubiera convertido en competencia para ella. Su nuevo foco de atención. Podría decir que la acechaba. Estaba

preparándose para caerle encima a los zarpazos, y por lo menos yo ya había cumplido con el protocolo de acercarlas. En cuanto a mí, me resultaba muy difícil percibir que pudiera funcionar entre ellas la sinergia. O si ambos territorios pudieran estar plagados de arenas movedizas y conmigo en medio. Firmas, huellas, una clave secreta. Otra firma invisible bajo una lámpara violeta.

La señora del título seguía discutiéndole a Mariana. Y ella ahí escuchándola sin perder la compostura. Sí, yo en otras ocasiones había sido el conejillo de indias para el experimento sáfico de Frida quien terminaba acaparando las cuotas del deseo de aquellos animales nocturnos que se mordían bajo la luna hasta el alba, la clave secretas de los cofres, el estuche rojo con su collar de perlas, rubíes y sus bordados de oro.

Llamé a Frida de un grito. Salió. Me miró con extrañeza. De la misma forma como se mira a alguien que nos atemoriza. Descendimos por las escaleras hasta el sótano para buscar el carro. Lo abrí. Revisé que no faltara nada. Di un portazo y accioné el encendido. Un trabajador corrió por la pendiente para levantar la pértiga del parqueadero. Di marcha unos metros. Me detuve. Frida me miró nerviosa. Yo quería decir alguna cosa estúpida para tratar de herirla pero me abstuve, y emprendí la marcha del vehículo.

? Conduce con cuidado, Félix; y no te me aceleres.

A la salida estiré el brazo por la ventanilla y la pareja de jóvenes del estacionamiento me correspondieron con el mismo gesto pensando que me estaba despidiendo de ellos. <Tan ilusos>, pensé. Nada qué ver, porque sólo

estaba interesado en ajustar el retrovisor izquierdo. De allí partimos hacia el sitio de la obra, proyecto sobre el cual me habían notificado ya una multa por retrasos en la entrega de catorce apartamentos diminutos de donde tenía que salirse uno para poder que entrara la visita.

Seguían faltándole detalles a los acabados, reposiciones en el sistema de aguas negras. Estucos, en fin... Pero ante todo, por la ineficiencia de Héctor, el ingeniero residente que había permitido que las cosas se fueran sucediendo una tras otra sin ponerme al tanto por el sólo hecho de que era el ahijado de mi tío abuelo muerto.

Frida se había quedado adentro del vehículo pero escuchó toda la andanada de improperios que le lanzaba yo al sujeto. Y aunque él era hombre honrado, el desperdicio era para mí también un robo. De tal modo que quedamos en la disyuntiva de que renunciara por las buenas o yo me vería obligado a denunciarlo penalmente por los faltantes de almacén y la pérdida de equipo. Pero ella le tenía cariño. Y yo no medí el alcance de mis amenazas porque era casi imposible para mí obtener las pruebas que confirmaran el delito y finalmente yo sería el convicto en todo eso.

A partir de entonces, y hasta que me disculpé públicamente con el güevón del Héctor, no volví a contar con el acicate de mi hermana ni su compañía en el almuerzo. Me miraba con recelo, hasta que cierto día me arriesgué a preguntarle por qué todo eso, su desconsideración, su desafecto...

? Por qué? -me contestó indignada-, porque
tratas a la gente como si fueran cucarachas.

¡Nada más por eso!

? ¿Qué más quiere saber el ingeniero? -fin de la conversación.

DESDE ANTES DE GRADUARME, ya había decidido que los ingenieros seguiríamos siendo individuos ordinarios, (y no tanto por la forma en que vistiéramos de dril barato y guayos de operario, producidos por Calzado Alpaca, sudorosos y con las uñas negras de mugre y de cemento), sino porque éramos por dentro toscos como los ladrillos, sucios como el óxido del hierro y los residuos, y dispuestos a cargarle la maleta o servirle de laméricas a un político para que le abriera camino en los contratos. Los ingenieros no constituíamos ninguna especie de profesionales éticamente diferentes al comportamiento básico de los maestros de obra o los capataces mata-gente de una hacienda.

Sin embargo, los obreros lo miran a uno como si fuera el dios que les provee el pan para la mesa y el transitorio sosiego económico de la familia. Era una actitud reverente, especial e inmerecida porque en más de las veces uno era el que inducía a sus subalternos más cercanos a que impartieran órdenes injustas y hasta crueles hacia los trabajadores rasos como en el último accidente en que dos muchachos resultaron lesionados por tratar de manipular inadecuadamente un cable eléctrico.

Estaba convencido que cuando uno siente piedad hacia un discapacitado, un enfermo o un herido, es por

la aprensión que experimenta de caer en ese estado. Aunque la compasión pudiera servir para aceptar con más facilidad ese rechazo; una manera de ocultarlo, modificarlo, darle un cariz humanitario a esa sensación de repugnancia.

Ese poco conocimiento que un ayudante tenga de la seguridad en una obra, hace que se encarama en un andamio a poner en riesgo su integridad física por no perder su empleo, y ahí es donde entra la responsabilidad de quien lo subordina. Erradamente yo creía que a eso era a lo que había hecho referencia Frida cuando me echó en cara lo de las cucarachas. Su alusión explícita tenía que ver con la ocasión en que la hube avergonzado frente al Héctor delante de los demás obreros de la obra cuando lo tildé de delincuente y de basura el día que decidimos visitar el banco.

«A SUS SIETE AÑOS, Frida se pasaba repasando las sumas y las restas, o mirando viejos álbumes de fotografías familiares que le entregaban para que se entretuviera sola mientras que la tía Débora y mi madre atendían a los señores que venían a visitarlas, y luego se quedaban en silencio en sus alcobas hasta que después de un largo rato volvían a hablar audiblemente de sus vidas estúpidas, antes de que terminaran despidiéndose. Así es la felicidad que hay en los niños –escuchó una vez decían al referirse a ella–, ya ha olvidado por completo esta visita. Pero eran ellos, los adultos, quienes habían olvidado que también habían sido niños, y que los niños nunca olvidan».

? Qué niña tan preciosa -había dicho uno de ellos. La levantó con sus brazos hasta el pecho y le dio un beso-. Está tan saludable que la pondría en los almanaques de mi empresa.

? No me hubiera imaginado que usted fuera amante de los niños -le reclamó la tía Débora.

? Por supuesto que me gustan, pero bien asaditos -contestó en señal de chanza, con lo que mi madre frunció el ceño.

Al parecer, por esos tiempos éramos dos mellizos invisibles en la sala de la casa. Y Frida tomó ese chascarrillo como una cruel advertencia de que podría terminar siendo engullida por el tipo que se “comía” a la tía, y a partir de entonces optó por desaparecer del escenario de los hechos cuando llegaba la visita. Ella siempre había mostrado un rasgo intelectual sobresaliente y una memoria única, así que cuando era ya una mujer hecha y derecha me compartió esa horrible asociación de ideas que había desencadenado los insomnios de ella.

Me mostró un libro de arte con el cuadro del pintor Goya en el que aparecía el monstruo Saturno arrancando de un bocado la cabeza de su hijo para devorarlo, y se imaginó a ella misma siendo masticada por las fauces de aquel fogoso amante. Eso la hacía tan especial, que además de ser mi hermana, seguiría siendo mi mentora y mi mayor fuente de fantasías y deseos. La admiraba como un ser con una sensibilidad y un conocimiento de la vida tales que me superaba en su

sentido común y sus alcances, no obstante haber nacido cuando mucho, diez o más minutos adelante mío.

Además, creo que en razón a esa capacidad genética que trae consigo el lado femenino para desarrollarse con mayor rapidez y autonomía que nosotros los varones, es que Frida era tan exitosa en sus negocios, y sólo quienes logran poner ese lado maravilloso de la infancia al servicio de sus sueños logran materializar sus metas en sin perecer en el intento.

POR ESA HABILIDAD QUE ella tenía para la asociación de ideas y su vital conexión con los asombros de la infancia sería que Frida me siguió invitando a sus veladas. Quizás para que descubriera que a pesar de ser ella la joven propietaria de una próspera perfumería (además de socia y accionista importante de mi firma), congeniaba igual con el portero que con cualquiera de los invitados más modestos que tuviera y se mimetizaba entre el resto de la gente como una más del ramillete. Así me fui amoldando a la idea de admitir como cotidianos esos rostros desconocidos que la rodeaban, sonrientes, pro-activos por efecto del contagio de su don de gentes, aunque yo por el contrario, era el portador de un traumatismo o un vacío que continuaba gravitando en mis adentros.

Así fue como esa hermosa complicidad la habíamos echado por el sanitario, y todo lo que intentaba hacer para recuperarla resultaba insulso e infructuoso. Aunque nunca dejó de ser amable, nada

volvió a funcionar lo mismo. Por lo menos durante ese periodo, lo que me convirtió en un hombre pensativo y solitario.

A pesar de que compartíamos un gran apartamento ella hacía lo posible por no verme ni coincidir en los horarios, no obstante, nos percibiéramos mutuamente cuando, a puerta cerrada, ocupábamos cada uno nuestra propia alcoba. Me sentía tan perdido que de no ser por mi dedicación y entrega a las labores cotidianas, me hubiera desmoronado por completo.

2

CELESTINO

Desde los primeros años de mi vida conocí la necesidad de poseer dinero. Este anhelo se manifestaba con una urgencia que no entendían mis compañeros. En mis fantasías, yo formaba parte de una extraña casta de individuos que satisfacían sus necesidades metiendo la mano en un talego que colgaba de un enorme gancho, y se retiraban a gastar esas fortunas por el mundo; pero cuando en aquel bolso se agotaban las monedas uno pasaba a mejor vida. A raíz de esa comodidad en que se movía mi familia, mis compañeros de colegio me aseguraban que yo lo tenía todo porque el tío abuelo Celestino era un hombre rico y próspero, y si deseaba algo podía obtenerlo con nada más pedirlo porque realmente lo necesitaba y no era para mí ningún capricho.

Todos creían que el asunto de concretar esos deseos era una cosa simple. Según mi experiencia, podía haber sido sencilla para Cicerón en uno de sus mejores días de oratoria, pero para mí constituía un enorme reto inventarme un discurso emotivo y convincente para que el viejo Celestino me escuchara atentamente (sentados en las sillas de su biblioteca), y disimulara lo mejor

posible cuando mi argumentación le divertía porque finalmente depositaba su mano sobre mi cabeza y me decía:

? Hijo, te daré un consejo que te servirá toda la vida: “nunca compres nada que no necesites realmente; las cosas que sólo deseas en la mente por lo general son auténtica basura”.

Entonces yo era un pobre adolescente, a quien llamaban “Marmolejo”, no obstante ser un Mendiguren, que codiciaba los placeres otorgados sólo a un estrecho número de mis amigos más humildes (como tener una novia y pasar unas noches increíbles), y a quienes mirábamos como si fueran especiales así se tratase del hijo del alcalde, el farmaceuta, o el último vástago del anciano ganadero. Sin embargo, la mayoría de ellos ni siquiera hubiera podido tener un carro propio como el que desde los once años yo maniobraba en el garaje de mi casa.

En absoluto, los niños no discuten su destino. Más aún, ni siquiera pueden vivir su propia vida, y por el contrario sus vidas son las que los viven a ellos. No creía ser el más feliz de los mortales porque ese concepto de felicidad jamás había pasado por mi cabeza, aunque a veces me sentía tan pletórico de dicha que me aterraba la idea de la desgracia. Me decían que era un niño afortunado, y mi madre insistía en que le agradeciese al Creador todas las noches, arrodillado contra el piso y con los codos apoyados en el borde de la cama.

Y yo le creía, pero me preguntaba por qué tenía que hacer eso cuando era evidente que mi tío abuelo Celestino era el único proveedor de todas esos bienes y

riquezas. No señor. Por qué no dejaba que fuera descubriendo por mí mismo y que en su momento aprendiera a repetir la frase aquella de que: “las cosas son auténtica basura”, ya que era una sentencia filosófica, que quizá algún día habría de servirme para mucho. Ofrecería, incluso todo el empeño que se necesitara para convertirme en un individuo de fundamento como él siempre me lo repetía; aunque no había alcanzado a explicarme bien qué significaba para él el “fundamento”.

Por esos días, mi madre me había endilgado que yo era un “celestino”, porque le había conseguido novia a un seminarista que vacacionaba con nosotros en la casa y cualquiera no le lleva su mejor amiga a un sujeto melancólico que ni siquiera aún conoce o le interesa.

? FÉLIX, ¿NOS VAMOS?

No recuerdo el nombre de ella, pero era blanca, y cuando se sonrojaba las mejillas se le ponían color violeta en contraste con esos ojos claros y esos labios débilmente rojos. Su apellido era Izquierdo, y no era lo que se dice: “alta”, pero aparentaba. Se burlaba de sí misma diciendo que era una niña enclenque y ojerosa pero era sólo una impresión por la falta de pestañina y maquillaje. Y tampoco era una niña flaca. Era delgada, cosa muy distinta porque además tenía curvas, y sus piernas eran torneadas; y al igual, sus muslos deberían ser bastante bien proporcionados (aunque no llegué a saberlo).

Presumo que podían ser levemente nacarados, suaves y de venas púrpura; de líneas estilizadas y perfectas como los de Lucrecia. No como ella es ahora

porque la veo de tanto en tanto, y como las dos eran de mayor edad que la mía (aunque eso ya lo dije, creo), no volví a saber de aquella Izquierdo y por un tiempo me quedó Lucrecia que poseía una belleza grave como si la sombra de aquel seminarista a quien había dejado circunciso la atormentara todavía.

Ahora es la señora Lucrecia de Quintana, y su marido es un prestigioso comerciante de ferretería. Y también sé que ya cuenta con tres hijos inteligentes y huidizos, y que su marido es una figura importante en la junta directiva de la Cámara de Comercio. Pero la señora del narizón Quintana no es Lucrecia, la que se escabullía por el solar para ir a darme un largo beso y a arrodillarse al frente mío después de darle una buena bocanada a la mejor yerba que se conseguía por los lados de la carrilera.

Ahora es una sombra de lo que antes era. Y cuando la veo a lo lejos, me desvío de su zona de influencia con la mayor rapidez que sea posible. El Félix Antonio Mendiguren Marmolejo que se enamoró de sus labios aún vive en mis adentros, pero Lucrecia Jiménez Jaramillo, la niña que hizo volver por su fuero religioso, por sus votos y su fe a un desconocido, existe únicamente en mi recuerdo.

? ESTÁS MUY PENSATIVO.

? Yo soy un hombre pensativo. Un hombre pensativo y con ideas...

<Je – je – je. Convencido este muchacho>.

? Quiero decir que estás muy serio.

? Me has dejado mucho en qué pensar. Y por otro lado, ocupas mucha parte de mis pensamientos.

LOS UNIFORMES QUE EL colegio de las monjas tenía establecido, eran bastante bien reveladores. Y al parecer, la idea del diseño de esa falda cumplía con el propósito de que la muchacha que estuviera adentro pareciera niña; pero una chica bien bonita vestida con semejante atuendo no dejaba de ser un imán muy poderoso. Una revelación, que así uno la esquivara, lo hacía sentir de todos modos calenturas. Era el caso de esas jovencitas como Nancy, Diana, Lucrecia, Camila y tantas otras que empezaron con sus citas tomando ponche con frescola.

Y después, qué encarte porque sin saberse cómo, resulté convertido en el cartero, y lleve y traiga las razones, y organice esos encuentros clandestinos. Y mi madre diciendo que yo era un celestino, lo que finalmente tomé como un cumplido. Mire usted en las que se mete uno por querer ayudarle a los amigos y en vez de ser un proxeneta era una víctima de las excentricidades de mi tío abuelo.

Hasta hoy había sido fiel a su silencio, y sigo aún sin aceptar que se haya ido, pero cuando la tía Débora en el silencio de la madrugada recibió la noticia por teléfono, en entrecortados balbuceos me lo dijo a través de las paredes de mi alcoba porque no tocó a la puerta. Fui yo quien la abrí cuando escuché el teléfono en el fondo de la sala pero volví a entrecerrarla cuando la vi a ella levantada. Y además eso se veía venir porque al viejo se le había acabado el ciclo.

Era un instante en que hasta el más leve zumbido se escuchaba. La hora prodigiosa en que el ritmo de las respiraciones atravesaban las paredes y los pisos, y los gemidos escapaban sin quererlo de la alcoba que daba con la mía en la vivienda contigua donde habitaba con su esposa el recién casado profesor de matemática; pero también los crujidos de las tablas y hasta la más suave presión del testero de la cama contra los estucos.

El martilleo del amor y de la vida que se hacía más fértil y jugoso con el arrullo de la lluvia, y lograba el milagro de que lloviera adentro de los cuerpos y las sábanas. Una hora en que después de ejecutar sus ecuaciones, los ejercitantes se aquietaban y soñaban con el universo. Y esto debería valer también para nosotros porque todos empezábamos a ser parte de ese manantial con las lágrimas que se avecinaban...

En todo caso, fue la tía Débora quien después de dar la alerta a voz en cuello para que todos la escucháramos y no tener que repetirlo, se aproximó a mi cama para ver qué me pasaba. A contraluz, esa afanosa transparencia se dejaba ver en la expresión de su figura totalmente definida hasta en el más mínimo detalle de su belleza pública, cuando me ordenó tajantemente:

? Saque el carro que su tío Celestino se murió.

Esas no eran noticias para dárselas a uno a semejantes horas de la madrugada. Y menos aún cuando yo estaba a punto de ingresar a la junta directiva de la Sociedad Anónima que presidía Pompilio, con voz y voto (como eran mis deseos), al igual que los de Débora, máxime cuando a algunos de sus miembros les había

caído esta noticia como una piedra en el estómago.

Eso fue lo que pensé por esos días. En todo caso, empecé a moverme parsimoniosamente como debería hacerlo en mi calidad de “nuevo hombre de la casa”, en este asunto de los muertos. Ella impartió otras tantas instrucciones, y eran solicitudes tan decentes y precisas que había que cumplirlas a la letra, y evitar de esta forma que le cayera a uno de improviso una descarga eléctrica.

Sin embargo, era ella la que estaba retrasada porque mi madre no se había despegado un solo día de la clínica. Al cabo de un rato, cuando salió a la puerta principal venía tan emperifollada que me dije:

«He ahí a la tía que se acuesta con el gerente de la empresa que recoge las basuras, y le gusta el fino olor de la Colonia de Bulgaria» -lo que se me hacía una combinación algo enojosa.

? ¿Así estoy bien, papito?, -e hizo un giro de cadera para que apreciara bien su proverbial atuendo.

Lucía una falda de paño gris pastel que le llegaba cuatro dedos arriba de la rodilla, al estilo sastre de dos piezas. La blusa era de seda, en tonos que iban del gris claro al oscuro y con su cuello alto, mientras la chaqueta con sus solapas en punta resaltaban aún más sus pechos bien proporcionados que cimbraban a medida que caminaba hacia mi encuentro. No obstante, lo que más llamaba mi atención era el prendedor de oro que lucía en medio de su pecho (tan grande como un huevo frito), y que representaba la cabeza del dios Helios con su rostro sonriente rodeado de cabellos refulgentes como

un girasol asomándose en un cerco.

ELLA SE PRECIABA DE COLECCIONAR prendedores pero éste era uno de sus predilectos. No porque fuera el regalo que mi progenitor le había traído a mi madre pero que ésta se había negado a recibir y Débora le arrebató sin miramientos al sujeto, sino porque era una joya inspirada en una figura del Renacimiento que sólo se podía encontrar en los libros de los alquimistas.

O por lo menos fue lo que le dije en la ocasión en que le solicitaron muy solemnemente que sirviera de chaperona de la reina en los desfiles y ceremonias aniversarias de la ciudad que se realizarían en el Club Rialto, y tenía dudas de ponérselo. Fue la única oportunidad en que la vi indecisa. Se detenía en la puerta de su alcoba, y regresaba a su joyero hasta que decidió asumir el riesgo, se estiró el chaleco de algodón con encajes que lucía bajo un pañolón morisco, y luego de detener su mirada unos segundos en la joya, dijo:

? No sé qué cosa es, pero me hace sentir bastante bien.

Levantó su frente de Verónica y empezó a apresurarnos a todos los que estábamos en casa para que el arreglo floral y las galletas estuvieran listas cuando saliéramos rumbo al gran acto. Después, cada que en una visita se le ocurría hablaba con memoria de cotorra, de la Europa del Renacimiento y de los alquimistas, y de la buena suerte que su prendedor le habían traído porque estaba bendecido por el mismo Hermes Trismegisto, y además era un talismán.

De esta forma disfrutaba ella causando la mayor envidia que pudiera a toda esa camada de mozuelas en las que yo clavaba el ojo, porque –también hay que decirlo– a ella también le gustaban las muchachas.

? ¿QUÉ PASA? ¿ACASO NO llevo el atuendo adecuado para despedir al tío paterno?

La verdad, es que estaba embelesado en el copete estrafalario que se había fabricado a la carrera, como sea que se preciaba de ser una experta en esos perifollos.

? Ese conjunto de dos piezas <Cinco piezas... siete piezas, si le sumamos el talismán y los zapatos>, te sienta maravillosamente bien hermosa tía. Te ves espléndida y tan elegante como una auténtica “Madame”.

? ¿Una madame?...

? Sí, una regente de esos clubes parisinos inmortalizados en el pincel y el óleo por el gran Toulouse Lautrec.

? ¡Qué maravilla mi sobrino, eso suena muy poético!

No sabría explicar cómo bajo el cielo gris y encapotado de esa noche llena de faroles de mercurio a lado y lado de la calle larga, el rostro de mi tía se iluminó de pronto, justo en el momento en que me regalaba una sonrisa y el portón de cedro de mi casa se iluminaba en un reflejo de color ámbar, y sin inmutarse del milagro se estiró un poco su chaleco para llenarse los pulmones satisfecha. Bajó el andén y rodeó el Volkswagen

Escarabajo, modelo 1972 (veinte años más chueco), de la familia Marmolejo, y se sentó a mi lado. Pero a ella no le gustaba esperar, y en casos así aún menos. Sacudí la bayetilla de dulce-abrigo rojo con que había estado limpiando el parabrisas, la introduje en la guantera, y cuando accioné la llave para darle el encendido, dijo:

? Conduzca con cuidado maridito, que vamos rumbo a “encachacar” al viejo.

Esta vez conduciría libre de la supervisión de don Pompilio, abogado y secretario de nuestro pariente muerto: < ¡Hágame el favor y no vuelva a adelantarse en esa curva! ¡No estar aquí el viejo Celestino para que viera cómo este carro nuevecito en manos tuyas no va a quedar valiendo un peso! A este paso, vamos a llegar el mes que viene. ¡Métale tercera que va a acabar con la segunda! ¡Rebájele un poquito que va como si lo estuviera persiguiendo el diablo!...>.

CUANDO REGRESAMOS CON EL FÉRETRO, una gran delegación de autos se estrujaban entre sí bajo el poderoso estruendo de las baterías de bronce de la catedral de La Pobreza que estremecían los cristales de los edificios de la plaza, y se erguían hacia el cielo con su cruz de hierro en lo más alto, aún en pie después del terremoto. Tocaban a rebato sin perder su ritmo melancólico y pesado, como si el martillo del Pontífice estuviera destinado a estremecer los cimientos del paquidérmico edificio con sus fieles y curiosos dentro.

El catafalco y su séquito de autos solemnemente fúnebres y negros, desentonados sólo por la minúscula

presencia del Volkswagen rojo que yo estaba conduciendo, sobrellevaba el peso de un largo desfile de coronas ampulosas con sus flores muertas amarradas hasta en el repuesto. Dije que desentonaba, pero no tanto, porque todos en la municipalidad lo interpretaron como una forma de despedir al distinguido Celestino con flores y con fiesta. Es decir, con alegría.

En el centro de la nave episcopal que ya esperaba con sus ramos y su alfombra, se dio inicio a las solemnidades de la cámara ardiente para que la feligresía pudiera despedirse de su benefactor, cuyo rostro, me pareció que tenía las facciones propias de un pacífico borracho cuando el sueño lo ha vencido.

? Mis más sentidas condolencias, doña Débora.

? La acompaño en la pena, doña Brígida.

Mi madre continuaba aferrada de mi brazo, y de cuando en cuando, la tía me apretaba contra su huracanado pecho porque yo me había desmoronado en llanto. A ambas, las secundaba un grupo de señoras ataviadas con el luto (propio de ellas), mientras ejercitaban entre sí ese lenguaje de destellos y gesticulaciones que sugería información clasificada, porque tenía que ver con su aquelarre más reciente o con su próxima celebración.

Era entonces cuando mi madre me miraba casi con frialdad. Algo le daba la certeza de que yo seguía sus pasos como una sombra y le susurraba al oído como la voz de su conciencia. Nunca antes había visto en ella el brillo inconfundible de su jefatura, que, para quienes no la conocían perfectamente, lo entenderían como la más

profunda expresión de su orfandad.

— Mi más sentido pésame, señora Brígida. Su tío era....bla, bla, bla.

Pero, e vida, cuando se referían a él no decían: “Don Celestino”, quizás porque no se había ganado ese respeto; o era esa una condición que le favorecía para invisibilizar sus nexos con el mercado negro. Era tal su pragmatismo. Sus relaciones con las nuevas personalidades emergentes sólo eran para él una disyuntiva como la pudiera tener cualquier negocio.

En su ausencia le decían: “Tío Lucas”. Y no por la ascendencia patriarcal que ejercía sobre sus favorecidos sino por el trato que le daban cuando había que concertar alguna entrevista con una bella muchachita. Además, era el apodo exacto que se merecía porque refrendaba su asombroso parecido con el abuelo de la serie en blanco y negro: La familia Adams, cuya imagen y presencia en blanco y negro eran jocosos.

En los almuerzos lo observaba detenidamente. Su pelo ralo, sus ojitos pícaros hundidos en el arco de sus cuencas renegridas, sus orejas erguidas de jarrón soperero y su risita de duende que le hacían temblar la papada y la barriga. Y yo sonreía para mis adentros porque era como si Christopher Lloyd estuviese allí de cuerpo entero al frente mío. Y como si fuera la reencarnación de este artista, hablaba sumamente bien del vino cuando lo necesitaba para remojar sus venas, porque, como su sangre era demasiado espesa, eso le garantizaba que no le doliera ni una uña y lo inclinara al buen humor, al buen trato con la gente y a la buena vida.

Entrada ya la noche, algunas bellas señoritas que aún velaban a mi tío, se aproximaron a tocarlo en una señal de despedida íntima antes de retirarse hacia sus casas. Y en esa atmósfera pesada del silencio y el olor a alcanfor de los abrigos y el aldehído del muerto, un dulce perfume de madera con cierto toque de exquisito vino tinto se apoderó del aposento.

? Hay! ¡Tan rico que huele! -dijo alguna.

? A Chanel Chanel, a Christian Dior -
murmuró la otra.

Sí, olía a una rara combinación de arreglos y coronas con animal en celo. Y aunque al principio supuse que era el resultado de la mezcla de toda esa vegetación revuelta en esa atmósfera invadida de matices y acumulación humana. Sobre la tapa, en las paredes y en la alfombra. Pero no. Ese olor era otra cosa, y ya me sentía enfermo de firmar recibos de floristería, sonrisitas hipócritas, enredos y los pleitos que se le veían venir a la familia.

? Dicen que cuando el muerto huele a rosas,
su alma es la de un santo -susurró la última
piadosa.

? Era un gran benefactor. ¡Tantas cosas que
engalanó a mis hijas! -suspiró una cuarentona
que se aproximó al corrillo.

Y en su adiós me miraron con ojos de ternera huérfana. ¿A rosas? Pensé. Lo que huele es a vino añejo de las cavas del mismísimo dios Baco. Huele a orines orgiásticos de noches esotéricas. Lo que huele es, a niña

desflorada sobre escritorios de agiotistas. A fiestorros de políticos disputándose la torta de los presupuestos. Me encontraba en estas cavilaciones cuando se aproximó mi madre.

Me revisó la cara como si fuera un niño. Detalló mis ojos inyectados, mi nariz enrojecida, y personalmente me condujo a bordo de su auto hasta la casa atiborrada de huéspedes hasta de un solo ojo, desconocidos con sus trajes de safaris extranjeros, personajes y personajillos de todas las pelambres, payasos, saltimbanquis y bufones que asistían a la mascarada del adiós de su benefactor. El carnaval de los adioses. Mi madre insistió en que descansara un poco, lo cual me pareció un cumplido tratándose de ella que era casi fría, calculadora e indolente.

Si mi padre, que anduvo por el mundo madurándose a los golpes no hubiese regresado según lo establecido, mi apellido no hubiera sido Mendiguren, igual que él y el padre de su padre hasta la quinta generación, y la madre del primero, de quien todos heredaron su apellido. Imagínese usted: ¡Yo, un Mendiguren! Un mendigurito (que me sonaba a diminutivo de mendigo).

Fue entonces cuando se pudo conocer el alcance de las influencias de mi tío abuelo porque mientras la familia del causante seguía esquivando sus embates para que a la pareja de bastarditos de casi cinco añitos le fuera limpiada su ignominia, y a doña Brígida la dignidad perdida, apareció el príncipe vestido a la moda parisina montado en una camioneta Ford Caballo Salvaje, Bronco, cabinada de ese mismo año.

En ese oscuro bólido cruzó mi padre las montañas y los ríos hasta llegar a esa calle larga donde vivía mi madre. Pero lo primero que hizo fue reportarse ante el viejo Celestino cuya oficina de negocios quedaba a un costado de la plaza. Hasta allí llegó con una gran sonrisa de hombre triunfador y aventurero, acompañado de su Sancho, un tal Benigno Ernesto, que a pesar de tener un aspecto inofensivo parecía ser un villano con mirada inexpresiva y su par de cicatrices en el rostro. O por lo menos, era lo que se dejaba traslucir cuando relataban sus fechorías en la mesa. El responsable de llevar a cabo los trabajos sucios de mi padre y sus supuestos socios.

Con ese acto de presencia pretendía resarcir el daño ocasionado a una familia reputada. Y a juzgar por la forma como fue éste recibido por la autoridad del municipio y las esferas sociales del momento aquella noche, todos creían que el recién llegado desde Europa era un héroe de los salones de baile y la adrenalina automovilística. Ya no era un canalla el pobre de mi padre, aunque su piel tostada y sus dientes de platino (semejantes a los de Mandíbula, el enemigo del Agente 007), eran claro indicio de su condición de hombre azaroso marcado por una vida corta de liviandad y excesos.

«Que qué bonito su apellido de extranjero. Que tan apuesto y tan galán».

«Extranjeros mis zapatos, que los Mendiguren somos de Cartago desde hace más de cien años».

Fueron días en que hubo detectives de anteojos acompañando a Celestino, en el establecimiento,

metidos en el carro y hospedados en la casa. Y mi madre se vistió de novia, y asistió a la ceremonia empaquetada en un vestido crema de dos tallas menos, desfilando de la mano de dos pajecitos que le servían de complemento: “los dos mendiguritos.

Aguantó hasta el capítulo donde había que decir que “sí”, y lo del anillo y lo del frío beso, porque no quiso lanzar el ramo al aire ni romper las solemnidades con el baile. Ese día, el viejo Celestino dejó de poner equis en una pared con una fila de almanaques. Hasta ese momento había marcado ya los cinco años, once meses, veinticinco días, comenzando en octubre del 66. Pero ahí no terminó la cosa porque al pobre Mendiguren lo encontraron a los veinte días con su flamante Bronco su compinche en el puro fondo del río Cauca. Sus cadáveres perforados por las balas. En la cara y en el pecho, y con las manos amarradas a la espalda.

Y de nuevo tuvimos ceremonia, esta vez en Cartago con carroza en una tarde de verano, y el luto sin lágrimas de mi querida madre y sus mellizos, a quienes todos cargaban y besaban y les hacían mil carantoñas. A fe que el tío era un hombre determinado a hacer cumplir sus propios códigos hasta cuando delegó en mí todas sus cosas y se le olvidaban las ideas o se quedaba mirando fijo por el hueco de la puerta como si esperara a los jinetes del Apocalipsis y ver entrar por allí un enjambre de langostas que rompieran bruscamente los vitrales de la casa para devorárselo a él y la utilidad de sus negocios.

En todo caso, durante aquellos meses de luto que guardamos por su muerte, el luto mío estaba convertido en un deseo de ganarme ese ancho espacio que quedaba

entremezclado con un impulso de morirme en medio de la frustración que me causaba el no ser capaz de hacerlo. Cualquier otra depresión resultaba ser un suave alivio. Y ese cuadro era el que empezaba a tomar forma ahora que Frida había decidido privarme de su tolerancia y su paciencia.

Entonces, atendiendo algún consejo, empecé a hacer arreglos para irme de viaje por un tiempo y me tracé un itinerario, tracé un itinerario con la firme intención de recorrer mundo; pero algo me retuvo en el intento porque no alcancé a abordar el vuelo que me sacara de mi patria, dar pie atrás en muchas cosas, aumentarle el sueldo al ingeniero, por ejemplo, condición pre-establecida para que Frida volviera a ser mi profesora y mi alcahueta.

Cuando llegó el momento de la reunión con el Notario para el asunto de la herencia protocolizada en testamento, la familia entera estaba allí sentada en los sillones el salón privado desde muy temprano. La voz aflautada de nuestro anfitrión con sus ojitos de polilla que se movían inquietos a lo largo y ancho del recinto inspeccionando la madera de la que podría alimentarse en el siguiente siglo. Guarecido tras sus lenticillos con montura de carey verificaba la asistencia.

Nos explicó la naturaleza de ese acto porque se trataba de la voluntad del muerto. Rompió sendos sobres sellados con lacre, y empezó a leer con lentitud la fórmula sacramental del documento. La biografía y peripecias financieras de mi tío, agente bursátil, importador de repuestos, relacionista público, prestamista de los municipios más pequeños, agiotista, usurero (que son lo

mismo, pero que unidos los tres adjetivos, dan una dimensión real de su delirio crematístico), terrateniente y ganadero.

Mi hermana Frida no había sido capaz de resistirse a la tentación de comer uña mientras mi madre se pasaba un pañuelo perfumado por sus manos húmedas. El chillido del Notario pasó al listado de las inversiones y las deudas con los acreedores, y con el sol a las costillas no nos habían ofrecido ni siquiera tinto. Los ojitos del Notario eran evidentemente peligrosos.

Desde la vasta superficie del escritorio cuya olorosa madera era ya un claro desafío para su voracidad de comején selectivo y entrenado, nos miraba a cada uno sentados en los muebles de color caoba, y de espalda a las fastuosas cortinas importadas de la India. Y fue entonces cuando todos heredamos lo que aparecía ya consignado al igual que el Notario quien también formaba parte de la parentela.

El segundo sobre, trataba de términos bancarios en el extranjero, acciones en la bolsa, un hotel en el puerto del océano Pacífico (pero a nombre de una Firma), y otros bonos y divisas, que como estaban en inglés y calculados en términos de una moneda distinta a la legal nuestra, se limitó a dar un resumen de que eso era lo que el tío abuelo dejaba en otras latitudes, y que el albacea era Pompilio, su secretario personal y socio, mientras se procedía a constituir una fundación a nombre del difunto (para hacerle honor a su vida y obra de filántropo), lo cual entusiasmó sobremanera a Débora.

Frida y yo, recibimos en definitiva lo que ya figuraba a nuestro nombre, más un fondo de

rentabilidad en fiducia destinado al montaje de la perfumería que había sido el sueño de mi hermana desde niña, y en lo que yo no tenía objeción alguna. Así mismo, los títulos de propiedad con los activos y pasivos de la firma constructora, una balastera de farallones grises sobre la margen izquierda del río Otún arriba, y un horno con galpones para quemar ladrillos con las tierras amarillas de otro lote en el sector de Playa Rica.

Sin embargo, la administración de esa balastera seguiría estando a cargo de una oficina de abogadas hasta tanto se finiquitara un proceso ordinario de restitución del predio que cursaba en el juzgado. Por lo pronto, mi ocupación principal estaría en la ladrillera. Nada del otro mundo. Otrora, la actividad era tan rentable y productiva que nunca pensamos que algún día se iba a agotar el chorro y de donde salieron los gastos de mi estudio y la buena vida de mi madre y de mi tía.

Todo tenía qué ver con la fabricación de tejas de barro cocido como en otros tantos establecimientos. Después vino el cemento y el ladrillo. Y le dimos gracias a la tierra amarilla que había en ese sector por donde años atrás pasaba el tren de Manizales. Hoy por hoy, las quemas de teja y de ladrillo son tan ajustadas a los mínimos que escasamente se logra satisfacer los gastos fijos.

Finalmente, nuestra actividad económica terminó siendo absorbida por los grandes montajes computarizados establecidos en las zonas industriales con sus adobes perforados (bloquelones cerámicos y adoquines de cara hundida con diseños especiales y altamente refractarios). Todo eso a gran escala, con

grúas y tecnologías de punta que le hicieron imposible a un negocio mediano como el nuestro competir con ellos. Después llegaron las zonas francas y por último, la nada para las economías locales y las empresas familiares.

De ahí que la esperanza esté representada en la explotación de la cantera cuya reciente concesión a una compañía de concretos nos asegura dos pagos semestrales de acuerdo con el volumen extraído en metros cúbicos, y de paso recuperar el sitio donde el viejo Celestino vivió su buena vida de carnestolendas con jacuzzi en la casa de la finca que como tal hoy se administra.

3

TRINA

LA SECRETARIA DE MIS ABOGADAS se llamaba Trina, y aunque su educación formal era sólo la estrictamente establecida por el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), sabía más de jurisprudencia y derecho civil que sus dos jefas juntas pues en más de una oportunidad pude ser testigo de que era objeto de esa clase de consultas.

En repetidas ocasiones pude oírla sentar cátedra mientras yo esperaba que las abogadas decidieran atenderme en su despacho humeante y subrepticio. A tal grado llegaba la afición al cigarrillo de estas tales que uno no veía la hora de salir corriendo de esa chimenea jurídica a buscar el aire fresco.

Por el contrario, Trina era distinta. Atendía a la gente con toda la moderación y el glamour natural que le eran propios. Aunque no era una mujer bonita, tenía un no sé qué al que le sabía sacar provecho no obstante los escasos atributos con los que contaba. Sus pantorrillas, al igual que su trasero, eran el problema, pues al uno verla sentía que la había engañado la naturaleza.

Sus piernas largas y magras, sólo eran mejoradas

por unas bonitas rodillas que disimulaban en algo el reducido incremento de sus muslos hasta rematar en algún punto de ese experimento. Pero ella las sabía ceñir con unas medias negras, sensuales (que traen por detrás una venita negra), y que van desde el talón hasta las nubes como en las vampiresas. Además, sabía usar muy bien unas falditas cortas con una abertura que indicaba ese camino hasta donde Adán le había mordisqueado la manzana a Eva.

Sólo por poder disfrutarla con los ojos uno se sentía a gusto en la sala de estar de la oficina mientras que las abogadas, con poderes en común y proindiviso, eran todo lo contrario: verdaderamente indeseables (por lo menos con respecto a lo que yo representaba en el proceso de la balastera), ventajosas, viejas brujas y haraganas.

Otra cosa eran sus senos. Allí sobraba lo que en el resto del cuerpo no tenía. Eran tan notorias, densas y grávidas que parecían dos calabazas de ocho libras cada una, dignas de ganar la más exigente exposición agropecuaria, y con las que hacía cumplir esa sentencia literaria: “Cuando miro el pecho de una mujer, veo doble”, del escritor Jules de Renard, a quien Jorge Luis Borges le atribuye el invento de las greguerías.

Con decir que el que viera a Trina saliendo de la plaza de mercado, juraría que se había robado dos papayas por dentro de la blusa. Aprovechaba este atributo para sorprender con sus escotes tridimensionales de un largo sinuoso, su ancho lácteo y profundo expendio de piel color de rosa.

Esa turgencia ocasionaba en mí un efecto

regresivo a la lactancia, un instinto atávico que no necesitaba explicación. Sin embargo, no se fuera ella a poner de pie. Ahí sí, uno prefería mirar una revista porque lo que todo ese tiempo había estado escondiendo detrás del escritorio, no más que era un paisaje desmirriado. Si yo hubiera sido médico y la tuviera que examinar, nada más le diría:

“Quédese ahí sentada, y cada que le indique respire todo el aire que le quepa en el pechito, y exhálolo despacio hasta que le desinflen los globitos”, ya que verla caminar por el salón inevitablemente lo obligaba a uno a mirarle ese trasero de cojín de tinterillo. Esa redondez disminuida por el trabajo esclavo de dos décadas en sillones de poca ergonomía.

Mientras cambiaba yo de pensamiento, sus notables pechos, turgentes y abundantes ya me tenían otra vez preso. Apenas era para que ganara año tras año los concursos de las islas Cayo Hueso. Debería ser difícil conseguir semejante talla de brasier. Quizás hasta tendría que importarlos de Noruega donde dicen que las mujeres más pequeñas miden seis pies y ocho pulgadas (6.08) de estatura y una abarcadura y media por el busto.

Pero volvía uno a verla de pie atravesando aquel vestíbulo, y no podía apartarse de la idea de que sus extremidades cuidadosamente depiladas se asemejaran a las prolongaciones del sujeto anfibio que se unió, de por vida, al Jedi en la Guerra de las Galaxias.

Y yo empezaba a ponerme letárgico de esperar que mis apoderadas se pusieran de acuerdo en el escrito con las aclaraciones entre el albacea y el secuestre, y que debían presentar ante el juzgado, porque al parecer eso

se les había salido de las manos. Me quedaba allí fingiendo entre revistas que no pensaba acaso en ese gato negro que maullaba bien adentro bajo el corazón de Trina, y que no era el gato de Ligeia ni el de Poe; era el Bruno gato de Baudelaire que se encrespaba bajo el arrullo de su sangre ansiosa.

Y a fe que yo era un tipo muy paciente, hasta el punto que las hojas de una palma que tenían en la sala de recibo amenazaba con metérseme por la nariz adentro sin que yo quisiera hacer nada al respecto. En algún momento me pareció que comenzaba a echar raíces; raíces de una planta trepadora o una planta venenosa, —un botánico de la cofradía de Don Celestino Mutis-, quien desde su famosa Expedición Botánica la habría clasificado sin dudarlo como una sativa lujuriosa.

Yo mismo me estaba convirtiendo en un vegetal rijoso, que si seguía así podrían sacar leña de mi escuálida presencia ya que a veces adquiría la rigidez del palo-e-monte, y otras supuraba cuasia con jarabe de palo...

La doctora Ladino, una señora que no se despojaba de sus suéteres de lana con cuello de tortuga ni porque estuviera en el infierno, salió al vestíbulo para evitarme la molestia de que yo entrara a su despacho. Se disculpó por teléfono con su otro par de clientes que aparecían en la agenda, y con una retahíla de disculpas terminó por decirme que “todavía nada”, y salió directo para una audiencia.

◀Pompilio aseguraba que ella era una de sus pupilas más cercanas, y en razón a ello llegó a ser gerente de una Importadora, directora de la Dirección de

Aduanas e Impuestos Nacionales, e incluso jueza>.

De la doctora Calvo nunca supe mayor cosa. Era una señora blanca. Encandilaba de lo blanca. Delgada y alta y con el pecho plancho como la tapa de una tasa sanitaria. Por su blancura daba la impresión de que era una seta venenosa. Parecía la imagen de la divinidad de las dos caras que convertía a los hombres en marranos por allá en la antigua Grecia. El sólo saludarla incomodaba hasta los tuétanos.

En contraste, desestabilizaba ese conjunto de blancura y agudeza intelectual con ese vozarrón de político romano que le salía por la boca. El asunto es que ambas se excusaron conmigo porque no se habían puesto de acuerdo en un escrito, y allí me dejaron plantado con la secretaria quien con gran comedimiento y esforzándose por atenderme, abrió el armario tallado en palo-santo y me ofreció un añejo Old Parr de la whiskera.

? Gracias. No bebo... le agradezco- le dije ya nervioso.

Y mientras ella se echaba unos hielos en un vaso y se servía el suyo, movía graciosamente sus tacones como una bailarina, contoneándose con gracia hasta que vino a recostarse en el pupitre.

? Le voy a compartir un secreto -se dirigió hacia la puerta, le echó seguro por dentro y volvió a recostarse de tal forma que la abertura de la falda me quedara a la altura de los ojos.

Empecé a sentir frío por las corvas. Las medias veladas le otorgaban a sus muslos un toque sensual y de

ellas se desprendía un aroma dulzón y soporífero.

No me gusta la forma como mis jefas están dilatando este negocio para que usted pierda. Yo, previendo lo peor les pregunté que qué debía responderle a usted cuando viniera, y simplemente me dijeron:

“Ese pleito en la cantera se va a alargar más tiempo de la cuenta. Que se esté tranquilo porque el fallo se demora a raíz de una demanda que interpusieron los colonos invasión. Mejor dicho, confírmeme que esa invasión no tiene arreglo. Antes él tiene que pagarles a ellos si quiere que les desocupen ese predio”.

¿Pagarles a ellos? ¿Y por qué? -les pregunté.

“Porque ellos construyeron sus mejoras con permiso de don Celestino y gestionaron la pavimentación desde la ciudad hasta ese predio, y ese centro poblado actualmente tiene reconocimiento del gobierno”.

? Pero como usted no había llamado ni venido, ahora ellos no fueron capaces de decírselo –se tomó un quinto sorbo-. Hace calor, ¿no le parece a usted ingeniero?

? Ahora que usted lo dice, creo que sí... ahora sí le acepto el whisky.

Caminó hasta el pequeño refrigerador, buscó al viejo Old Parr, echó hielo en dos vasos y pasó a la gaveta para servir los sendos tragos.

? ! Hoy tuve tanto trabajo! -exclamó estirándose como una gata.

Yo la observaba: Traía una blusita roja talla XXXL de muy buena lycra y sin mangas, que cuando se había estirado le había visto el rastro oscuro de sus axilas afeitadas y por unos cuantos segundos me dejó ver su escondido y pequeño ombligo.

Verdaderamente estaba calentando, pero seguía a la espera de todas esas infidencias pero ella dudaba en avanzar. Agarré una revista para ojearla. Ella se soliviantó el corpiño. Yo solté la revista. Ella agarró una carpeta y empezó a abanicarse el voluminoso pecho. Yo puse música sin autorización expresa de la secretaria.

? Hace mucho calor -volvió a repetir, y se puso las manos por detrás del cuello.

? Sí. Hace mucho calor -aseguré mientras le miraba aquel ombligo que comenzaba a ondular acompasadamente.

? Ya son más de las seis. Ya no viene nadie.

? Ya no se oye una mosca en las otras oficinas. Sólo esta música suave que he puesto para amenizarnos. Por favor termine lo que tiene que decirme.

Tomé un gran sorbo de alcohol vivo con sabor a whisky, a rocas de carbón mineral y a centeno, pero la sensación de boca seca empeoraba. No había duda, tenía sed. Nada podía hacer, era como si me hubiesen dado una porción de alcohol industrial vivo y otra de vinagre,

juntas. Me puse de pie. Ella me palpó suavemente el pecho en busca de mi ritmo de mi pecho.

? Te ves tan varonil con esta camisa a rayas!
 -resbaló sus manos hacia arriba hasta que me
 enlazó los hombros, cerró sus ojos bovinos y me
 atrajo hacia su cuerpo.

Yo la abarqué extendiendo mis dedos hasta la parte de piel que existía donde terminaba su blusa y empezaba la pretina de la falda. Quería con ansiedad probar la miel que había en su torso. Ella quería beberse el dulce fresco y varonil de la manzana que subía y bajaba por el interior de mi garganta. Y en ese silencio sospechoso descubrí que la juntura de sus tetas olía al dulce de zapallo que nos preparaba la abuelita cuando estábamos chiquitos.

Y empezaron a escapársele suspiros y griticos. Su falda olía a ambientador de oficina, y su boca a beso mentolipthus con tufillo a whisky, y en la diminuta salita comenzó a arder incienso de aserrín de cedro, o de nogal. Le besaba los labios y la playa de sus pechos y terminaba el recorrido mordiéndole su cuello.

? No tan brusco, queridito!

Yo imitaba sus manos expertas que se movían presurosas para alistar la cazuela y los huevos que se iban a freír en mantequilla. La falda pasó por el aire y fue a enredarse en la flecha de un Cupido que me apuntaba a la cabeza cada que yo entraba en la oficina.

< ¿Y qué es eso que huele tan rico abuelita? Dulce de zapallo, hijo. Quédese con la niña Frida hasta que

sirva y verá lo delicioso que este dulce sabe. Y cuando las humeantes sopas estaban servidas en la mesa, yo me comía hasta las pepitas negras que los demás orillaban en el plato y que sabían a pipa de corozo>.

Y mi rostro quedó hundido en toda esa ubre suprema, y ahí, de pie, recostados contra el escritorio donde estaba el cenicero, los vasos de whisky, portalápices, fôlderes, retratos de perros y de gatos, papeleras, códigos y correspondencia en desorden, empecé a sentir que me ahogaba en ese océano, y bañado en sudor abrí la boca para tomar aire y la sangre se me había subido a la cabeza.

Entonces me di cuenta que la tenía por arriba colgada de mi cuello, y por abajo aferrada a mis riñones magullados por la fuerza de sus muslos de experta ave corredora, en un acople perfecto y subrepticio del que sería imposible no lograr tal precisión cuando esa máquina de follar, como escribiera el pérfido Bukowsky, estaba hecha para eso.

Ella gritó y jadeó y estallamos entre risas y sollozos. Nos extinguimos sin dejar de darnos besos. Después vino la calma y el silencio. Nos vestimos como dos criaturas tristes que vuelven del delirio y se internan en las fronteras grises y negras de la tarde citadina, y cuando recobró su compostura de docta secretaria, por fin rompió el silencio:

? Desde hace algo más de los dos años les estoy pidiendo aumento y siguen jugando a la ruleta con mis sueños. Ellas no se imaginan a quién le están haciendo el daño -me confesó en el carro cuando íbamos directo hacia su

apartamento-. Y han recibido a los colonos con una cordialidad que no acostumbran con los clientes y hasta permiten que ellos me falten al respeto. Son unos morbosos. Todos los hombres son unos libidinosos... menos tú... ¡mi papazote...rico!

¿Qué podía yo decirle? ¡Nada! Seguir parando oreja mientras ella seguía traicionando la confianza de sus jefas.

? Hace como cinco años llegaron a un acuerdo. Un intermediario acordó con ellos que por una suma redonda de dinero, ellas les dejaban sin efecto el desalojo siempre y cuando cada uno consiguiera por su propia cuenta las declaraciones extra-juicio y los testigos se ratificaran en la descripción de las mejoras, y bajo la gravedad del juramento que los solicitantes habían levantado esas viviendas sin oposición alguna de sus propietarios, desde hace más de veinte años.

Radicados esos alegatos y emitido el fallo había que llevarlos posteriormente en la Oficina de Instrumentos Públicos, y a partir de entonces serían los dueños y señores de sus predios.

Ese asunto de la antigüedad sería muy fácil de tumbarlo porque la única casa que allí había era la que el tío Celestino le regaló a Rubén a la orilla de la carretera -respondí.

? Pero si los testigos y juran y dan fe de lo ya

dicho, al juez le queda muy difícil fallar en contra del beneficio general de los causantes.

? ¿Y en qué anda la cuestión del desalojo?
—pregunté.

? Ese negocio finalmente no fue notificado. En las actas de visita aparece:

“Invasor Uno, N.N. Establo y pesebreras. Extensión: Trescientos metros cuadrados. Vivienda y demás anexidades levantas en el predio”, etc.

Y ahora que la mayoría de las construcciones están en material pesado es todavía más difícil el sacarlos.

? ¿Y el dinero que han pagado adónde ha ido?

? Ellos dijeron que sí, pero por cuotas. Que contara desde ya con los adelantos hasta quedar a paz y salvo y el Notario les firmara su escritura.

Pero mis jefas no contaron con la suspicacia de Pompilio que las previno a tiempo. Aunque los colonos parecían estar asesorados, ellas no estaban en condición de cumplir con esa parte última sin que a usted lo tuvieran que haber notificado.

Fueron ellas las que se asustaron.

? ¿Y han venido trayendo más dinero?

? Esa plata ya la consignaron. Pero mis jefas no van a continuar con el asunto, y me van a

poner a mí en el centro del problema. Nada más se lo digo porque quieren jugar con sus derechos.

? Necesito aclarar todo esto.

? Hay algo más –prosiguió–, un funcionario de la capital ya tenía radicadas y firmadas todas esas protocolizaciones, y cuando vino a despedirse me las entregó para que las abogadas le pagaran a él sus honorarios. Pero yo no podía romper semejante prueba reina.

? ¿Y para qué puede servirnos ese mamotreto?

«Era la mujer más peligrosa que un balazo en un oído. Sólo que no le gustaba hablar de plata. Introduje un casete de música romántica en el pasa-cintas de la camioneta en que la transportaba y fue dejando caer su cabeza perfumada sobre mi hombro. Tenía mañas de gata callejera, pero por fortuna estaba de mi parte».

? El cartapacio consta de treinta y siete escrituras que luego de recibidas y firmadas las declaraciones, pasaron a la Oficina de Registro donde no quisieron radicarlos porque el funcionario no quería perder el puesto. Si le hubieran hecho caso al intermediario de que los testigos fueran primero ante el Notario, y con ese escrito presentado la demanda ante el juzgado, habría sido diferente porque ahí sí se había perdido el pleito.

La primera parte habla de la cabida y linderos de los predios, y la segunda, de que dichas mejoras datan de algo más de veinte años y que ni antes ni después el propietario o propietarios han expresado

desacuerdo de que allí construyan dando por hecho que no se oponían al beneficio y usufructo del terreno, siempre y cuando se destinaran para el goce y disfrute de vivienda.

? Y supongo que todos eran conocidos y empleados del viejo Celestino.

? Ajá!

? Me tienes abrumado con esa memoria tan magnífica -le dije lisonjero. <Esta damita tiene talento y entusiasmo –pensé entonces>.

Empezó a sonar una canción de José Luis Perales.

-Hay, tan lindo! -y me dio un beso.

? Esas jefas tuyas han de estar ciegas que no se han dado cuenta que van a perder una excelente secretaria que vale por veinte bien capacitadas.

? ¡Ay, tan bello! -y su mirada se hizo maternal.

? Tú eres la secretaria que yo querría tener en mis negocios.

? Te haría cariñitos desde las 8:00 hasta las 6:00 -y se seguía derritiendo.

? ¡Tengo una idea! -y la reté de pronto. Había espontaneidad en mis palabras ¿Qué tal si dejamos de dar vueltas, regresamos hasta la oficina y recogemos los papeles? ¿Tú qué dices?

? Mmm...! -se rascó la cabeza, pensativa- ¡Vamos

pues! -me dijo. Estaba enamorada, y ya sus manos buscaban debajo de la cabrilla al caballito persa. Tal vez al regresar allí, otro vaso de whisky y quizás se repitiera el episodio.

Entramos. Sirvió sendos tragos en las rocas. A mí siempre me ha desagradado el whisky. No soporto ese sabor a alcohol en bacinilla. Pero a veces hay que hacer el sacrificio. Me dio un beso largo, tierno y aletargador, al que yo correspondí apasionadamente. Se separó de mí y en una venia teatral, extrajo un paquete grueso envuelto en papel de parafina y amarrado con cabuya que yacía con llave adentro de un armario, y exclamó:

- Tátarataaa!

? Se dice: ¡voila! -traté de impresionarla.

? ¿Cómo?

? No cariño, que eres estupenda.

Me extendió el paquete. No quise abrirlo. Lo sostuve fuertemente bajo el brazo. Sí quise abrirlo. Lo apreté contra mi pecho. Lo puse a un lado en la mesita del teléfono. La miré a ella. No a la extrovertida Trina sino a la mesita. Le ausculté el corazón. Le mordisqueé su cuello, sus hombros, su boquita con sabor a Adams.

Le manoseé su talle, la amplia proporción de sus medidas. Su corazón a corta distancia de mi boca. Otra vez la estaba empalmando desde adentro. Y en esta ocasión el dulce de zapallo me supo a clavos y canela con un leve rastro a nuez moscada y mucha más leche que al principio. Pero no sólo una pizca sino astillas de canela,

troncos, y clavo, mucho clavo a la mejor sazón de una experta cocinera.

< Quieres más zapallo, Felicito?—sí abuelita. Quiero más de eso>.

Después del estremecimiento, la petit morte de los poetas simbolistas y románticos franceses, vino más whisky y más vasos de agua para paliar la sed de los cerezos. Pero entonces ella dijo:

? Qué pena contigo, pero me tengo que ir muy ligerito. Debo estar en la casa antes de las once porque espero una llamada del marido que está en el otro lado del charco, y mejor dicho... me manda a “quebrar”, donde yo no conteste ese teléfono. Él me está esperando en Houston desde hace ya tres meses, y cómo te parece que se me robaron la plata del pasaje.

De un momento a otro la gasa sutil de los hechizos se me había caído en la cabeza. Ahora era ella una gallinita buscando sus huevitos, su cartera; un velociraptor que me miraba como a un Priapo triste, melancólico, acabado para ver dónde escondía mi billetera.

? ? Cómo así, mamita? -contesté condescendiente.

? Eso me ha tenido tan preocupada!

? ?Y por qué no le cuentas a él lo que ha pasado?

? Es que me mandó la plata ya dos veces. La

primera vez por oficina, y la segunda con un tipo que al parecer ya se quedó con ella. Un malparido ladrón oportunista.

? Tranquilízate, que primero yo te llevo como un rayo hasta tu casa, y segundo, yo te regalo ese pasaje. ¡Qué carajos! Pero a nadie se lo digas porque no me gusta dar explicaciones.

? ¡Gracias, mi bebé! ¿Y a propósito, dónde dormirás? -me preguntó atrevida.

? No sé. Hoy no quiero ir hasta el apartamento.

? Entonces quédate conmigo. Allá nada más somos mi hermana, yo, y los viejos. Te das algunas vueltas por el pueblo mientras le explico la situación a mi familia y te quedas a dormir conmigo. ¿Listo?

? Me parece perfecto -respondí.

En esa primera ocasión que me ofrecí a llevarla hasta su casa no desperdicié oportunidad de pasar por cada bache, policía acostado o reductor de velocidad que hubiera en la calzada sólo para divertirme cuando le cimbraban esos senos. Y en frente de esos pechos yo no veo doble sino cuádruple.

Quizás lo mismo como las veía Pompilio quien en ciertas ocasiones me decía: “nada llena mejor una mano que un seno”.

< Y dale con Pompilio! ¿Es que no se ha dado cuenta que ese señor repetía las frases como un loro? No era Pompilio, era Braudillard, ese rebelde intelectual que

pasó a la historia de los franceses con sus frases necias>.

? A PROPÓSITO -LE DIJE-, ¿Rubén estaba en esto?

? Ese señor ha sido más fiel que un perro. Puede que con usted no tanto, pero con don Celestino fue distinto. Don Pompilio instó a mis jefas para que iniciaran el proceso de restitución del predio. Pero el asunto se quedó calmado por un tiempo hasta que a Rubén se le metieron a la casa y le amenazaron la familia. “¿Y cuándo van a ir a la cantera para que investiguen este caso - les preguntó a mis jefas ese día. ¿Ir? ¡Eso sí que no! Nosotras no tenemos tiempo. Pero vamos a solicitarle al comandante que nos colabore con la policía para que nos pasen un informe”.

Cualquiera diría que después del ajetreo y las idas y venidas de aquel lunes, yo iba a estar exhausto a media noche, pero no; me sentía más lúcido, lleno de energía y más voraz que un niño suelto en una tienda de confites. Conducía mi vehículo por las insatisfechas calles de mi pueblo, y los apartamentos a lado y lado de la carrera séptima, contrastaban con las luces y el exagerado ruido de los bailaderos y tabernas de los primeros pisos que se apeñuscaban en las inmediaciones del Lago Uribe Uribe.

Sí. Eso observaba cuando por la pasarela de mi mente cruzó la damisela de una noche antes cuando levantaba graciosamente los tacones mientras me besaba por el generoso obsequio de un billete sucio, y de quien no me había quedado nombre, ni teléfono ni domicilio. Me dio hambre y pensé nuevamente en esa

nueva perspectiva que me revelaba Trina.

La luz de aquellas lámparas de la avenida era de un amarillo sulfuroso y fuerte, que en ese momento titilaba enajenante y algo incómodo como en un pasaje literario del Infierno de Alighieri. Me volvieron a rumbar las tripas e inconscientemente resulté enfilando hacia la casa donde aquélla me esperaba sin interesarme mucho en el fluir de los vehículos y las cuadrículas de los edificios.

Cuando me acerqué a la puerta, quien me dijo ser su hermana corrió a abrirme. Sin embargo, no se parecían en absoluto porque ésta tenía un conjunto de atributos que le daban a cualquiera la impresión de que habitaba un reino propio. Su nombre era Melissa y estaba próxima a cumplir los diecisiete.

? ! Tú eres Félix! -No me lo estaba preguntando, era una aseveración. Recostó su frente en el canto de la puerta y me examinó con descaro- Por favor sigue... mi hermana me ha pedido que te atienda como lo mereces.

Me condujo hasta el comedor iluminado y empezó a aterrizar platos de comida caliente encima de la mesa, caldo del almuerzo con un ala de pollo, una bandeja de arroz blanco, papas y trozos de yuca frita, una montañita de carne molida y tomates con tajadas de plátano maduro.

Desde la silla de enfrente ella me veía devorar todo ese bastimento. No tenía sueño. Eso fue lo que me dijo. ¡Ah! Y tampoco se quería perder el especial sobre el concurso de Miss Universo.

? ¿Y es que no piensas estudiar mañana?

? No. A los profes les dieron un compensatorio por lo de las votaciones. Pobrecitos, hasta para eso los ponen a asolearse los domingos.

Y cuando los últimos restos desaparecieron me preguntó condescendiente:

? ¿Te sirvo otro poquito?

Empecé a estudiarla y me pareció que sus huesos eran finos, bien proporcionados y de muy buena talla. Era esa clase de mujer que cualquier rey persa compraría para su harem privado. Una dulce hurí de piel trigueña clara y curvas suaves. Su cabello era castaño lacio y perfumado. El conjunto de su bien delineada boca, su fina nariz (casi respingada), de fosas angostas, verticales y sus ojos color miel, completaban la armonía de un rostro celestial cuyo cutis suave y terso la habían convertido en la quita-novios más temida del contingente de primíparas.

Y no es que ese hubiera sido su propósito (según me comentaba entrando ya en confianza), sino que siempre quiso ser amable de dientes para afuera porque para sus adentros ella lo que quería era hacerlos sufrir a todos ellos. Pobres muchachos, que, a no dudarlo, por una sonrisa de ella o por un baile, o tan siquiera por verla pasearse por el campus con el contoneo de su cuerpo la llevarían en su recuerdo por el resto de sus vidas.

CUANDO SUBÍ A LA ALCOBA, Trina me esperaba cubierta hasta las orejas con las manos agarradas del borde de la colcha. La expresión expectante de su rostro y el lenguaje de vigilia de sus ojos me indicaron que había estado escuchando lo que conversaba con su hermana. Y

como de noche ni siquiera los susurros se salvan de convertirse en galanteo e imprudentes sugerencias... al fin me fue diciendo:

- ¿Te gusta mi Melissa? -me perturbó con la pregunta a quemarropa y ella notó en mí el tartamudeo-. Te la regalo -me aseguró con pasmosa naturalidad-. Yo soy la madre de ella, y ella por supuesto que lo sabe, pero en ese entonces mis padres lo ocultaron y prefirieron presentarla como se segunda hija. A partir de entonces siguió siendo mi hermana.

La miré con cierto gesto de indignado, lo cual no dejaba duda de que otro argumento corporal hubiera resultado hipócrita. ¿Cómo no iba a gustarme si se sentía que era una cosa mutua, recíproca, de simple y llana química?

- ? No te escandalices que aquí somos gente sin prejuicios, y me sostengo en lo dicho, pero tienes que esperar un poco.

Levantó las cobijas y sacó una rodilla que era el punto donde se articulaban los dos suaves cilindros que componían su extremidad izquierda, y la movió insinuante. De ahí para abajo hasta el talón, y de ahí para arriba hasta un punto donde recientemente había tenido ya mantenimiento.

- ? Métete a la cama que está haciendo mucho frío -me olvidé por un momento de Melissa y eso hice.

4

ULTIMATUM

La Sordera (que había heredado de mi tío abuelo), era un predio destinado a la explotación de una cantera pero estaba afectado por un problema de invasión. Primero llegaron dos familias pobres y después ya pasaba de cuarenta. En consecuencia, se había convertido en corto tiempo en un verdadero pueblo. Una calle retorcida donde los patios de las casas colindaban con el polvo de los triturados, las detonaciones de la dinamita en lo profundo de la roca y el permanente ruido de las máquinas.

Un asentamiento con mucha actividad, en su mayoría por las cantinas que se llenaban por completo de volqueteros, operarios, malvivientes y ayudantes, después que terminaban las rivalidades en el fútbol de los sábados y los domingos.

El predio figuraba en la matrícula con el nombre de La Sordera, pero yo detestaba el calificativo. Y para colmo de los colmos ya no podría cambiárselo porque en el curso de los años se había convertido en un bullicioso caserío. Así estaba inscrito en el catastro, en la oficina de Desarrollo Urbano, en el correo, en la guía de teléfonos; y lo peor de todo, en la oficina del impuesto, que allá sí no

modifican nada que les produzca ingresos, trátase de una exclusiva zona o de un asentamiento subnormal cargado de problemas.

Ya se sabe: la violencia política, los desplazamientos y los avivatos.

Yo prefería llamarlo La Cantera. Además esa era su razón de ser y su naturaleza. ¿O acaso los nombres de los sitios no se deben a su propia toponimia? Los molinos para el triturado, las correas transportadoras y los farallones eran prueba suficiente de que aquél era un predio destinado al uso y explotación minera de ese tipo.

Sin embargo, mal consejo es luchar contra los convencionalismos y los trámites burocráticos en los que obligatoriamente nos movemos porque esta falta de veracidad a la que yo vivía aferrado con respecto a mis propios documentos casi me ocasiona la cancelación de un contrato indefinido como proveedor de triturados con la mayor firma de concretos de la zona.

Luego de la licitación para el suministro de los premezclados del viaducto, seguí empleando en el membrete las planillas de identificación donde tenía escrito “La Cantera”, y eso creó un error en la base de datos de los socios mejicanos quienes vieron en ello una acción de mala fe y un intento para defraudar el fisco.

Fue por esos mismos días que Trina me invitó a su cama. Pero cuando partió definitivamente para el extranjero entendí que el haberme permitido conocer a su preciosa hija había sido el más grande obsequio. Su nombre era Melissa (ya lo dije), y para mí era la única a quien podía pedirle que me sirviera de amuleto

acompañándome a una reunión con los colonos.

Se rascaba la cabeza cada vez que le tocaba el tema, pero no porque tuviera comezón sino más bien por el vicio que ellas tienen de creer que de esa forma se despiertan la consciencia. En todo caso, cada vez era más obvio su rechazo.

La primera vez que me hice allí presente con mis ínfulas de pretendiente no pasó de ser más que una incómoda visita para su madre-abuela, pero yo seguí insistiendo porque no quería privarme de su presencia inspiradora y cautivante, así ella me siguiera repitiendo que eso de tener una relación entre nosotros quedaría muy mal visto porque Trina era mi novia, no importa que estuviera lejos.

Y yo seguí insistiendo hasta que después de algunos meses y visitas y atenciones, quedó visto que mi empeño era sincero y que tal vez Trina desde por allá lejos pegó el grito porque antes de que yo volviera a argumentarle, terminó por hacerse la invitada:

? El próximo lunes lo acompaño, pero cuando venga mejor espéreme en el carro.

ESO HICE CON LA ESPERANZA de que cumpliera lo acordado. En un santiamén sorteó las escaleras que conducían al segundo piso y al instante estuvo de regreso más hermosa que como la había visto dos minutos antes, esplendorosa y natural como era ella, de jeans, camiseta blanca y zapatillas de princesa, justo al frente de mi ventanilla.

En verdad era la damisela en quien se materializaba todo mi incentivo y que me motivaba a luchar por algo, y

para eso no necesitaba a Frida que me lo confirmara. Pero mis pensamientos iban y venían dándole vueltas a las cosas por las dificultades a las que me vería enfrentado en pocas horas.

<TRES MESES ATRÁS ME APARECÍ en “La Sordera” sin preaviso, acompañado de dos operarios fornidos que tenía en la obra. Me senté en el comedor, examiné los despachos de material de la cantera, y mientras esperaba cuadrar cuentas con Rubén, éste seguía dando rodeos, se metía a la cocina, y volvía a salir, hasta que ya seguro de que no podría evitarme, se sentó conmigo.

? Mire Rubén, vamos a poner las cosas muy en claro. Usted se olvidó con quién tiene que entenderse, y como vamos no está velando por mis intereses.

? ¿Cómo así, ingeniero?

? Me refiero a la fábrica de tubos que acaban de montar al pie de sus narices –respondí–. Y lo peor, es que ese tipo tan maluco lleva allí como dos meses –lo miré–, ¿qué pasó con el denuncia?, ¿por qué no me buscó inmediatamente?

? Porque yo quiero a mis dos hijos.

? Ya veo que usted no conoce un Marmolejo.

Con los codos en la mesa y a menos de una cuarta de distancia de su rostro le reclamaba entre susurros. Susurros de impotencia y rabia. Aliría desde el extremo del corredor, no despegaba sus ojos de nosotros porque

advertía que lo que estaba sucediendo no era bueno.

? ? Qué voy a hacer con usted, hombre Rubén?

Y como para darle algún respiro le pedí que fuera a buscar al individuo para que viniera a hablar conmigo.

? Bueno señor! -me respondió preocupado.

Se levantó. Atravesó el empedrado. Se dirigió rumbo al sitio de los tubos que se encontraba a unos quinientos metros, acompañado con el perro (un enorme animal peludo, blanco y amarillo), pero no tardó en regresar junto a dos primos y un hermano, a quienes ya había visto en otras ocasiones.

? Qué dijo el tipo? -pregunté.

? Que bueno. Que se cambiaba de ropa y ya venía.

Me sentí rodeado de hombres solidarios transpirando adrenalina. El olor a malevaje, a bestia de carga y animal de sangre tenía impregnado todo el sitio. Fui hasta el carro y saqué una garrafa de aguardiente e invité a cada uno a que se trancara un trago.

En eso llegó el sujeto de la fábrica de tubos, un hombre elemental, primario. Lo acompañaba otro mayor que él, ambos curtidos por los golpes de la vida, el alcohol y la pobreza.

? Por favor sigan señores...

Ambos se miraron indecisos ante la presencia de los rostros nuevos. Rubén ni siquiera determinaba a ambos

individuos. Se trataba de un vecino incómodo a quien no quería como invitado.

? Según entiendo, usted está en disposición de pagarme arrendamiento por el predio. ¿Eso es correcto?

? Así es –contestó, y miró aprehensivamente a todos lados-, pero le aclaro que yo le compré aquí un derecho a unas abogadas y me extendió el papel escrito.

Y al rehusarme a recibírselo lo colocó sobre la mesa. En el maltrecho documento las descoloridas cláusulas de cinco años atrás, y sus atropelladas firmas, daban cuenta de una compra-venta.

? ¿Cuándo empezará a pagarme? -pregunté.

? No tenemos un centavo -argumentó el viejo-, sólo el producido y unas cuantas formaleas.

? Entonces hablemos de ese producido, los galpones, y de la vivienda que construyeron sin permiso. Y finalmente vamos a hablar de la escopeta –todos se fruncieron, incluso yo mismo.

El sujeto se paró de un salto.

? Vea usted joven, yo me llamo Guadalupe, pero me puede decir Lupe. Lamento mucho que nos estemos conociendo de esta forma, y me vuelvo a sentar para que aclaremos esto de una vez por todas -dijo seriamente el hombre.

? Esa escopeta era un recuerdo de mi abuelo –le interrumpí cortante-, pero hagamos de cuenta que usted se la tomó prestada y piensa devolvérmela ya mismo.

? Mire muchacho...!

? Dígame Félix, y a mí no me salga con el cuentico del muchacho. Yo me llamo Félix Antonio Mendiguren Marmolejo y le exijo que me trate con respeto porque aquí no es la cantina donde usted se vuelve un “troglodita”.

? El que no conoce los huevos todos le parecen iguales y ahí es donde la gente se equivoca. Y sí, yo me le metí a la fuerza y le dejé amarrado al administrador porque él tenía una cuenta pendiente con nosotros desde que estuvimos presos.

Miré al inculpatado. Él levantó la cabeza y se me quedó mirando como si de pronto se hubiera recuperado de la amnesia. Abrí la libreta electrónica que tenía sobre la mesa e hice en ella dos o tres operaciones matemáticas.

? Entonces, yo le voy a recibir los tubos, los postes y las formalelas.

? No podemos.

? Explíquese.

? No podemos, porque nosotros somos cinco y no tenemos autorización para decidir por otros,

así seamos la familia.

Me levanté de la mesa y personalmente les serví licor a los parientes de Rubén y a mis peones que seguían al detalle los pormenores del encuentro. Necesitaba respirar. Di un rodeo por la casa y me detuve en un rosál en el que Aliria disipaba sus recuerdos, y regresé al asiento nuevamente.

Hablamos de otros temas. Uno de ellos se refirió a los preparativos para la final de fútbol a realizarse en la cancha de la zona, y cuando todos sintieron que ya era hora de despedirnos el tal Lupe se comprometió a pensarlo y a hacérmelo saber en el menor tiempo posible. Apretón de mano, sentimientos encontrados.

? Entonces, hasta luego!

? Perdóneme patrón, pero yo no estaría de acuerdo con tenerlos de vecinos -rezongó Aliria.

? ?Y acaso desde antes ya no eran “sus” vecinos?

? Es que usted no sabe cómo es Lupe -me advirtió Rubén-. Lupe es peligroso. Y le digo otra cosa: yo con esa gente no trabajo.

? Usted tiene una casa muy holgada allá abajo en La Sordera. ¿Por qué entonces no me desocupa?

? Eso es muy injusto Félix -sus labios y el conjunto de su rostro se le contrajeron.

El resto de los asistentes se despidieron mientras

que mis dos acompañantes seguían al lado mío ya entonados con el aguardiente. Con todo eso, Aliria me dolía. Tan buena que había sido conmigo desde niño, y cuando quise despedirme no salió de la cocina para responderme. Por el retrovisor vi a Catalina, su pequeña hija, diciéndome adiós con una mano... o quizás era mi imaginación.

TRES MESES DESPUÉS ESTABA estacionando el carro en el empedrado de la finca, en compañía de Melissa. La imponente presencia del perro peludo, blanco y amarillo, como un gato persa, causó en ella una impresión tan fuerte que mejor decidió no bajarse del vehículo. Eso no se lo esperaba de mi parte porque había ido por ella hasta su casa para exponerla a ese peligro. Fue la primera ocasión en que se agarró desesperadamente de mi cuerpo.

? No Félix Antonio, yo de este carro no me bajo!

Tan pronto abrí la portezuela, el animal corrió a mi encuentro. Me puso las patas en el pecho y cuan alto era, fijó sus ojos en los míos, y pasó su tibia y larga lengua a lo largo de mi rostro. Rubén lo chistó con una exclamación cortante y el animal fue a echarse de inmediato.

Di la vuelta al vehículo, y como todo un edecán le abrí la puerta a mi invitada. Le extendí la mano. Ella me correspondió ofreciéndome la suya. La tomé del codo, en el que ella se apoyó muy suavemente y posó sus pies sobre la tierra.

? Por favor no temas que aquí somos así toscos y ruidosos.

Ella hizo un bizco mezcla de asombro y extrañeza, entrecruzó sus dedos con los míos y alcanzamos la chambrana donde la Aliria nos ofrecía su bienvenida. Sólo hasta entonces Melissa vino a descansar del perro. Sobra indicar la carga de atenciones que le prodigaba la anfitriona a mi bella pasajera a fin de compensarle el sobresalto.

Le sirvió una infusión de pronto-alivio y yerbabuena frescas que trajo de la huerta, y le habló maravillas del canino y de lo noble que era porque estaba destinado a salvar vidas, hasta que finalmente la puso a mirar figurines de modistería y que le sirviera de modelo para un traje de novia al que le estaba dando las últimas puntadas.

El ambiente general en dicho predio era todo lo contrario a lo que se pudiera pensar de un sitio solitario porque por el frente de la casa transitaban día y noche los moradores y vecinos, y de cuando en cuando saludaban.

? Buenos días, ingeniero –dijo el hombre que acababa de acercarse.

? Buenos días –contesté, y le estreché la mano.

Lo grueso de sus lentes era indicio de miopía aunque no por ello pudiera creerse que aparentara ser un individuo enclenque. Por el contrario, su fuerte complexión era propia de los mercenarios que aparecen en los cartelones del teatro Nápoles cuando anuncian todos esos enlatados de “Los doce del patíbulo”, o a “Platoon”, o la guerra de Vietnam.

Ni siquiera en su mirada se advertían las emociones

cuando sonreía, y sin embargo, su rostro inexpresivo dejaba percibir una preocupación latente. Me dijo que venía como emisario de los camaradas del Centro Poblado La Sordera y que cuando habían llegado allí era para construir un techo para sus familias.

? ¿Invitados por quién?

? No me lo han dicho -respondió.

? En todo caso, quiero que les diga, y esto es para usted también porque supongo que es colono, que ese proceso lo perdieron, y el dinero que han pagado yo no lo reconozco como recibido y es probable que no lo recuperen.

? Eso está por verse -respondió.

? ¿Mejor por qué no me dicen cuánto valen esos palos y esos muros que tienen contruidos para que desalojen?

El tipo se dio vuelta y no me contestó. Giré sobre mis talones y al ver que el tema había caído a un punto muerto me paseé un poco por el patio y me dirigí hasta la camioneta, la abrí, me paré en el estribo, y a través de los cristales vi que el hombre regresó para decirme:

? Vamos a hacer lo siguiente, ingeniero, si usted quiere convocamos a asamblea y nos lo dice a ellos en la cara que ya ordenó ese desalojo. Mejor dicho, a las tres de la tarde se los tengo aquí con mujeres y con hijos.

? Que así sea -aseguré.

Tan pronto empezaron a llegar los mejoreros me di por enterado que me enfrentaba a una verdadera tribu y no se le veía amistosa. Rostros duros, cuerpos secos, brazos morenos y delgados, cabezas prematuramente encanecidas, sonrisas trezadas con la dureza de la vida.

Era el desencanto propio de los hombres cuando los golpean las privaciones. Cansados de salir apaleados como perros de sus fincas y parcelas, perseguidos y estigmatizados por la sociedad. Olvidados del derecho. La forma como se había estado manejando últimamente todo aquello era suficiente razón para que estuvieran en mi contra. En algún momento pensé salir de allí corriendo.

? ¿Dónde está Rubén? -le pregunté a su esposa.

Me sentía indignado por la falta de solidaridad de mi administrador al haberme dejado allí poniendo el pecho sólo en esa batahola.

? Está abajo en la cantera.

? Entonces llámelo que lo estoy necesitando de inmediato.

En ese momento me di cuenta que el tipo era una gallina. Un desleal. Un sucio que me había dejado entrampado.

<Si quiere terminar mal este día delante de Melissa, entonces avísame para ver si yo también me escondo>.

Aliria continuaba recibiendo a sus vecinos querellantes, y sin mirarme dijo:

? Él está ocupándose de que todos los colonos aparezcan. Dele tiempo, y mejor tómese este aguardientico que yo ya sé por qué esta usted tan contrariado.

? Es que este desgraciado indio podrido, no tiene por qué estarme robando de esta forma. ¿Por qué desde hace todos estos meses me lo seguía ocultando? ¿Cuánto le estarán pagando?

La copita de trago le temblaba a Aliria en la bandeja.

? Mi Rubencito no es ningún indio y mucho menos un podrido, él es muy honrado, y levantó la frente para darle más énfasis a lo de “honrado”.

Me miró resuelta. Nunca nos habíamos mirado tan de cerca y tan intensamente. Era una mujer dulce. Se advertía en ella un porte de dignidad y fortaleza maternal netamente campesina. Me acordé de la confianza que el tío había depositado en ellos, y me inquieté ante la inminencia de esas nuevas reacciones.

Me miró con una frialdad estremecedora y me apuntó varias veces con el índice en la cara cuando repetía:

— No me le vaya a hacer nada a mi marido! ¿No ve que él es padre de dos hijos? ¿O es que lo que usted quiere es que vuelvan y lo metan a la cárcel? Se secó una lágrima con la punta del delantal que Frida le había llevado de regalo. Fui yo la que le dije que esperaríamos.

Ellos vinieron una noche y cuando le echaron mano

a la escopeta le dijeron que si hablaba, al primero que mataban era al niño –la saliva se le volvió pastosa adentro de la boca–, que después seguían con nosotros. Por eso dimos por perdida esa arma. Pero aún estamos vivos...

Por mi mente pasó la imagen de Pompilio cuando aseguraba que yo era un tipo sin culo como los muñecos. Esperé hasta que llegaran los últimos colonos mientras uno de ellos empezó a recoger en unas hojas la asistencia, y Melissa me ayudaba legajando las minutas con el resto de declaraciones y de documentos en la pequeña oficinita de la casa.

Cada paquete contenía unos diez folios: la minuta de desglose y compraventa, la certificación del sitio, el plano de manzana expedido por catastro, paz y salvos de impuestos y pago de servicios, fotocopias de las cédulas, etc. Si llegábamos a un acuerdo, de seguro yo no tendría ningún reparo en firmarle a cada uno su escritura.

En adelante, quedaría en manos de ellos cancelarme los derechos, y fin del proceso, sin concurso de abogados picapleitos, mercenarios ni facinerosos. Hasta entonces, el sujeto de los lentes gruesos parecía ser su único vocero, de modo que les dije:

? Hace como dos años, ustedes llegaron a un acuerdo por intermedio de un político. Pero ya saben que sin el visto bueno del propietario habría sido imposible legalizar esas mejoras. Tal vez a ustedes los hayan conducido por laberintos desconocidos para que perdieran este pleito, y aquí está la prueba (levanté el cartapacio para que todos lo observaran), de que al fin y al cabo prevalece la justicia por encima de la trampa y el engaño porque

ustedes están metidos en el centro de una estafa.

Hoy hace ya cinco sábados, ustedes iban a tener una reunión ¡quién sabe dónde!, con las abogadas, pero ellas incumplieron. Allí les iban a entregar los títulos por los que supuestamente ya han pagado. Pero antes de que esto sucediera se les cayó el barranco porque una alta funcionaria del gobierno me buscó para advertirme (volví a mostrarles el pesado bulto de los títulos), lo que demuestra que es conmigo con quien deben entenderse.

Melissa, por su parte, no estaba interesada en esos ditirambos. En cosa de segundos se había hecho amiga de la hija de Rubén y Aliria, y estaban contándose aventuras bien acomodadas en la sala de recibo.

- ? Entonces –preguntó uno de los asistentes–, ¿qué va a pasar con estos pagos (ventiló indignado los recibos), que le dimos a las abogadas?
- ? Reclamen el dinero y entiéndanse directamente con el propietario.
- ? Ustedes conocen muy bien al administrador –lo señalé–, que está aquí desde hace más de treinta y cinco años y administra estas cuatro piedras. Lo que decidan me lo hacen saber a través de él o la señora.

En ese momento apareció Aliria acompañada de su hija y empezaron a repartirnos limonada fría como si adivinaran que teníamos la boca seca.

- Tómense esta limonadita que es con mucho gusto.

Eran ya las 2 y 30 de la tarde y el aire seco y grave

del momento aplomaba más el sol canicular contra el empedrado. Los dos bandos bebimos limonada en la armonía de las fieras alrededor de un charco. Aunque, a decir verdad, la cuadrilla de ellos era un gran grupo de hombres y mujeres prestos a dar hasta la última gota de su sangre por no dejarse arrebatar el rancho, y el bando mío era sólo el bando de uno. Uno solo con dos peones asustados.

- Las declaraciones extra-juicio donde aseveran ustedes que son poseedores desde hace más de veinte años, son falsas. Fotografías aéreas tomadas hace doce años, y contratadas para la explotación que se está haciendo ahora, lo demuestran, porque la única vivienda que aparece en esas fotos es la que mi tío abuelo le regaló a Rubén Darío.

Esas pruebas yo las tengo, y son una evidencia más para demandar todo este engaño. Si yo quisiera, podría hacer efectiva, de una buena vez, la orden de demolición y el desalojo. Pero no estoy interesado en eso –terminé aclarando.

El ambiente continuaba tenso. Se sentían en el aire los deseos reprimidos de agredirme, y el personaje de los anteojos se paró y dijo:

- ? ¿Entonces qué propone usted ingeniero? -Y todos asintieron.
- ? Primero, que quede claro que yo no le tengo miedo a los facinerosos, y que con intimidaciones todos vamos a terminar perdiendo.
- ? Pongámonos de acuerdo -dijo alguien, y los demás

se miraron indecisos.

? Les voy a aceptar la oferta que tenían desde antes y si el área es mayor o menor a los doscientos metros se divide y multiplica. La cuenta es muy sencilla. Pero no voy a esperar toda la vida.

Que qué bueno, dijeron, que yo tenía toda la razón. Y se codeaban entre sí, pero que por cuotas, para los que estaban alcanzados. Pero no faltaron dos o tres escurridizos que me convidaron hasta la oficina para contarme allí la plata ¡Qué carajo! Y que había que celebrar el acontecimiento. Fue cuando el valiente camarada, que ya estaba al frente, pidió solemnemente la palabra.

Me hice a un lado. Sacó pecho y echó la cabeza para atrás como un Nikita Krushev con puño en alto, exhibiendo un torso blanquecino de pelos casi transparentes de lo monos que se asomaban en manojos por entre la camisa abierta. Al ver la pose de tribuno con que me miraba, por un momento pensé que daría inicio a una avalancha de arengas proletarias y de insultos en los que saldría muy mal librado y terminara en zaperoco.

Intenté interrumpirlo pero me contuve. Un dinero que yo no esperaba yacía en una alforja de cuero al cuidado de Melissa y había decidido aceptar el rumbo de las cosas, cualquiera que fuera el desenlace. El líder manoteaba para darle énfasis a sus consejos:

?Y en este instante máximo, hoy lunes en que comienza la semana –y miraba los papeles que yacían sobre la mesa–, aceptamos la propuesta, y como prueba de la buena fe, aquí, en presencia de todos los inscritos

en el libro de la Junta, yo, José Leonidas Miralindo, también le voy a hacer entrega del dinero correspondiente a mi derecho de escritura, para que usted, ingeniero, cumpla con lo suyo! –aplausos-. ¡He dicho! –más aplausos.

En ese momento de estrechones de manos y de abrazos, aproveché para ponerlo de mi parte, cuando le propuse sin rodeos que le pagaría una comisión si se hacía cargo de recuperar esos dineros consignados, lo cual aceptó con entusiasmo. Les pedí copia del acta de lo allí tratado y procedí a entregarle las minutas listas para la firma mía y del Notario a los que fueron cancelando.

Nadie sabe para quién trabaja. Y es mejor un mal negocio que un buen pleito. No les faltó sino llorar para que no me fuera tan temprano porque tenían fiesta preparada, y de “ñapa” un ramillete de muchachas. ¡Ah! ¡Las muchachas en flor! Las verbenas populares, su jolgorio y desparpajo. Una bizarra tentación, pero era más excitante mi Melissa que sin ser mía seguía siendo la hermana de mi Trina.

Me justifiqué con la excusa de un viaje para Anserma, aunque nunca antes dicho viaje hubiera estado en mi cabeza. Y ellos dijeron: “Bueno pues, señor”. Y me dejaron ir sin más esfuerzo. En cuanto a mi pasajera, fue tal la empatía con los moradores de la casa, que todo el tiempo la tuvieron absorbida, de la sala a mi rincón de los negocios, y de ahí al costurero, y luego a la sala de recibo donde empezaban a ojear los figurines para escoger trajes de novia.

Y no cabían de la dicha contagiadas por la sencillez y belleza de mi esquiva chica. Su sonrisa

esplendorosa me llenaba por completo. En el destello de sus ojos se advertía una innata inclinación por la aventura, por las cosas que suceden sin dejar huellas dolorosas, los amores de una noche de verano que luego podría abandonarse sin nostalgia, y quedarían en el pasado borroso del silencio.

? ¿Y SE PUEDE SABER QUÉ es lo que estamos celebrando? –pregunté al tiempo que me aproximaba a ellas.

? Una niña que se casa, contestó Aliria.

Me acerqué al oído de Melissa, y le dije:

? ¿Nos vamos?

? Ya era hora -respondió aliviada.

5

CATALINA

TRANSCURRIDOS TRES AÑOS, el negocio de explotación de la cantera había alcanzado ya su punto de equilibrio, pero una tarde, cuando me aproximé a observar las quemas de costumbre uno de los responsables dio la señal antes de tiempo para estallar la dinamita y como no logré ponerme a salvo una de las rocas me derribó al suelo y me fracturé una pierna.

Igual, nadie me esperaba en otra parte, y decidí quedarme un tiempo al cuidado de la familia del administrador, donde Catalina, la hija, ya fungía de enfermera aficionada y no me abandonaba ni un segundo. En esas tres semanas me sorprendí de su amplia gama de atributos y estratagemas femeninas. Y me fui prendando de su encanto. Olía a flor silvestre, a albahaca y yerbabuena. Pero tres años atrás, para mí ella no existía.

? ?Recuerdas que una vez me llevaste a conocer tu casa?

? La verdad... no lo recuerdo.

? ?Recuerdas que era el cumpleaños de tu

hermana?

? Tal vez -respondí.

? Sin embargo, yo sí te recuerdo. Y doy gracias al cielo que te haya pasado esto, la única manera para que supieras que yo existo.

Después de aquella pausa había planeado regresar de nuevo a mi apartamento. Esa última noche se quedó sentada al borde de mi cama, y cuando Aliria, su madre, empujó la puerta, ella siguió ahí tan silenciosa como estatua.

? ?A qué viene este descaro, Catalina? - preguntó severa.

Su rostro ensombrecía.

? No es ningún descaro. Es que... lo quiero. Y si esta noche es la última que él va a estar aquí conmigo mejor no me le despego.

? Pero lo que él tiene es solo un yeso, hija! Él hace días se está valiendo por sí mismo. ¿Es que ya no lo recuerda?

? Es que quiero convertirme en enfermera. ¿Acaso no se lo he dicho muchas veces?

ME DESCUBRÍ EL ROSTRO cuando escuché que hablaban. Ella con una tenue prenda traslúcida de color negro y encajes también negros que le hacían resaltar la punta de sus senos. Una prenda atrevida para su fresca condición de adolescente. ¿Complicidad secreta de la madre? Tal vez. Me recosté en la cama. Me miró. Sus ojos

enrojecidos reflejaban llanto y desespero.

La desolación de un capricho que la atosigaba. Una hermosa vestal cubierta en velo negro para la conquista. Aliria retrocedió, y me dio la impresión de que con la pose de su cuerpo quería evitar que yo saliera huyendo. Cambió de opinión y se arrojó a los pies de la hija. La miró tan compasivamente y como si yo fuera el culpable de ese estado que, en efecto tuve el impulso de salir de allí corriendo.

? Yo sé, que usted no es como las otras. Porque la crié con amor y le enseñé respeto. Si esto es lo que quiere, ¿por qué no me lo había dicho? Él es el patrón, hija. O dígame si no está de acuerdo.

? No! ¡Yo no estoy de acuerdo! ¡Me quiero ir lejos!, -soltó las manos de su madre y se sonó los mocos.

Coloqué mi mano sobre su hombro y se estremeció al contacto.

? Cati! ¿Me escuchas? -asintió con un gesto brusco entre espasmos y suspiros.

Miré a Aliria y le pedí que preparara una infusión cualquiera. Giró sobre su cuerpo. Me observó con aire de enajenamiento. Acerqué mi rostro a Catalina pero no para buscar sus labios sino para analizarla. No encontraba el argumento. Ni siquiera estaba allí con mi cerebro. Allanó la distancia que nos separaba y me gratificó con un sonoro beso.

La abracé como creo que un padre abrazaría a una hija. Se tomó no sólo la infusión sino también la mugre de tierra, arena y de cenizas que había en el fondo de la taza. La señora se hallaba en un predicamento a causa de su hija por lo que me arriesgué a decirle.

-Esto para mí ridículo, señora Aliria. Déjemela aquí hasta que se recupere. Además, yo soy un caballero. ¡Y mañana es otro día!

Aliria asintió de mala gana aunque no dejó de clavar en mí sus ojos por no querer despegarse de su hija. La sobrecogía la derrota. Cerró la puerta tras de sí por los pasillos de la casa. Metí a Catalina entre las cobijas, pero a partir de entonces no pegué los ojos. La bella durmiente era de blanco hasta los tobillos y Catalina estaba de negro. Con encajes sobre la aureola de sus senos y el último tercio de sus muslos. Su respiración rítmica me hacía sobresaltar nervioso.

Lo de Catalina no era un sueño. Era tan real como que yo tenía un yeso en una pierna. Su muslo derecho descansaba holgadamente a la altura de mi pelvis, y podía sentir la fiebre de su cuerpo. Su pubis. Su agradable aliento. Era una peligrosa escena.

«Hasta ese momento, yo había estado seguro de aguantar la privación y la abstinencia de una noche de monzones, como quizás el Mahatma Gandhi pudo haberlo hecho allá en la India, en expiación de sus orgiásticos deseos, al dormir desnudo con sus dos sobrinas nietas: Manú, de 19, y Sushila, de escasos 17.

<O bañándose desnudos en un trío de aguas y de cuerpos cuando no estaba disfrutando las caricias de

manos de su adoraba Abha, de 16 años, esposa de Kanú (sobrino nieto), con quien también dormía y se bañaba, y donde la fiel Manú se repetía en su piel como una sombra>.

<Un ejercicio de “Thelema”, o voluntad de los antiguos sacerdotes. Símbolo de una casta intimidad y recarga de energías en la que no sólo se da la juventud sino también lo eterno. Lástima, de lo que se había perdido mi tío abuelo Celestino que la cuidaba como si fuera la hija de un emperador chino>.

- Félix! ¡Son las seis de la mañana! -gritó Aliria al otro lado de la puerta con el jugo y los trozos de papaya.

A la bella vestal no quisimos despertarla hasta que su conciencia regresó a su cuerpo. Se recostó y me dio un beso sin importar que mi boca estuviera atarugada de papaya. Su madre la vio y guardó silencio.

Me enteré que su novio se había enlistado en el ejército. Se veían al escondido e iba a visitarlo los domingos. Pero en el monte el muchacho se había contagiado de algo grave y a toda luz incurable; la sangre se le había vuelto agua y orinaba negro. Así fue como lo dijo:

? El fue muy sincero conmigo y yo con él lo mismo. Le dije que mejor ni pío. Que yo tampoco lo quería. Y él se destapó diciendo un resto.

A Aliria se le congeló el estómago cuando se enteró de aquello. Había olvidado entonces que su hija desde antes de los trece había querido un hijo. ¿Qué pesadilla

era esa?

- Él deseaba darle un nieto a su padrino pero a mí no me interesaba conseguir marido. De eso hace ya como año y medio –se despejó la cabellera que le caía en los ojos y miró a su madre-. ¡Yo creo que él está muerto mami! Por eso ya no quiero esos peluches amontonados encima de la repisa.

Las tonalidades de su voz me tenían maravillado. No le importó en lo más mínimo abochornar a su progenitora con estas confesiones.

? Deje de decir disparates Catalina. Camine mejor le preparo el baño. Verá que queda como nueva. Y como él tiene que irse...

? Eso yo no lo permito! –su no, era un no resuelto, final, definitivo –y si él me pide que lo deje creo que me iré muy lejos –y decidió enfrentarme entonces.

? No, Cata. Desayunemos primero. Pero no te enojas con tu madre. Sabes que ella por ti daría la vida. ¿Estás de acuerdo? -Ella asintió.

Ahora era yo el que tironeaba esa supuesta relación. Involucrarme resultó ser inevitable.

- Usted puede estar tranquila, Doña Aliria, que yo no voy a irme todavía.

A Cata no se le podían dar besos cortos, de modo que le di un segundo beso prolongado y torpe. En las artes del flirteo y el ósculo yo estaba más que crudo si comparaba mis conocimientos con los que exhibía sin

pudor mi virgencita.

? Mami, vaya a ver si ya ladró el perro, ¿sí? -
tratándose de un pedido de esos le estaba
haciendo falta el adorno porque por ningún lado
se veía el respeto.

La madre inclinó la cabeza, avergonzada ante el
fracaso de su crianza.

? Deje que se desahogue conmigo -la
reconvine en tono consecuente y le hice un
guiño, y se retiró de nuevo sin articular palabra.

Accionó el seguro de la puerta y selló la alcoba tras
su cuerpo. Otro hubiera entendido ese mensaje. Ella me
lo prohibía desde lo más profundo de su instinto, y no
obstante contra su voluntad y su derecho me lo facilitaba
cerrando con seguro aquella alcoba.

Hubiera abierto los ojos algún día y la misma hija le
hubiera pedido que fuera a ver dónde ponían las
cucarachas. En algún momento se había perdido de algo.

? Ahora sí, señorita. ¿Por dónde
empezamos? -dije.

Un perro ladró a lo lejos.

? ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! Lo remedó burlona,
amenazándome con sus uñas arqueadas y
mostrándome sus blancos dientes.

Mi voz no sincronizaba con el silencio pleno de
erotismo que nos rodeaba ni con la necesidad de hablarle
quedo como corresponde a los hechizos.

? No dejemos inconclusa nuestra historia -le pedí. Y me sentí como el adolescente de otras veces.

? !Qué poquito me conoces! -Tuteaba a la perfección, mejor que muchas universitarias estiradas con las que yo había salido.

? ¿O sea que crees que cuando yo venía a la cantera no era para verte?

Me miró ofendida y se levantó como un resorte de la cama.

? Chismoso! ¡Tú nunca viniste aquí sólo por verme!

? Qué estúpido he sido!

Su cuerpo esbelto y firme tensionaba cada parte de esa bella prenda trasparente. La nuez de Adán de mi garganta me estaba atragantando con sólo ver su pecho abierto.

? Tú eres mi hombre aunque me ignores. ¿Cómo tengo qué decírtelo? Nadie podrá quitarme eso. Con todo este tiempo que he tratado de probártelo, en este mismo instante te lo sigo aún diciendo. Y eres un perfecto mentiroso si me dices que venías nada más por verme. Pero te perdono -guardó silencio-. Y también quiero que sepas que yo no soy de “esas” que se orinan cuando ven a un hombre. Y que quiero estar contigo pase lo que pase, y sobre todo antes de que pase lo que tenga que

ocurrirme. Mi padre ya me tiene un novio, y aunque no lo quiero algún día lo querré si tú no quieres verme.

Yo estaba mudo. Lo que escuchaba de sus labios era tentación que llenaba de armonías mis oídos. Se encogió de hombros. Al ver tan cerca el movimiento de su lengua y su aliento de albahaca brotar de esa cavidad carnosa y exquisita, por mi mente pasó la idea de un banquete exquisito.

Tomé su mano y la aprisioné contra las mías. Ella temblaba y mi tensión arterial salpicó cotas de infarto. Su cabello, que rodaba en cascada sobre sus hombros trajo hasta mí una idea de perfume y sexo. Tal vez no era eso. Tal vez era sólo el olor femenino y limpio de las sábanas aún tibias por el calor de nuestros cuerpos.

La besé como hasta entonces no sabía hacerlo. Aclarando de nuevo que en las artes amatorias me encontraba de pantalón cortico frente a los requerimientos. Fue un beso ansioso e intranquilo. Sin lengua al principio pero después glotón y vibratorio, lleno de colibríes y ruidosos insectos que ella desataba en alegría.

En algún momento, me percaté que aún seguía sin cepillarme los colmillos y sospeché que podría tener mal aliento pero que ella, por su excitación, sólo lo captaba como un olor más del momento. La abracé contra mí, y nuestros cuerpos se fundieron en un lenguaje de silencios.

Su vientre sabía ya muy bien cuál iba a ser el siguiente movimiento e increíblemente yo empecé a sentir lo mismo. Esa ondulación sincopada a la mitad del

huerto. Hubiéramos podido quedarnos así hasta llegar a viejos. Yo seducido en su traje traslúcido, ella bañándose con sus carnosos besos.

Urgiéndome a que le volviera añicos la piñata. A que le extrajera intacto su dulce de piña y su papaya. A que le mordisqueara su flor parda. Su sensual atuendo de encajes algo kitsch (entre alta costura y pasarela de burdel), que yo no había visto ni en las revistas mas sofisticadas.

A cualquier momento, prenda y criaturita iban a caer ultrajadas sobre el piso. Y Aliria excluida de la escena con sus orejas pegadas a la mampostería de sus tradiciones, responsabilidades y respeto, en la desesperación de no poder ser la antagonista así yo fuera un buen partido.

Sin embargo, lo que menos querría ella sería que su patrón (es decir, yo), se sintiera objeto del agravio y la única, aunque débil esperanza, que albergaba era que yo podría evitarlo sin que se sintieran heridas ni la madre ni la hija.

No sé si había un grillo o estaba escuchando las aceleraciones de mi cerebro pero por un momento sentí ese vendaval agreste de cuando a uno se le echa encima el paraíso. Su deliciosa presión me hizo endurecer más el objeto tal y como era requerido para golpear el yunque del herrero (estaba que me reventaba).

El conflicto, la pasión, el instinto, una explosiva mezcla de continencia y sentimientos encontrados.

? Estoy que me reviento -dije, y sonó como un gruñido.

<Pero eso ya lo dije>.

- ¿Por qué no lo haces aquí adentro? -y se tocó en el monte propiedad de Venus.

? Se me revienta la vejiga -contesté.

? ¡Qué bruta he sido! Es que no te había entendido -y de un salto estaba a un lado mío poniéndome su hombro para que fuéramos hasta el urinario.

El artefacto estaba más firme que mi yeso. Parecía el bastón de Moisés en el desierto con sus nudos venosos y sus desafueros. Y así abrazados llegamos hasta el baño. Me conducía con amor, con la destreza propia de una enfermera experta por los pasillos del deseo.

Por ningún lado se vislumbraba un armisticio entre su pequeño monte tupido de claveles y el escarabajo mío. (Por lo menos, durante aquel día en que el amor se limitó al abrazo, las caricias licenciosas y los besos no ortodoxos).

El chorro revotó contra la pared, y a ambos nos salpicó en el rostro. Ella lo tomó a juego. Siguió intentando reducirlo por la fuerza durante un rato hasta que el bendito fluido empezó a caer en la mitad del mingitorio. Era un chorro con potencia.

Nos metimos a la ducha, y ahí... fue Troya. El yeso no me permitía hacer maromas en ese reducido cubículo. Entonces me limité a las tareas de los ciegos y a explorar a fondo con el órgano más extenso del que dispone el cuerpo. Es decir, el tacto (mejor no malpensemos).

? Ni en sueños lo había imaginado de esta forma -exclamó ella sin animarse a liberarlo.

Se sentía rico. Era difícil contener la presión que en todo ese embarque de placer había.

< Si... cómo no! >

? ¡En serio! ¡Y te cuento que he sido muy curiosa...!

El tazón se llenó de espuma tornasol y con olor a cosa tibia y semidulce, y luego ella hizo lo propio con el hangar de su vejiga.

? La monta no está en mear mucho sino en echar espuma -dijo teatralmente.

Era la frase de su padre cuando se tomaba sus cervezas. Nos sentamos en la cama y ella quería continuar con lo mismo del inicio pero mi estómago estaba pidiendo desayuno. Se me echó encima en el desorden de almohadas y cobijas, y en esa su metáfora de equitación en campo abierto me pude percatar que la potrilla sabía muy bien del “paso fino”, y del “catorce”, cuando se trataba de una buena silla y un chalán.

Quiero proponerte algo. -le dije sintiendo el peso de sus senos que me dejaban sin aliento.

? Todo sí -respondió.

? Dejemos las cosas así por el momento. Y me comprometo a decirles a tus padres que Frida y yo te vamos a conseguir un buen trabajo para que puedas estudiar enfermería. Además, que te

quedarás a vivir en nuestro apartamento. ¿Te parece?

? Si me dices ¿qué es lo que se siente cuando sale el chorro?, tal vez esté de acuerdo.

? Como se sienten los bomberos apagando algún incendio, señorita! Entonces... ¿Estamos? -y la miré ansioso.

? Como ordene mi padrón! -e hizo el saludo militar.

Le dio un besito de rodillas al caballo bayo y no se habló más del asunto.

Me cepillé los dientes a conciencia. Libre de preocupaciones inmediatas. Ya no creía ni en Poncio después de haber pasado por semejante prueba. Aliria llegó con desayunos. Catalina abrió la puerta. Exultaba erotomina. Se hicieron algunas señas entre ellas. Su madre regresó y le trajo ropa limpia.

Así que nos sentamos a desayunar según lo convenido. Ella infundía en mí una lucidez que yo no conocía. Algo parecido a la responsabilidad que me decía: “bueno... ahora sí te agarraron de las bolas y te va a tocar bailar al son de un tango de barriadas y lunfardos”.

Aliria se fue de nuevo y nos dejó solos.

? ¿Dónde íbamos?

? En que te subías a una escalera con el chorro listo para salvar un gato, y que yo te daba permiso para abastecerla -y se señaló abajo.

Ese gesto me produjo frío en el estómago. Como mujer pragmática ninguna otra le hubiera llegado a los tobillos, por lo menos entre las que yo hubiera conocido. Se sonrió. Me dio un beso en la boca, que si yo hubiera querido alargarlo muy tranquilamente me hubiera pasado todo lo que contenía en la de ella.

Esa era la cuestión, el huracán no iba a dejar nada en pie en ese pobre establecimiento.

? ¿Sabes? Ya me siento mejorcita. Bésame más.

Soltó el plato y me abrió los brazos dejando saltar sus senos firmes y preciosos. Los besé, los mordisqueé, los succioné pero a su tiempo me detuve.

? Un momento... -me sentía cariñoso, y sin embargo, repentinamente preocupado y serio- ¿qué estamos haciendo? ¿No crees que deberíamos hablar primero sobre todo esto?

? Es lo que más quisiera señor trascendental.

< !Ahora la niña me empujaba a sus delirios de filosofía!>.

Se recostó en la pared en erótica apertura de sus muslos sólo para los ojos de un mortal a punto de ser sacrificado, y también sólo para mis manos y mi boca.

? Ahora has capturado toda mi atención - mascullé agitado.

? ¿Por dónde quieres que empecemos? -dijo, y me quedé observándola-. Quiero un hijo -y me frotó

los alvéolos de las orejas.

? ?Y después de eso quién se va a casar contigo?

? No me importa -contestó.

? Entonces lo tendremos –afirmé ahogado.

? Ponle el nombre que tú quieras. Y sé que lo amarás porque eres generoso a pesar de que te esfuerzas más de la cuenta en ocultarlo.

? Ahora se te salió el hada madrina adúladora -dije.

? Bobo! –viniendo de ella era un piropo.

? ¿Sabes una cosa? Me siento como nueva -sonrió con satisfacción.

? Hagamos lo siguiente –sus ojos me miraban con gesto decidido–, cuando te instales en el apartamento hablaremos de ese muchachito. ¿Bien?

Esta vez, sus ojos de gata tropical se fueron llenando de venitas y empezaron a formarse dos laguitos cristalinos. La atraje hacia mí para no perderla nuevamente.

? Ay! ¡Me mató! -dijo dulcemente cuando la soltaba.

La llené de besos. En su cabellera, en los cachetes, en los muslos, en sus nalgas, en el cuello.

? Tú lo que necesitas es un novio que te tome en serio. Uno de esos que se sientan con urgencia de una compañera para tener familia. Pues bien, yo lo tengo. Es algo así como...un free lance de mi señora madre. Y yo seré tu padrino celestino -ella daba brinquitos. Se imaginaba en medio de muñecas, biberones y triciclos-, pero no podemos decirle a nadie todavía.

? ¿Y cómo es él? ¿en qué lugar se enamoró de mí? -dijo bromeando y riendo como en la canción de José Luis Perales.

? Es un señor muy trabajador que le decía “suegra” a tu madre.

? ¿Y yo ya lo he visto? Me quedé en las mismas.

? Claro que lo has visto. Y tu padre trabajó con él por unos días.

? Mi padre con amigos? -refutó ella.

? El que se apareció aquí el otro día con un camión cargado de pollitos.

? Octavio?

? Octavioooo? -le remedé como un eco.

? ¡Ay! ¡Qué pena de ese señor! -se cubrió el rostro con nerviosismo.

◀OCTAVIO ERA UN CONOCIDO de mi familia que

poseía un almacén veterinario. Cierta día lo visitaron de la Oficina de Control y Saneamiento, y fue conminado a concluir sus estudios universitarios porque no podía ejercer sin título. Sólo entonces fue cuando se supo su secreto. Llevaba como siete años sin animarse a presentar proyecto de grado y luego de dos o tres semestres de nivelación, tuvo que buscar un lote de terreno para levantar allí un “galpón diabólico”, -como lo llamara Aliria-, para el engorde de pollitos>.

<Mi madre fue la que le dio permiso. Me mandó a llamar, y sus instrucciones fueron claras y precisas. Y punto. Y el tipo ahí presente. De modo que cuando empezaron los trabajos para levantar los techos, sus compañeros de proyecto entraban y salían como se sintieran dueños>.

<A un lado del galpón levantó laboratorio e inició el procedimiento: Separó los pollitos en cuatro lotes de a ciento veinticinco cada uno>.

<A los del primero, les tapó los ojos con esparadrapo con el fin de que al privarlos de la vista pudieran desarrollar otro mecanismo para relacionarse con su entorno y con sus alimentos. A los del segundo, les tapó los oídos con el fin de que desarrollaran otra forma de orientación y escucha>.

<A los del tercero, los mantuvo día y noche bajo el efecto de unos potentes reflectores; y a los del lote cuarto los mantuvo ensordecidos con los potentes ruidos de la música metálica que les adaptó de unos potentes amplificadores de sonido>.

<A medida que fueron dándose los cambios clínicos

en los animalitos, lo fueron anotando en las planillas. Pero los vecinos, empezaron a regar el cuento de que en la finca “La Sordera”, estábamos criando pollos ciegos, sordos y loquitos. Y decían: “¡Gas! ¡Qué asco comer pollos ciegos! ¿Para qué será ese experimento? Los de esa universidad son unos desalmados>.

<No sobra indicar, que esto dio pie para que en los alrededores se creara el mito de que Octavio era un diabólico, y que si lo veían deambulando por las noches en los alrededores era porque estaba buscando sapos y culebras para picárselos a los animalitos>.

<Después de aquello, las instalaciones permanecieron ahí desperdiciándose sin que el administrador se animara a reiniciar una explotación avícola exitosa. Sin embargo, la gente seguía preocupada con lo de la cría de pollos ciegos, porque muy probablemente iba a resultar incubando un virus nuevo. “¡Qué pesar de esos pollitos!”>.

<El día 47, establecido para la recolección de las planillas, Octavio encontró que los únicos que habían logrado el peso y talla requeridos habían sido los animales sordos. Unos pollos tranquilos y taimados que aunque habían mermado su capacidad de reacción frente a cualquier clase de amenazas se les veía bastante saludables>.

<Desde un comienzo, parecían pollos borrachos, y cuando sacudían la cabeza para intentar librarse del esparadrapo que traían en el oído se iban para atrás trastabillando hasta que caían al suelo. Y los más adelantados empezaron a dar muestras de no querer

levantarse nuevamente porque sus articulaciones les sangraban hasta quedar inútiles, y empezó a pelárseles el rabo por las fricciones con el piso>.

<Les siguieron los pollos sicodélicos que, aunque miopes, en su mayoría aprendieron a concentrarse en medio del encandilamiento. Y aunque no llegaron a alcanzar la talla, también tuvieron su mercado en algunos asaderos>.

<Los ciegos que lograron superar la prueba, al quitárseles el esparadrapo se les venía el iris del ojo pegado de la tela y el animal sufría terriblemente. Los restantes, quedaron totalmente ciegos y titubeantes cuando no podían sentir el contacto de sus compañeros. Picoteaban a ciegas en el piso y finalmente dieron talla de animales muscularmente viejos y hambreados>.

<Durante todo su proceso actuaron con notable nerviosismo y si intentaban comer pero escuchaban el más mínimo sonido o se chocaban con sus compañeros dejaban de picotear el alimento>.

<El lote de los pollos rockeros fue el que reflejó mayor mortalidad por cuenta del infarto que a raíz de dicha intervención se les había infligido. La grasa de sus más de siete libras de peso, confirmaban este hecho>.

<En cuanto a la supervisión, no hubo, porque a la tutora del proyecto se le hacía terriblemente lejos desplazarse desde Manizales, y me quedé sin conocerla>.

<En cuanto a Octavio, no sé si hacerle bien o mal me importe porque me tenía sin cuidado su condición introvertida y silenciosa, lo más lejano a una vida

inconfesable como pudiera ser la mía o la del tío abuelo para no tocar al resto de las mujeres Marmolejo>.

<ALGUNA VEZ EN LA QUE Octavio patrocinó de su bolsillo una piñata para Catalina, me había dicho que esa niña iba a ser una mujer hermosa. Y me pareció realmente inofensivo así no le hubiera visto una traza de bondad con los pollitos. Y a no ser que fuera un perverso el güevón tenía razón desde el principio>.

<Quizás por eso estaba ahogándose en el solterismo. No se sentía capaz de dar el paso o sus pretensiones eran propias de un iluso. Ella tendría diez u once cuando mucho. Y les decía suegros a Rubén y Aliria, y a mi madre Brígida le dijo varias veces que le cuidara la niñita. Claro que él podría ser treinta o treinta y cinco años mayor que ella, pero estaba hablando en serio>.

<Y tratándose de Octavio, tanto mi tía Débora como mi madre Brígida tendrían que reconocer que él era casi como alguien más de la familia, aunque de niño yo no pude entender esas razones. En todo caso, el sujeto era un buen partido para Catalina, no importa que pudiera ser mayor que Aliria >.

CATA Y YO QUEDAMOS EN que hablaríamos de un hijo. Me buscó ropa en el armario y coincidimos, eso sí, en que aquel había sido un encuentro inesperado entre dos seres que no obstante mirarse diariamente ni siquiera en la vida se habían visto.

? ?Te gustaría dar un paseo conmigo? -

preguntó

? ¿Y qué hago yo con esto? -le señalé el yeso.

? Si quieres te lo quito. Yo ya vi cómo.

Me vestí con una camisa a rallas, un pantalón corto aguamarina y una correa de vaquero. Y la pierna del yeso más flaca y gelatina que la otra. Loción en la cara con las manos de ella. Encantador. Un beso.

El amplio corredor de la casa estaba construido acorde con la estructura caucana de los tiempos de los más viejos Marmolejo. Mis dos habitaciones convergían hacia el centro de la casa. Conectaban asimismo con el comedor. Allí estaba toda la familia reunida menos Cata. Se me antojó un jurado de conciencia. La cosa se me había puesto a cuadritos.

El extenso mantel, desolado de utensilios. Al igual sus rostros. Una grave hilera de personas cariacontecidas que no me quitaban los ojos de encima. “Y mi tabla de salvación que era Catalina, por ningún lado aparecía”. Junior, el otro hijo, miró a su propia madre inquieto por la escena pero ella no le correspondió lo mismo. Corrió la silla hacia atrás y se levantó nervioso.

? Perdón, pero tengo que ir a ensillar unos caballos.

Intenté abrir la boca, y Rubén, en un movimiento brusco e impulsivo que hizo sobresaltar al perro, levantó los brazos como Moisés cuando estrelló las tablas de la ley contra el becerro de oro y a punto de clamar al cielo.

? Mejor cierre la boca ingeniero Marmolejo!

Vamos a esperar a que salga Catalina, ¡y esto lo vamos a dejar muy claro!

Cata llegó y me guiñó el ojo. Se sentó al lado de su madre. Le revolcó el pelo al viejo y le ordenó que contara hasta diez y fuera respirando profundo y despacito.

? Ahora sí le vamos a desocupar la finca. Para mañana es tarde. Usted ya nos echó una vez, ahora somos nosotros los que no nos vamos a humillar en la segunda.

El aire estaba grueso. No le pasaba a Rubén por la nariz ni por la boca.

–Nosotros no vamos a permitir que nuestra hija se convierta en otra más de sus famosos numeritos.

? Ahí sí perdone que les corte el chorro pero yo no soy de esos.

? El problema es bien sencillo: ¡Catalina quiere un hijo! –soltó Aliria–. O usted cree que nosotros no sabemos. Y también que queremos ese nieto. Pero usted no está en condiciones de asumir un compromiso porque usted es un ingrato. ¡Tener dizque la concha de venir a echarnos! –esta vez cambiaba el tema.

? Nadie les está diciendo que se vayan. Sin embargo, ahí siempre ha estado la puerta –y la señalé indeciso– Si la cuestión es por ella tengo para decirles que lo de su hija es clínico. Por eso es mejor llevármela para el apartamento y tenerla cerca de los médicos. Ustedes escogen. Si

quieren que ella sea alguien, estudie y salga adelante déjenla a cargo mío. Y si no, pueden ir empacando sus mechitas.

Deberían de darse una oportunidad ustedes mismos, para ver cómo le va a ella con Frida en la perfumería, mientras yo le pago su bendito estudio. Y en cuanto a lo otro, ella ya está muy grandecita y sabe defenderse. ¿De acuerdo mi amor? -le pregunté envalentonado.

? Sí, mi papazote! –contestó impulsiva y los miró a ellos con descaro– Él me ofrece una vida. Y yo quiero esa vida. Así exactico como me la ofrece. Por eso necesito que ustedes me bendigan –a Rubén se le deshizo el argumento, y a mí se me aclararon los oídos porque me volvió el rumor del río que bramaba a poco menos de un kilómetro.

No sé qué cosas horribles habrán pensado de nosotros –continuó diciendo–, que él se aprovechó de mí o quién sabe qué otras cochinadas. Quiero que sepan que fui yo la que saqué provecho. Y usted lo sabe desde un principio madre –la miró a los ojos–. Yo sólo hablé con él. Él es un caballero –Rubén ya tenía el rabo entre las piernas–.

Los estados de ánimo que ni siquiera entiendo y que padezco, ustedes ya lo han visto y quiero que alguien me indique la salida porque a cada rato yo quiero morirme a pesar de los medicamentos. Él me ayudó y yo se lo agradezco. Por eso he decidido que no voy a seguir siendo la decoración de esta familia.

Yo anhele un futuro y quiero probar suerte en mejor sitio ¿es que ustedes no lo han visto? Perdónenme, pero no voy a quedarme aquí a esperar a que regrese un hombre con malaria o sifilítico, traumatizado por la guerra a desgraciarnos esta vida. Quiero que me ayuden a lograrlo.

Pesado silencio. Aire denso. Ambiente confuso. Me miró. Había sido enfática, inteligente, lúcida. ¿Cuándo y dónde había sucedido semejante cambio? ¿Acaso uno de esos días en que ellos estaban distraídos? En la vida, nunca nadie se hubiera imaginado que iban a conocer a Juana de Arco en vivo y bajo su mismo techo. La situación estaba tensa.

? Vea señorita Catalina –dijo Aliria al tiempo que me señalaba a mí con un movimiento de su cabeza-, es que ya le dijimos a él que le vamos a desocupar la finca.

Un vano intento por romper la insurrección de la muchacha.

? Pues entonces se van a tener que ir solitos porque yo a eso no le juego– ambos adultos se miraron impotentes.

Se jugaba el todo por el todo.

? Y yo también me quedo -dijo Junior, quien regresaba de ensillar a los caballos.

Rubén brincó como si lo hubiera picado un abejorro e intentó alcanzarlo de un zarpazo pero Aliria se interpuso. El hombre transpiraba frustración y rabia.

- Mejor salgo a fumarme un cigarrillo – y gruñó el perro.

La hija descansó su cabeza sobre el hombro de la madre y la buena señora se rindió enseguida. De la noche a la mañana Catalina se había convertido en una mujer experta en todos los aspectos de la vida y le susurró al oído:

- ? Todo esto me da muy mala espina. Abra los ojos hija. ¡Yo no sé... yo no estoy de acuerdo!
- ? No se me anticipe madre. Pero tenga en cuenta que yo ya no soy una niña –se puso de pie, y parsimoniosa se paseó al frente de la mesa. Los miró a todos, impersonal como Hamlet en su clásica tragedia. Ella era otra.

MI POBRE CATA ESTABA EN otra “vibra”. ¿Y yo no había disfrutado de sus mieles? Actuaba como médium. Confieso que me aterrorizó un poco. No me parecía gracioso participar en esa excursión por los siniestros laberintos de su mente. Echó la frente atrás e interrogó al oráculo que en la pared supuestamente la escuchaba:

- ? Oh! ¡Todo esto por Dios! ¡Qué gran dilema! ¡Abra las pepas de los ojos hija! ¡Ser o no ser! ¡He ahí el predicamento porque no estoy de acuerdo...! -y se llevó el dorso de la mano derecha hasta la frente. Catalina pudiera ser la actriz perfecta para organizar un grupo de teatro en La Sordera y representar las obras del borracho y berrinchoso Shakespeare.

Rubén volvió a tomar asiento. No se sentía preparado para semejante despliegue de histrionismo. Me conmovió ver esa pareja humilde al borde del colapso, pero frase de cajón al fin de cuentas. Aunque la verdad era esa. Su hija tenía un pie en el manicomio. La madre me miró desde lo profundo de sus órbitas. La hija me montó el brazo sobre el hombro y continuó sus argumentos.

? ¿Ya olvidaron que todo lo que somos se lo debemos a los Marmolejo? Porque yo no. Es más, mi padrino Celestino me presentaba en todas partes como una más de su familia, ¿acaso no recuerdan que él me ofrecía el cielo? A esos ingratos no los quiero.

Aliria empezó a tranquilizarse... la hija no estaba desquiciada. ¡Qué falta de fe en san Antonio y en san Judas! Les hizo la representación de un nudo corredizo y en vez de ponérselo al que se le metió a la alcoba y trató de someterla para llevársela hasta el río, lo dejó para su propio cuello y exponerlo en frente de sus padres.

? Hija... -empezó Rubén a hablarle.

? ¡A mí no me hable que yo estoy brava con usted!

? No te exaltes cariño -le susurré al oído.

Recostó los codos en la mesa. Miró a su padre. Él seguía pensando que su hija tenía un pie en la puerta del siquiátrico. La observó con preocupación. Y juraba que iba a tener que ir a visitarla en ese lugar frío y

claustrofóbico.

? Hábleme pues que ya me contenté -le dijo.

? Si eso es lo que usted quiere hacer hijita para mí está bien. Además, el viejo Celestino me había hecho prometerle que se haría cargo de su crianza por completo. Lástima que a raíz de sus achaques fue Pompilio el que actuó para impedirlo.

? ¿Entonces no nos vamos de la finca? -le preguntó haciéndole un puchero.

? Si él recapacita -me señaló con desaliento-, nos quedamos.

? Por favor! -les dije a todos.

Sonreí, reí de verdadero gozo. Y no se habló más del asunto.

<Gracias al tío Celestino que siquiera no se fueron. ¿No ve que aquí se les requiere y no hay inventar con otra gente?>.

Catalina se levantó con la energía de una potra, y pasó como un tornado por encima de los muebles. Remangó el mantel con su trasero. Besó primero a Rubén, y luego lloró un rato con Aliria. Le tapó los ojos a su hermano. Y besó a las dos primas que ayudaban en la casa, antes de que finalmente nos desquitáramos con los platos del almuerzo.

UN EXTRAÑO AMOR ME poseía. Creo que desde entonces he amado a esos caballos que nos subieron hasta la colina y escucharon el secreto. El cerro seguía

ahí haciéndome salir de mis casillas porque en su base estaba lleno de colonos cuyas casuchas daban frente con la otra vía.

Pero su voz conseguía que esa clase de preocupaciones parecieran desprovistas de importancia.

? La gente se burla del primer amor –dijo de pronto Catalina mientras paseábamos por la orilla del río–, y así sea un amor entre personas ridículas yo creo en el primer amor.

La miré. No dije nada. Cabalgaba como una amazona. El cabello al viento y el corazón saliéndose por entre su blusa medio abierta. Condujimos los nobles animales por una angosta franja que nos llevaría a los cerros más lejanos y tomamos el trecho que nos indicaba dicho ascenso.

Mi viejo corcel avanzaba temeroso. Sus cascos le arrancaban chispas al mineral azul de la ladera. Los altibajos depresivos de la joven me habían dejado exhausto. Y luego el cansancio de más de dos semanas en la cama con un yeso rígido en la pierna, y de paso cuidando a una mujer que representaba un verdadero reto.

Desde allí se divisaba la casa como un insecto oscuro y diminuto al pie de un empedrado que brillaba, los amplios meandros del agua que serpenteaban bajo el rojizo destello de la tarde, y el talud color basalto de los farallones, inmutable y poderoso.

? Estás muy pensativo -murmuró ella.

? Viniendo de tus labios lo de tu “primer

encuentro”, es como un decreto tener que reconocerlo.

? Primer encuentro no. Primer amor, fue lo que dije.

? ¿Y tu primer afortunado, quién ha sido?

? Ya vas a empezar a abochornarme -ripostó ella.

? Tú fuiste la que me propuso el tema.

? Es que recordé la historia de unos novios que estaban a punto de casarse, y ella se murió al frente del cartero que le anunciaba su regreso y yo estaba pensando en voz alta.

? No sabía que la diosa de las Amazonas también pensara en voz alta.

? Cursi.

? Para el caso de las personas ridículas hablar así es sin duda más ridículo, le respondí de pronto. Pero pienso que esa llama del amor debe ser algo hermoso. Y debe ser muy ardiente en las personas de naturaleza apasionada... como tú... creo.

? Gracias por lo que me toca pero tu ego masculino te confunde y te traiciona en el apéndice.

? Debe ser muy generoso en las personas que tienden por naturaleza al idealismo –continué

diciendo-. Como un hechizo, diría yo, si ambas cosas se combinan.

? Sin embargo, mi madre dice que el amor no tiene qué exigir la menor correspondencia. Que “una” no debe esperar nada a cambio -otra vez guardé silencio.

Eso de no esperar nada a cambio me sonaba como una trampa psicológica para que todos fueran infelices.

- Y también dicen que puede llegar a ser una fuerza poderosa cuando a ese amor no lo alienta ni una pizca de esperanza.

Como quien dice, Catalina no debió pedirme nada, aunque me lo entregó todo con evidente sutileza.

<ME ENAMORÉ VIOLENTAMENTE, y a primera vista, de una forastera de mi edad que llegó recomendada a la oficina de mi tío Celestino. Allí la vi desnuda y se dejó “toquetear” y tomar todas las fotos, blanco y negro, que le exigió Pompilio. Pero a ella le obsesionaban los hombres mayores, fornidos y panzones que olieran a fluidos>.

<Esos eran los que pagaban “duro”. Yo sólo era su chulo. El que le guardaba el bolso con condones y la pestañina>.

<Fue un febrero, viernes por la noche, después de la fiesta de primíparos. Me dijo: “Me voy para París a manejarle una oficina a don Pompilio. Ya no te necesito”. Pero eso no fue un primer amor porque pienso que para que esa condición se cumpla éste debe ser correspondido>.

<Y me había enamorado antes pero de un modo inocente y tonto del Volkswagen y de la tía Débora. Hasta creo que muchos niños se enamoran desde que aprenden a dar sus primeros pasos. Desde entonces, empecé a alimentar mis propias fantasías y a lograr así mismo mis conquistas y derrotas>.

NO OBSTANTE, EN LA EXTRAÑA experiencia de esa noche antes y al comienzo de ese día yo era el conquistado. Un redimido feliz. Con los pies en la tierra. En el estribo, para ser precisos. Atrás quedaba una corta lista de relaciones infantiles con frágiles matices de aventura pero el más evidente desconocimiento.

En ese momento en que recién cumplía los treinta, esa joven mujer de a caballo me estaba invitando a filosofar abordando la majestuosidad de la naturaleza. ¿Se podía filosofar sobre una yegua, sobre una potrilla, sobre una jaca? En verdad ella podía ser el mejor prospecto de madre para un hijo.

? Tanto dolor que carga el mundo... ¿Por qué lloran las personas? -me preguntó cuando regresábamos.

Yo debí haber sido siquiatra o definitivamente médico fisiólogo para responderle.

- ¿Quieres que te revele algo? -balbuceé.

? ¿O sea que tú también te confiesas? - intentó burlarse de mi actitud patética.

? Estoy hablando en serio -dije.

? Perdón, es que siento como si estuviera hablando con esa otra parte que se me había

perdido.

? Yo debí haber estudiado medicina.

? Entonces por qué eres ingeniero?

? Porque Frida, que había sido la mujer de la familia, no había querido estudiar una carrera. Ni mucho menos hacerse cargo del negocio. De ahí que yo no podía agraviar los viejos.

? !Pobrecito! -y me hizo ese encantador puchero de cuando no quería morir sin probarlo pero que de todos modos sí quería morir.

? Las personas lloran porque sienten una frustración muy grande o experimentan mucha rabia, o de melancolía.

? No, yo lo que quiero saber es ¿por qué en vez de llorar “una”, no se hace babas o se pone verde o se le caen las orejas?

? Porque uno no tiene los ojos en la boca ni tampoco en la raíz de la mandíbula.

? Entonces, ¿por qué lloran las personas?

? Es una especie de higiene del dolor –le dije, en un intento por terminar el tema con una coda pseudo-inteligente y bajo el efecto sedativo de un honguito *Boletus lenz* o una *Amanita pallioides* que había recogido en el camino cerca de una plasta de vaca.

? O sea que llorar es bueno...

Anduvimos por ahí, y se había puesto trascendental y algo así como “circunstanfláutica”. Ya no sabía qué más respuestas darle.

? Félix Antonio.

? Qué ordena, Catalina del Socorro Jaramillo.

? Enséñame algo del suicidio?

? No me la sé profesora, ya no más temas depresivos.

? ¿Y por qué estoy viendo todo tan oscuro?

? Porque ya está anocheciendo -respondí.

6

OCTAVIO

RUBÉN Y ALIRIA LLORARON cuando Catalina estuvo lista para encaramarse al carro. Finalmente habían entendido que era yo el que estaba en riesgo al lado de ella. Sin embargo, por aquellos días sólo me sentía habitado por los hilos de la misericordia y no veía cómo podría ella significar un riesgo.

Quizás una traza de química romántica pero nada qué ver con que pudierairme de cabeza cuando estuviera entre sus brazos, o estaba muerto por dentro como un árbol viejo.

Pero ese día cuando me enfrentó, resuelta a que se le viniera el mundo encima con tal que ambos nos fundiéramos en una bocanada de aire, algo me dijo que mucho antes de que ella me escogiera mi tío Celestino ya la había sacado aparte para él mismo y que los unos dependemos de los otros lo cual valida cierto vínculo de nuestra especie con el Universo.

En todo aquello que existe alrededor nuestro, se manifiesta alguna forma de convenio o compromiso así uno se resista a comprenderlo.

FRIDA NOS ESPERABA EN EL apartamento.

Pensó que tarde o temprano tendría que suceder aquello.

«Cuando algunas cosas tienen que suceder, el cielo conspira para que sucedan», dijo una vez un sabio.

Y después del abrazo y la euforia del encuentro, cuando mi hermana la dejó acomodando sus efectos personales en el cuarto decidió ir a ayudarme a sacar la enorme caja de peluches que no sé cómo infiernos llegó a sobrevivir dentro del carro sin desperdigarse en el camino.

? Estoy celosa contigo -dijo.

? ¿... por qué? -le pregunté curioso.

? ¿Acaso ella es más hermosa? -sonó como un reclamo.

? Por supuesto que ella es más hermosa - contesté enfático.

? Cruel! -y me hizo retorcer de las cosquillas.

Su olor, en ese momento se me antojó a preparado químico, a vaho de farmacia con tintura de cabello lo cual evocó en mí una idea de bodega o cenicero viejo. Pero sólo fue una idea, que así como llegó se fue yendo de la misma forma como había venido.

? Entonces ya no eres mi querido?

? Sigo siendo “tu querido”, “tu mellizo”, pero tú ya tienes tus ojitos ocupados.

? No volvamos a lo mismo con lo de Héctor -se dio vuelta y regresó al interior del edificio.

Otra Frida, me hubiera dicho:

“Venga yo le voy llevando esos peluches por poquitos. Muestre le seco ese sudor que quiero verlo limpio...”.

En todo caso, ella y yo cumplimos con lo dicho. Por mi parte, yo le di el hijo, y mi hermana le enseñó a volar en la registradora y en el carro.

Con el correr de esos urgentes días le concreté el novio rodeado de perros y de gatos, lo cual, desde un principio ya había quedado descontado. En los primeros galanteos le hizo visita de novio y al siguiente sábado fue a pedir la mano a la cantera.

Por la noche se le apareció con serenata, y cuando ya estuvo bien entaconada se la llevó de rumba a conocer el asadero de Parrilla y Cuerdas, y los bailaderos de la Badea y del parque del Lago.

Respetó el manual a la antigua, y a la moderna le salió con hijo. Y en menos de un mes ya estaba diciéndome padrino, y Catalina feliz porque se iba a residenciar en el segundo piso de una clínica. Le encantaba ese ambiente traspasado a creolina, productos farmacéuticos y pequeños depósitos de almacenamiento; perros, gatos, micos, loras y loritos. Y el bebé creciendo en medio de todo ese bullicio.

Sin embargo, espero que no se me juzgue como celestino. A veces hay que ayudarle al cielo. Y si uno puede hacer posible que se junten los caminos no veo por qué no hacer esa labor cuando se está al alcance de nuestra semilla. Una forma de contribuir a que se incrementen los niveles del producto interno bruto.

<Je-je-je>

Conspirar igual que el libro del destino sin que se incurra con eso en un delito. Y en todo caso, demostrar que se ha intentado, al menos, conseguir para ella esa felicidad con olores de aldehído. Pero mi innata tendencia a seguir juntando los caminos, con mi hermana Frida sucedió cosa bien distinta.

— No me insistas más, Toñito. No me presentes más sujetos. Todos ellos son muy lindos pero a mí no me gustan los tipos.

Me dio frío en el estómago. Había desatado el nudo corredizo para no seguir jugando a los ahorcados. Había deshecho ese dogal que sin querer yo le había hecho.

EL SUAVE AROMA DE LAS astromelias que se dejó venir de algún vivero me llegó de pronto hasta el balcón donde me encontraba recostado, y Catalina se acercó a sacarme de mis cavilaciones.

? Ahora tendrás que moverte entre las dos aguas de tu apartamento –me susurró al calor de una sonrisa.

EL SACERDOTE, EL MÉDICO, EL ABOGADO, y tal vez hoy en día el contador; todos ellos saben que por más que lo hayan prometido, sus labios no quedarán sellados para siempre. Excepto el veterinario, porque ¿qué le va a confesar a él un perro, una marrana, un gato, que son unos pobres seres brutos?

En todo caso, Catalina tenía mucha claridad a ese respecto, y aunque me vi impulsado a confesarme con mi hermana, caí en la cuenta de que cada individuo

sobrelleva la carga de lo que no confiesa. Sea que le parezca indecible, sin que por ello se trate de un monstruoso crimen o le parezca extremadamente vergonzoso.

Como el sentimiento de cuando ha perjudicado irreparablemente al otro. Haberle prometido a ella una boda de primera cuando desde un principio ya la había pagado de segunda, por ejemplo. O la tramoya de una mujer de carne y hueso, el padrino, un altar y un esposo. ¡Escrúpulos al cuerno!

Sean cuales fueren las motivaciones para ello, a un buen abogado le serviría mucho entender esto. Porque gran parte de lo que parecen ser las circunstancias del delito se origina en esta clase de falencias.

Por eso, yo no confiaba ni en mí mismo. Aunque de cualquier forma, saber que Catalina formaba parte de mi mundo me decía que ella y yo estábamos fuertemente conectados, y que además éramos cómplices desde un principio y muy posiblemente seres superpuestos.

Quizás por eso, cuando nadie estaba viéndonos, su padre se arriesgaba a tratar sólo conmigo los asombrosos alcances de su nietecita. No sé en qué se basaba para eso porque de ingenuidad tenía su tercio. Pero no contenta con ello, no escatimaba ocasión para que nuestro pacto secreto fuera público ante el mundo.

Quería ver a Octavio echando espuma por la boca. Herido en su amor propio. Tan predecible e ingenuo que la contagió a ella de impaciencia. Y en silencio hablaba con las mascotas enfermas que tenía por clientela pero menos con su esposa. No era enfado, duda ni sospecha sino que esa era su naturaleza.

? Es más conversador un burro que por lo menos rebuzna -se quejó una vez ella.

? El tonto cree que eso es ser un buen marido. A “una” le hace falta saber qué es lo que su compañero piensa. Tener un diálogo distinto, y no quedarse un domingo hablando con un gato. Pero habla más un muro de ladrillos. Y de donde yo vengo, se sientan a la mesa y conversan hasta que se acaba el pabito de la vela.

La pobre se sentía perdida en la inmensidad de ese segundo piso. Perdida y grávida, a punto de ya no poder mover con garbo sus caderas aunque la tenía sin cuidado que se moviera sin gracia como un pato en un estanque seco, como una vez su hermano Junior le había dicho.

Hasta tuvo que sacrificar la cola con tal de no dejar caer el huevo. Ella, un paso o dos más adelante que el marido, y él impasible por todo eso.

? EL MATRIMONIO ES UN INFIERNO. Un agujero en la tierra donde Proserpina, que es la jefa, corta la lengua de su amado para que se vuelva un pobre diablo. Pero estar en el infierno tiene sus compensaciones, hombre padrino -me dijo cierta tarde Octavio.

Me pareció que hizo un esfuerzo porque Cata aseguraba que de un tiempo para acá había quedado mudo.

? Yo ni siquiera permito que ella se moje las uñas –agregó entonces-. ¿Pero a las mujeres, quién putas las entiende?

? Nada se pierde si usted le dedica un poco más de tiempo. Sáquela a que conozca gente. Salga con ella para que caminen juntos. No se esclavice tanto en el negocio. Para eso tiene quien se lo administre. Recuerde que está a punto de tener un hijo -terminé diciéndole.

? ¿Será? -preguntó un tanto reflexivo.

? ¿Cómo que si será? ¡Claro que por supuesto! -le aseveré en tono circunspecto, así si edad fuera casi el doble de la mía.

? Y mejor... ¿por qué no se la lleva unos días para que doña Aliria la aconseje? De pronto allá ella sí reflexiona -terminó por proponerme.

ERA EL MISMO OCTAVIO de la creación del Universo a quien le venía al dedillo el cuento de cuando Dios creó al Hombre y al resto de los animales empezando por el burro, y que él le recitaba a Catalina de memoria para luego dejarse caer pesadamente sobre un banco, exhausto y reducido.

«Ese día Dios creó al burro y le dijo: “Serás burro. Trabajarás al sol y al agua, cargando bultos sobre el lomo. Comerás pasto, cáscaras y caña, si es que das con un buen dueño. No tendrás ni un ápice de inteligencia. Y vivirás cincuenta años. A partir de este día tú serás

burro”>.

<A esto, el burro rebuznó y dijo: “Está bien señor. Seré burro. Pero vivir cincuenta años es mucho. Dadme sólo veinte”. Dios se lo concedió>.

<Luego Dios creó al perro y le dijo: “Cuidarás la casa de tu dueño. Serás su amigo. Comerás las sobras que te den. Y vivirás veinticinco. A partir de este día serás perro”. El perro ladró y dijo: “Señor, vivir veinticinco es mucho. Dadme solamente diez”. Y se lo concedió>.

<Luego hizo al mico, y le dijo: “Saltarás de rama en rama haciendo payasadas. Divertirás a los demás y vivirás veinte años. Serás mico”. A esto el mico chilló y dijo: “Señor, vivir veinte años haciendo monerías es demasiado tiempo. Dadme solamente diez”. Y se lo concedió>.

<Finalmente Dios creó al hombre y le dijo: “Serás hombre. Único ser con pensamiento sobre el resto de los seres de la Tierra. Usarás tu inteligencia y tu razón para que reines sobre los animales. Dominarás el mundo y vivirás veinte años”>.

<A esto el hombre replicó: “Señor, seré hombre, pero vivir veinte años es muy poco. Si el asunto es dominar todo lo que tú has creado dadme mejor los treinta años que rehusó el burro, los quince que el perro no quiso, y los diez que el mico rechazó”>.

<Y así lo hizo Dios. Y desde entonces el hombre vive veinte años como hombre. Se casa y pasa treinta años cargando como un burro. Después, cuando los hijos se van, vive quince años como un perro, cuidando la casa y

comiendo lo que quieran darle para llegar a viejo, jubilarse y vivir diez años como un mico saltando de casa en casa o de hijo en hijo haciendo payasadas para divertir a sus nietos...>.

? ESE CUENTO NO ME GUSTA -le reprochó Catalina a su marido.

? Por qué? -preguntó Octavio.

? Porque para ese Dios “tuyo”, nosotras las mujeres no existimos.

Era un chascarrillo verla a ella enfilar sus baterías contra él en las veladas mientras la niña correteaba como una duendecilla por el apartamento.

? ¿Qué se siente estar casada? -le preguntó alguna vez Frida.

? Todavía no lo sé. Creo que nunca lograré saberlo... ni siquiera sé del infortunio que dicen que se siente...

? O sea que yo para ti no existo -le refutó Octavio que había vuelto a romper su voto de silencio.

? ¿Y tú cómo lo descubriste? Pensé que el gran apóstol defensor de los irracionales no necesitaba retorcer la lengua.

? ¿Y a qué viene lo del “infortunio”? ¿Acaso no estás viviendo como reina? Incluso entras y sales a tu antojo sin tener que rendir cuentas.

? Nada más sé lo que sé y eso a mí me basta... -
mascullo ofendida hasta consigo misma.

El hombre se levantó del sofá donde se había tirado. Caminó hacia el balcón para prenderse un cigarrillo. Al parecer yo seguía siendo un poquito celestino. Pero de ahí a tener que convertirme en consejero había un largo trecho. Pero sólo Cata seguía siendo por entonces, mi incentivo.

? !Hombre Octavio! ¡Las mujeres...! Trataba de solidarizarme en su reciente rifirrafe.

? Pero ella es buena madre, y también es buena esposa... eso deben ser cosas del período.

? De eso puede estar seguro, pero lo que hace que la echaron del trabajo le dio por montar una veterinaria de misericordia en la puerta de la casa, y eso va a arruinar nuestro negocio. ¿A usted no le parece?

? Si usted quiere, yo se la llevo a la mamá por unos días a temperar allá en la finca.

< Finca? Oigan a éste. Dizque finca un peladero de basalto donde sólo se escuchan cañonazos y los gritos de los hombres y el ruido de una oruga Caterpillar y las correas transportadoras y la respiración hidráulica de los martillos perforando la trinchera. ¿Finca? Eso es un campo en guerra>.

? Está bien, pero me da la impresión que ella cree que una hija es un jueguito y se olvida que no soy yo el que tiene que cuidarla.

Adiós a todos, abrazos y picos para la pareja aquella tarde de visitas, y cuando Frida y yo nos quedamos solos poniendo todo en orden decidió soltarme una descarga.

? No te culpo si te acostaste con ella -dijo adolorida.

Apagué la luz de la cocina y los pies se me trabaron cuando me dirigía hacia mi cuarto.

? Como que vuelan las arpías. ¡Rayos! -contesté, haciéndome el herido.

? Muéstrale a un burro un montón de cáscaras y se las comerá aunque todas huelan mal y estén mohosas. Lo que quiere decir, que en la familia ya tenemos a dos burros.

? Eso es lo que haría un burro? -pregunté.

? Exacta y precisamente como te lo digo, señor Félix Antonio Mendiguren Marmolejo.

? Pues qué pena tener que decepcionarla, Frida Leonor Mendigurita, pero el caso mío es distinto.

? Distinto es un caratejo.

? De eso estoy seguro. Buenas noches Y... ¡muchas gracias por las cáscaras!

COMO SIEMPRE, YO HABÍA CREÍDO que el favor más grande que uno podía hacerle a una muchacha era despachurrarla contra el colchón, despelucarla y arrugar las sábanas. Sencillamente, no podía entender que existieran hombres para quienes tener sexo no era el

principal deporte, tanto al aire libre como bajo techo. El principal de sus entretenimientos.

El arte y la ciencia más grandes de ésta y de todas las demás épocas. La materia prima de la alquimia. El laboratorio de todos los horóscopos y el vademécum de todos los inventos.

Siempre pensé que nuestro magnetismo natural que nos encadenaba a ellas era una prolongación de ese toque misterioso que tienen un montón de dulces tras un vidrio para un goloso niño. Las mujeres eran ese delicioso surtido de repostería para tomar con leche, con jugo y con cerveza.

Por eso, no podía entender cómo algunos hombres careciesen de semejante sincronía. Tan primitiva como el hombre mismo por querer gozar todos esos bocadillos. Acoyundarlas tras la puerta o en el piso, poseerlas con frenesí a la salida del salón de baile, en los arbustos, en la cocina o en la ducha. Arrugarles su vestido y dejarlas cariacontecidas.

Contrario a esa clase de talante el pobre Octavio veía en Catalina sólo un estricto adorno. Un tiquete de acceso a un nuevo círculo vital que él ya había dejado atrás hacía ya mucho. Por eso no dudé en cumplir con mis deberes de padrino: arrimé en el carro a recogerla, y luego de unas cuantas compras emprendimos viaje hacia la casa polvorienta.

? ¿Cómo estás querido? ¿Dizque más cargado que una recua de mulas?

? De dónde sacas eso?

? Tu querida Frida me lo dijo. Que tú eres un buey sardo.

? ¿Qué es un buey sardo, mami? -preguntó la niña.

? Un novillo gordo que tiene unos cuernos muy grandes, hija.

? ¿Cómo el diablo, mami?

? No, mamita. Como tu padrino –la miré atónito.

? Mentiras, mi amor, es como un toro gordo que trabaja muy duro haciendo surcos en la tierra y es muy manso y las vacas lo persiguen y lo sacan del aburrimiento en el potrero.

La niña me miró con gesto inquisitivo porque no veía en mí lo gordo ni lo de los cuernos. Me sonreí con ella y asentí en señal de que su madre estaba en lo correcto. Un hombre normal quedaría prendado de la dulce mirada de la niña, la llenaría de besos sabiéndola su hija, pero yo sólo tenía ojos y oídos para Catalina. Definitivamente yo no tenía arreglo.

? ¿ESTÁS AQUÍ CONMIGO, O SIGUES redimiendo animales callejeros? -le pregunté insidioso.

? Estoy aquí contigo -contestó.

Su mirada estaba fija en el blanquecino firmamento. Su cabeza recostaba contra el vidrio me decía que debía hacer algo al respecto.

? ¿Confías tanto en Frida como para que ella guarde tus secretos?

? No.

? Entonces?

? Es sólo que... cuando te vi de nuevo decidí que era mejor tratar de ser honesta en todo esto –arropó a la niña, y constató que ya estaba dormidita–, pero no quiso aceptar que cambiáramos de tema.

? ¿Te diste cuenta que definitivamente no me quieres? - pregunté, y titubeó por un momento.

? Algo así -siguió buscando las respuestas–, o quizás es producto del cansancio y la rutina.

? Hasta donde yo tenía entendido tú no conoces el cansancio.

? Es sólo que no me basta con saber que tú me necesitas. Yo también requiero de alimento. Así fuera dosis muy pequeñas de esa supuesta pasión que dices tú que yo te inspiro. Y cuando me has tenido, porque me he entregado a ti completamente, tú sin embargo, has seguido siendo tan promiscuo que me has hecho pensar que tú también te engañas si aún estás creyendo que me quieres –un balonazo me pegó directo en el estómago.

? Si yo no te quisiera no habría hecho semejante sacrificio.

? Si para ti darle vuelta a tu obra es sacrificio entonces no sé qué es para ti trabajo.

? Éntrese doña Frida para que no se moje! Ese no es el punto. Han pasado cinco años desde que nos sucedió todo esto. No lo olvides. Pero a estas alturas ya era hora de que nuestra relación fuera madura - la recriminé muy serio.

? Hasta ahora no le veo lo pintón -refutó ella.

? Por favor...! ¡Tenemos una hija!

? ? Tenemos? ¡Tenemos es mucha gente, caballero!

? ¡Ah! ¡Ya! Hasta ahora no había visto tus tentáculos.

? Nada de eso. Es que mi niña es más mía que de cualquier otro -y continuó en tono enfático-: ¿O tú la cargaste tan siquiera un minuto mientras el sucio de Octavio me aplastaba como un cerdo? - guardó silencio sin esperar respuesta-. Él lo único que hacía era destriparme la criatura cuando empezó a buscarme en un principio. Y luego tú esperándome en el apartamento.

? Olvidas que eras tú quien lo pedías?

? Tan convencido que eres.

? Qué necesidad tengo de mentir?

? Lo malo contigo es que te aprovechas cuando

“una” tiene un momento de debilidad hacia esa “pirinola” –la señaló displicente con un giro de la cara-, y luego se lo enrostra.

? Han sido muchos momentos, Catia. Y yo tampoco me aprovecho. Eres tú quien te las ingenias para que siempre parezcas ser la víctima.

? Mejor no hablemos que vamos a terminar peleándonos. Ya te pareces al pelón de Octavio.

No le contesté, pero me había ofendido. A medida que el vehículo se desplazaba, los abismos de mi mente eran cada vez más hondos. Pero yo era el que sostenía el volante. Y cada uno de esos precipicios... alguna bella chica terminaría por enseñarme a atravesarlos. Sólo era dejarse guiar por el instinto.

? Eres tan poco detallista. Volvió a proponerme tema. Al parecer, se había contentado sola.

? ¿Sí?

? Ni siquiera te has dado cuenta que tengo una talla más de senos.

? Perdón. No lo había notado -le mentí. Supuse que había sido por efecto natural de amamantar “tu” hija.

? “Nuestra hija”, no lo olvides. Y tampoco te has dado cuenta que traigo bronceado de naranja y zanahoria. Ni siquiera te imaginas cómo las hizo morir de envidia allá en el hospital cuando me vieron.

Tampoco contesté.

? ¿Aún soy para ti tan atractiva? -preguntó de nuevo y decidió cambiarme la estrategia.

La miré. Me detuve antes de llegar hasta la reja metálica que daba acceso al predio. Apagué el vehículo. Eché la silla hacia atrás y me quedé mirándola mientras ella pareció sorprendida que hubiera detenido el carro.

? ¿A ti te gusta vivir peleándote con las personas a las que les importas? Si quieres nos regresamos para que te desahogues con el calvo.

? ¿Y por eso te detienes?

? Necesito saber si me regreso.

? ¿Y es que no vamos a quedarnos esta tarde juntos? Una vez me dijiste que te gustaba abrir tú mismo los regalos.

? Tengo hambre.

? Yo te haré la cena -dijo con un mohín coqueto pero el mío fue un gesto desinteresado.

? Te quiero evitar esa molestia.

Me miró sospechosamente con ese fatídico brillo que tenía en los ojos de cuando ya había calculado su siguiente frase.

? ¿Puedo decirte algo... pero no te enojas? -arqueé las cejas, expectante.

? Estás besable.

? Tú estás mucho más que eso.

? Yo siempre estoy besable –y se movió en un gesto de vanidad fingida.

? Vanidosa -una travesura en progreso atravesó por su cerebro. Y otra vez la mirada sospechosa.

? Vanidosa! -repitió la niña.

Lo más probable era que la pequeña entendiera todo lo que estaba sucediendo entre nosotros. Pero definitivamente no el fondo del asunto. Se aproximó. Me predispuse para un espectacular empalme de hocicos con su intercambio de saliva respectivo, pero sólo era para decirme al oído, medio en broma y medio en serio:

? Nada más quiero que recuerdes que yo no te quiero, y me chantó un beso ruidoso como de esos que a veces le dan a los bebitos cuando están dormidos para que hagan pucheros y que lloren.

Las cosas mejoraban con el tic tac del minuterio. El asunto no era tan en serio porque empezó a susurrarme mil palabras tiernas mientras nos acercábamos... En todo caso muy quedo para que la niña no escuchara...

? ¡Te he echado de menos re-Toñote! Y perdóname por quedarme todo este tiempo sin hablarte. Es que necesitaba ver las cosas desde otra perspectiva. A veces yo ahí desnuda debajo de ese tipo, y cuando veía ese brillo de lobo salvaje clavándose en mis ojos me parecía que de verdad iba a despanzurrarme con uno de sus instrumentos para ver qué tenía yo por dentro... Tú eres la más linda persona que yo

haya conocido. A veces eres como un niño al que no le enseñaron a reír. Pero al lado tuyo todo lo que sueño hubiera podido conseguirlo. Y no obstante, me confundes mucho... Si vez mi amor, la niña se durmió de nuevo.

7

PANAMÁ

DESDE NIÑO ABRIGUÉ LA ILUSIÓN de ir a conocer ese lugar de encuentro de los dos océanos donde Pompilio tenía su propio imperio. El brazo de un canal que los juntaba con sus máquinas y su sistema férreo. Todo eso bullía en mi imaginación, y en todo caso recorrer el escenario de esa epopeya humana de la que daban cuenta no sólo algunos comensales que habían visitado nuestra casa sino también los libros.

Y sé que Frida lloró en el tocador cuando me vio organizando el equipaje. En el cuarto de baño y en la alcoba. Seguía enojada conmigo por haberla avergonzado con mi andanada de improperios contra el ingeniero Héctor. En silencio, me llevó al aeropuerto. En silencio recorrimos la avenida e ingresamos al terminal aéreo. En silencio se quedó parada con sus ojos clavados en mi espalda hasta que desaparecí por el pasillo e ingresé en el aparato.

Localicé el asiento que me correspondía a un lado de la ventanilla, y en el preciso instante en que me ocupaba de rescatar el cinturón de debajo de mis nalgas, una hermosa aparición precedida de un perfume irresistible apareció en la pasarela y caminó hacia mí con la

seguridad de una Miss Universo.

Se detuvo al frente mío. Levantó sus brazos, abrió el portaequipaje, recogió sus efectos personales y los acomodó en el interior. Sus axilas eran tal y como imaginaba el terciopelo de su pubis depilado. Se acomodó a mi lado en el asiento que daba hacia el pasillo. Nos quedaba un lugar vacío de por medio. Estupefacto, sentí que se me congelaba el intestino.

No me sentía capaz de enfrentar tanta belleza. Fisgonear en su escote, examinar en detalle las líneas de su cuerpo. Y tuve que sobreponerme porque no quería pasar por tonto. Entonces me abarcó con la luz color ámbar de sus risueños ojos que destellaban como el oro del mar en el horizonte de una tarde.

? ¡Hola! –me dijo con toda la confianza de una fiel esposa que nada más había ido a hacer “chichí” hasta el baño.

Perceptiblemente confundido y sintiendo cómo retumbaba adentro de mi pecho un tambor en funerala y respirando por poquitos, contesté el saludo.

? Quihay!

Y punto final a aquel asunto. Unos ojos castaños que lo abarcaban a uno por completo seguían escrutándome con inusual descaro. Era peligrosamente amigable.

En sus labios se podía advertir el fresco de los pétalos de una amapola, y la hilera de sus dientes era tan blanca y tan simétrica que los odontólogos del mundo le pagarían una fortuna para que su rostro bello dijera en la

pantalla chica cualquier tontería sobre un dentífrico.

Su voz era armoniosa y delicada como un canto.

? Tú te llamas Félix, ¿cierto?

? ¿Cómo dice? -y mencionó mi nombre de nuevo.

Una señal, un gran presagio... pero estaba seguro de que jamás había tenido frente a mí a una beldad como ella.

? Ya me oíste –respondió despreocupada mientras ojeaba una revista. Sonrió y siguió escrutándome con sus pestañas entorchadas-. Y cierra la boca, que así me ves lo mismo. ¿O acaso es la primera vez que te aborda una dama en pleno vuelo?

Tomé aire finalmente. Mi aplomo, mi certeza masculina. Sí, esta mujer había invadido mi pequeño mundo en la mitad del cielo.

Ella era dueña de unos ojos grandes, expresivos y sonrientes. Y en todo su conjunto, el semblante de una hechicera perfecta.

< La coquetería es una categoría de la existencia: pone en evidencia la importancia del Quizá, entre el Sí y el No”, nos dejó escrito el filósofo George Simmel, a propósito de la mujer y de la moda>.

Esta mujer venía preparada en los más altos estándares de la seducción y del glamour, y aunque su vestido de líneas minimalistas y modernas la estilizaba como a una maniquí de cualquier casa de modelos, tenía algo de antigüedad y atemporalidad en sus facciones. La Cleopatra de algún reino antiguo en una dimensión no

conocida.

? Cuando pueda saber por qué nos conocemos, le estaré muy agradecido. A lo mejor, en una vida pasada como uno de sus pretendientes... o quizás como uno de sus eunucos -respondí con el tono más pausado que podía.

? No me gustan los esclavos. Pero qué bien suenan las palabras de un esclavo cuando las pronuncias tú. Tienen un acento tan...

? ¿Tan...qué?

? ¿Me prometes que no te burlarás de mí si te lo digo?

? ¿Una diosa supuesta a la promesa de un mortal?

? Tus palabras tienen un acento endiabladamente erótico.

? Perdonada -y me recorrió un escalofrío desde el cuello a los tobillos.

? Nunca me imaginé que fueras tan galante.

? Sólo es un pequeño instinto cultivado para ocasiones especiales como ésta -empezaba a bracear al mismo ritmo en ese lago aéreo.

? Pero perdóneme si yo no la tuteo.

Por un largo momento mi mente fantasiosa divagó hasta hundirse en el azul del firmamento. Y en aquel

lugar sin nubes había atrapado una bella mariposa o quizás un ángel, o ¿por qué no?, posiblemente una sirena que a esa hora jugueteaba entre las olas de los cielos.

En todo caso, un suave tirón en mi carretel de pesca fue la señal para que volviera a tomar firme mi caña y empezara a recobrar cuerda. Las azafatas soslayaban la mirada en la figura de ella con disimulada envidia que no alcanzaban a ocultar en la austeridad de su uniforme.

? Embustero!

? En serio! Ante una mujer tan especial, lo menos que podría hacer sería tratar de ser galante mientras aquí flotamos juntos sobre la alfombra de Aladino.

Parpadeó con un delicioso tic nervioso, claro indicio de que también se encarretaba con el cuento. Bajó la mirada y pareció intranquila. En ese momento había enlazado el Vellochino de Oro, pero ¿para qué? No lo sabía.

De todos modos me irritaba estar en desventaja frente a una mujer desconocida. Si yo fuera un adivino estaría explorando tesoros submarinos o sería el consultor de pozos petrolíferos, y no estaría jugando al tonto en un avión en clase ejecutiva.

Desconocida, pero aún así me mortificaba el riesgo de perderla. Me sentía un idiota pero al mismo tiempo el profano elegido de una diosa que me otorgaba el privilegio de observarla mientras se iluminaba su rostro con su mágica sonrisa. Sólo para mí, supuestamente porque me llamaba Félix.

? Me llamo Elizabeth -dijo, y me rozó el brazo, con lo que no pude evitar sentir corriente eléctrica-, pero... me puedes llamar Lisa.

? Nunca antes había visto una mujer tan bella.

En semejantes circunstancias y viendo tanta hermosa junta, que iban de un lado para otro sirviendo galletitas de granola con café y jugos en cajita, hasta el hombre más tímido se entregaría a las fantasías amoratorias, pero me acordé de Frida. Ella me hubiera despertado de un pellizco. Aunque esa idea la rechacé por inútil.

Pobre Frida, siempre tan prevenida con el resto! A decir verdad, sin proponérmelo de a much, había aprendido de ella a explorar todas esas dimensiones de la contradicción humana.

? ¿Cuánto tiempo te quedarás en Bogotá?

? Lo necesario solamente -contesté-, continuo de viaje para Panamá.

? ¿O sea que te vas de vacaciones pero olvidaste tu pareja

Me sentí patético, y no sé por qué, por mi mente pasó la dulce Frida tomándose su tasa de veneno.

? No. Vengo a recoger unas remesas y luego paso a Panamá por asunto de negocios.

? Ah! ¡Tú eres el propietario de una empresa!

? No, son los pagos de una Compañía de Concretos

a la que le proveo basalto y triturados.

? En qué hotel te hospedarás?

? En un hotel bueno. Aunque a decir verdad, dispongo de dos o tres opciones donde me harían sentir como en mi casa.

? Bogotá es una ciudad costosa.

? Eso para mí no es un problema.

Era evidente la insistencia con que estaba interrogándome. Eso ya era demasiado, y yo sin saber ni pío de ella.

? Entonces, estamos en problemas. Así yo no podré ayudarte si piensas que todo lo puedes arreglar con el dinero.

No me gustó escuchar eso. Yo no le estaba pidiendo ayuda, en absoluto. ¿Tanto se notaba en mi rostro la necesidad de compañía? Y de pronto me quedó claro: ella era la primera vez que se cruzaba en mi camino... entonces se trataba de una de “esas” que estudian a su cliente para asegurarse de que es un sujeto solitario pero que no sabrá dejarlas por ahí tiradas sin un peso.

El tipo de la ventanilla (es decir yo), le iba a servir de compañía y pasatiempo, siempre y cuando ese molesto sujeto que la acosaba por intermediación eléctrica con el incómodo pitido de sus mensajes de texto dejara de hostigarla.

Aunque después de unos segundos recapacité: “despreciar esta oportunidad sería el peor de mis dislates. Yo no puedo darme el lujo de semejante

desperdicio, cuando no he hecho más que quejarme por la falta de aventuras”.

? ?Usted siempre es así con los extraños?
–pregunté arriesgándome al rechazo.

? Tú no eres un extraño -su voz era una música de cadencia hipnótica. Y conducía la conversación como si su capricho hubiese sido “yo” ese día.

? Tú eres el caballero de la perfumería.

? ?Y qué hace una dama bella y distinguida malgastando su tiempo con el socio de una perfumería?

? No te hagas. Tú también eres bastante delicado cuando quieres.

Acercó su rostro al mío, muy consciente de su intención de invadir mi atmósfera personal y saturarla con el sándalo de su cabello con la excusa de querer mirar a través de la ventanilla.

Se acomodó de nuevo y en un tono más formal me dijo:

? Existen varias razones, pero digamos que la más importante es que tú acabas de salvarme.

Desabroché mi cinturón de seguridad. Me levanté del asiento. Estiré el cuello aprensivamente hacia los demás puestos con el propósito de constatar por mí mismo que ninguno estuviera acosando con sus textos pasionales a mi chica. Sólo pasajeros somnolientos o desfilando hacia el retrete pero nada qué ver con un amante enfurecido.

? ¿Cómo se supone que le salvé la vida? Porque yo no soy un héroe –terminé diciéndole.

? Es que esta noche hay una fiesta en la sede de la Agencia con la que yo trabajo, y... si no me aparezco con alguien que me guste me van a obligar a salir con uno de esos sucios mercaderes árabes que tienen de invitados. Un personaje vil que humilla a las mujeres.

Me miró de la forma como un sastre le calcula a un cliente la talla y la medida.

? Yo me encargaré de que luzcas un buen traje... y después te daré lo que me pidas.

? ¿Qué hace una modelo de talla neoyorkina en un mercado tan pequeño como el de Pereira? -la conminé a aclararme.

? Vine a un show fashion en el Club del Comercio pero no quise esperar el otro vuelo en el que recogen a los camarógrafos y patrocinadores. Además, mi hermana va a tener un hijo y su parto es de alto riesgo.

? ¿Y como usted está buscando un edecán de pueblo se le antojó que yo le sirvo para eso?

<Para uno intentar salvar la vida de otro, primero que todo tendría que ser médico, guardaespaldas, bombero o rescatista. Pero yo no soy nada de eso. Tampoco he firmado papeles para donar un órgano. Un par de veces, a lo sumo, habré donado sangre en un día de “La Banderita”. Mi solidaridad con la causa humana

es la del ciudadano promedio. Es decir nula. Y para nada soy ni quiero ser un héroe>.

? ¡De verdad! Como te dije: ese árabe es un viejo retorcido que quiere venderme en el desierto y se babea y le bailan los ojitos cuando me ha tenido al frente suyo... y que le muestre el ombliguito. Y si nadie me rescata, o al menos logre disuadirlos de que estoy comprometida dejaré de ser modelo y me convertiré en una más del jardín de un baboso patuleco porque ya le ha dicho a mi jefe que me quiere llevar en un crucero.

? ? Pero qué tiene de malo eso... los yates, el champán, el mar, las islas griegas...? -le seguí el hilo de la charla.

? Pero cariño... el mar y los cruceros me dan miedo... no sé nadar.

Sonaba creíble y con apremio. Al menos era una buena representación dramática. Inspeccioné el pasillo del avión bajo sus luces tenues, y corroboré que cada uno estaba reducido a su condición de narcoléptico, adormecidos por la presurización del aparato y la fricción de las corrientes de aire con el fuselaje.

? ¿Qué se supone que modelas?

? Ropa -y Frida pasó otra vez por mi cabeza.

? Qué gran descubrimiento! -la increpé incisivo.

? Quiero decir, ropa íntima, papito -y otra vez escalofrío.

Entonces pensé en el alfanje de un beduino, mercader sin escrúpulos que por ningún motivo dejaría volar su mercancía horqueteada en un camello ajeno. Estaría esperándola en el aeropuerto. Y si ella llegara a resistirse la haría apedrear como en los viejos tiempos (y en los nuevos).

Era mejor dejar las cosas en su sitio. Aunque ¿qué tenía de malo acompañarla en una fiesta? Y después ¿quién iría a saberlo? Pero nada como eso se me hacía tan novelesco. Tal era el disparate de que le salvé la vida. Que pasaba por allí y había rescatado a una modelo.

Hasta lo de modelo estaba bien. Igual lo de sus show fashion con su repertorio de tanguitas. Todo eso amenazaba con trastornar mis planes por completo. Quizá había descubierto en mí algo de ese magnetismo animal que sólo ellas logran percibirlo. No estaría bien el menosprecio. ¿Y si la pobre estaba pasando por una crisis de nervios y cercana a los linderos del enajenamiento?

Una fuerte vibración sacudió el avión e hizo que le sonara hasta la mallita de corales que colgaban de su cuello. A alguien se le soltó un suspiro. Ella hundió sus uñas en mi brazo y se mordió los labios. Nunca me figuré que llegaría a estar tan cerca de esa piel y de esa carne tan perfecta. Una beldad que pretendía empujarme hacia las enajenadas leyes de su reino, de desfiles eróticos y platos turcos.

Me reacomodé en la silla y de pronto el resto de los pasajeros, empezó a extraer del portaequipajes sus maletas.

? Se nos acabó el concierto -balbuceó ella. Desabrochó el cinturón y se levantó directo hacia el portaequipaje para extraer su maletín de mano. Todo ese frontispicio de sensuales formas y protuberancias desde el torso a la cadera. Y otra vez su axila al viento, tan íntima como su propia Venus.

? Preciosa... ya mismo me casaré contigo -le susurró un sujeto con barba de tres días, adornado de flirteos.

Se me encogieron hasta los calzoncillos porque me vería obligado a exigirle a él respeto. Ella lo miró con desprecio. O mejor dicho, con crueldad. En ese momento advertí que sus ojos de miel untada en trigo también eran capaces de petrificarlo a uno como la medusa de los griegos.

<Arthur Schopenhauer decía que el grado de belleza en la mujer era geométricamente proporcional al grado de maldad que anidaban en su espíritu al igual que en su codicia>.

<Eso nunca lo dijo Schopenhauer, y además esa es una gran mentira. Él sí dice que las mujeres son enemigas por naturaleza, pero no eso. Por lo cual deduzco que es una hipótesis de tu propio invento. En todo caso, pienso que sería muy bueno que él hubiera dicho eso. Y yo quiero seguir pensando que esa teoría es perfectamente suya>.

El encuentro afincó en mí la esperanza de que yo hubiera sido el escogido. Cosas del destino, pensé un poco distraído. Miré al exterior, y mis ojos naufragaron en todo ese grisáceo oleaje de concreto rígido. Igual los

edificios, el día, las personas y su frío.

Sólo ella era el color en ese inmenso muelle aéreo. Entonces advertí que nada justificaba continuar mi vida privado de una bella compañía. Y que del viaje a las tierras de Cristóforo Columbus, o el famoso Portobelo (atacado tantas veces por el corsario Francis Drake), ya no estaba tan seguro. Sentí pena de mí mismo porque a veces en la vida las cosas cambian en el espacio de un segundo.

Seguí caminando sobre la planicie de cemento, y a mi lado la desconocida Lisa. Una mujer que, por su parte, al parecer no quería despedirse. En los ojos de aquellos ciudadanos advertí que la suya era una ciudad dura, lo que me empujó a sentir que algo en ella empezaba a ser mío.

Pensé en un paseo hacia un lugar paradisíaco. Una cena romántica con la brisa del mar acariciándole su pelo, y los demás observando con envidia. Después, esperar con optimismo el resto. De pronto una promesa. Un vuelco total a mi pasado.

Por aquellos pasillos largos, fríos, caminaba ella a mi lado. Transmitíamos la impresión de una pareja auténtica. Al cabo de unos giros a la izquierda y la derecha, escaleras eléctricas, dos o tres puertas de vidrio, y la calle de honor para una reina. Yo sólo era el que cargaba la maleta. Nos detuvimos en el Renta Car del aeropuerto.

? Buenos días. Anoche reservé un auto con ustedes
-dijo ella.

Fuimos al estacionamiento. Chequeamos el

vehículo, por debajo, por dentro y por encima. Todo en regla.

? Mire usted las llaves, señorita. Que tengan una feliz estadía.

? Es usted muy gentil. Gracias.

El auto empezó a deslizarse por las calles. El frío calaba los huesos. No era para menos, siendo yo medianamente calentano. Pero ella disfrutaba locamente exponiéndose a una neumonía bajo la helada brisa de la sabana cundinamarquesa.

El viento le alborotaba el cabello marrón encima de su cara. Me condujo hasta un hotel central donde al parecer la conocían.

? Amor, este es un hotel muy bueno, con el calor humano y la atención que uno se merece. Espero que te encante -me aconsejó melosa.

?Amor? Pensé. Con que así va a ser la cosa. ¿Acaso ese asunto del amor será tan cierto?

? Sí “mi amor”, parece un hotel bastante cómodo –contesté hechizado.

? Perdona que te diga: “amor”, pero yo me expreso tal como me siento. En todo caso, instalémonos, y salgamos lo más pronto, o se me podría hacer tarde para acompañarte hasta el Consorcio.

Llenamos la planilla. El botones nos condujo hasta un hermoso cuarto meticulosamente organizado.

Dejamos las maletas (las mías solamente), porque las de ella habían quedado en el portaequipajes del vehículo. Me agarró del brazo y caminamos juntos a la calle.

? Aún me resisto a creerlo -le aclaré indeciso.

? Entonces acompáñame a la clínica; mi hermana te podrá decir si miento -en esas circunstancias, no sabría cómo salvarle a alguien la vida-. El tipo con quien iba a ir al baile se propasó conmigo, y cuando abandoné el hotel me mandó a decir que me mataba. Y no pude verlo en el avión hasta que me levanté del puesto. Fue el sujeto que me dijo: “Me casaré contigo”. ¿Lo recuerdas? -asentí un tanto circunspecto- Y además, yo prefiero es a los hombres afeitados. No me gustan con bigote ni mucho menos cuando tienen ese hocico enmarañado de pelos.

<Para eso se necesita un porte distinguido. Si no, siempre van a verse toscos y antihigiénicos. Ese tipo es un maldito. Desde ayer lo odio. Te lo digo. ¡Además, todos esos gestos maliciosos los detesto!>.

Llegamos al Consorcio. Atravesamos un estrecho corredor de joyerías y heladas ventas de aparatos electrónicos. Tomamos el elevador, y nos bajamos en el piso respectivo. Ingresamos a una sala: cuatro sillas ancladas en el piso, una greca sin tinto, y una mesita atiborrada de revistas.

Esta vez, le timbró un segundo buscapersonas que traía escondido en la chaqueta. <Empezaba a sacarme de casillas>. En el breve lapso de veinte minutos ya le habían timbrado siete veces. Se apartó con discreción,

revisó el mensaje, y salió presurosa a contestar desde una cabina telefónica que había instalada afuera en un pequeño parquecito cercano al edificio.

Subió de nuevo a la salita donde me encontraba, y después de unos minutos me dijo que iba a tener que irse porque la necesitaban en la clínica.

Por fin salió el gerente del Consorcio a recibirme. Me condujo por una interminable galería de oficinas. Cuál de todas más gélida, incluida la del pagador. El dedo índice empavonado en una grasa negra. Dos o tres huellas. “Revise bien que aparezca correctamente escrito el cheque y la cuantía, antes de ponerle el sello”.

Ahí me percaté que ella era mi amuleto. Como por cumplimiento, el gerente me ofreció el vehículo de la oficina y un escolta porque la suma era muy alta. Ella me miró sobresaltada.

? Acepte por favor, que para eso le tenemos el vehículo. Además, está el chalet destinado a nuestros huéspedes. ¿Por qué no nos acompaña a un club privado por la noche? Y cuidado se aparece sin esta bella chica.

Camino al banco ella me dijo:

? Recuerdas el sujeto del bigote. El pobre anda convencido de que en otra existencia fue un mexicano mero, mero. Es un sucio, un egoísta, es un maldito.

? ¿Y por qué no lo denuncia por las amenazas y el maltrato?

Se sobresaltó cuando me escuchó hablar de

conducta delictiva y capturas y de cárcel.

? Él se cree un encanto. Y no es más que un ridículo. Le cuida los caballos a otro tipo que es más rico. El verá qué piensa hacer cuando su patrón se entere. Ese sí es un caballero. Un verdadero patrón forrado en el billete. Lo malo es que nunca tiene tiempo y yo me aburro mucho en ese rancho.

La mujer estaba hablando de caballos de paso y de lujosas haciendas, y ya no hablaba más de las portadas de revista ni sus exhibiciones en la pasarela. De guardaespaldas, testaferros, merodeadores, acosadores sexuales y de bala.

A esas alturas del partido, ella misma se estaba enredando en la mentira, pero yo ya no quería confrontarla porque pensé que podría tratarse de una de esas compulsiones femeninas por pretender refugiarse en una inocente fantasía, el enredo infantil y la mentira.

EN EL BANCO ADONDE DEBÍA dirigirme con el cheque podía obtener los dólares debidamente declarados. Frida y yo teníamos previsto expandir nuestro negocio con la distribución en escala de extractos y productos, y el manifiesto, ya aprobado, me esperaba en las oficinas de la zona franca.

Para eso era esa suma. De salir las cosas como se esperaba (con un increíble romance incluido), no habría más qué pedirle al cuerpo.

? Yo soy un hombre satisfecho con mi vida. No tanto con mi profesión, aunque sí en lo que respecta a mis gustos, y quiero invitarla para que viajemos juntos. No le tocaré un pelo si es ese su deseo -le

manifesté resuelto.

? Nada me gustaría más que estar contigo. Pero primero júrame que harás lo que te digo. Vamos a la fiesta. Te quedas conmigo -hizo un gesto pícaro, y mientras terminas tus otras diligencias, yo voy y firmo unos papeles con la agencia de modelos.

? Me parece justo el trato -le dije impresionado.

Yo era aquel hombre de familia que, resuelto a cambiar los derroteros de mi vida pensaba que había perdido el tiempo antes de conocerla a ella. Ahora estaba la inminencia de una aventura de película aunque no terminara de explicármelo de un modo que quedara satisfecho. El caso era que ahora tenía motivación.

? Supongo que has de tener muchas amigas - me interrogó ella.

? Pero ninguna me ha atrapado con su capacidad de seducción como usted lo ha hecho -le respondí con una falsa compostura.

Sin embargo, no era mi intención que ahondáramos en esos laberintos. Lo importante era convencerla de que mis cumplidos eran sólo para ella, y cuidándome de no agraviarla porque, como ya me había advertido, no le agradaban las referencias respecto a su belleza.

Más tarde o más temprano, todos los hombres a quienes conociera formularían algún comentario a ese respecto. De modo que cuando se encontraba con un joven agradable, algo tímido; alguien que sin embargo se manifestaba frío con la gente, ella optaba por

considerarse a sí misma como un hermoso adorno, para darme a entender que para mí sería digno de orgullo que me vieran junto a ella.

Sería un trato conveniente, porque si ella era una mujer bella, yo era por demás un hombre apuesto y de cierta forma acomodado, aunque sólo por aquel momento.

? ¿Por qué no me tuteas? ¿Por favor, me tuteas?

? Tú me estás obligando a ver riquezas y horizontes de los que me había negado que existieran. Y ahora que sé que el sueño existe y que no he perdido el tiempo, a tu lado las posibilidades de lograrlo son inmensas. No obstante, sospecho que cuando pase el encanto de todo esto y tú ya no me quieras, voy a sentirme muy mal al respecto y ya no voy a desear seguir viviendo -dije en un tono dramático, y casi me sorprendí de dicha pose histriónica.

? !Qué tan lindo! -dijo, haciéndome un puchero.

? ¿Y qué voy a hacer con mis negocios? ¿Querrás que los tire a la basura?

? Sólo tómate un descanso...y me quedaré siempre contigo -contestó.

Toda esta seducción en la que me había hecho zambullir, todo ese encanto, pudo haber sido una bendición para mi alma. Un intensivo sumario de

domesticación y coqueteo directo con la promesa de un gran salto al vacío. Un vuelco de 180 grados, ó 300. En todo caso, ilusionarse, del mismo modo que desilusionarse.

? En cualquier lugar, donde sea que tú vivas siempre podrás contar con alguien importante que te espere con los brazos abiertos... Mientras que yo nunca podré tener nada de eso -le dije melancólico, con cara de potrancito huérfano.

En alguna parte había leído que las decisiones sólo eran el comienzo de algo. Y cuando alguien tomaba una determinación que pudiera cambiar el rumbo de su vida, en realidad estaría sumergiéndose en una corriente poderosa que podría llevarla a donde nunca había soñado al momento de tomar sus decisiones. Un giro sin regreso, un camino con los ojos vendados.

E igualmente, que cuanto más cerca se encuentra uno de un sueño, más difíciles se podrían volver las cosas alrededor nuestro. Y que por esta razón, uno no debería apresurarse hasta que estuviera verdaderamente listo.

Luego fueron luces y sonidos ahogados de algo como música de fantasmas de una ciudad que cae aplastada por el tiempo, y me encontré danzando como un idiota dentro del laberinto de sus propios ritmos, quimeras, pesadillas y mentiras. Caes del pedestal, te rompes la crisma. La lengua se hace pesada y los parpados cocidos a fuego no reconocen el sol... ni las estrellas... ni la vida...

BURUNDANGA

LA PRENDA QUE ACABABA DE ponerme la enfermera, con un moño amarrado por detrás del cuello, es lo primero que recuerdo. Me dolía el intestino grueso. Durante una semana en coma me habían estado introduciendo sondas con solución salina por el recto. Tantas veces, cuantas se iba requiriendo.

El contenido intestinal había que seguir extrayéndolo hasta que saliera claro. Lo oí decir totalmente somnoliento. Sondas sondas seguían yendo y viniendo con fluidos por nariz y boca.

Soluciones de carbón activado al 25%, como si se tratara de la caldera de un tren viejo, y 30 gramos de sal de Epson por el otro hueco, como si fuera un recambio de tinta para la impresora láser de la monumental muchacha que facturaba en esa clínica.

? Venga pues papito ayúdese que le voy a poner la bata de verano –un adminículo de papel desechable de color verde y de una sola pieza con el que lo vestían a uno a la hora del chequeo médico.

Me levantó la cabeza para hacerme el moño. Y justo en ese instante se cruzó una señorita de blanco

conduciendo a una señora desde la habitación contigua directo al sanitario. La paciente lucía con evidente garbo una prenda igual a la que yo tenía. Abierta del todo por la retaguardia.

Con la rabadilla al viento, mejor dicho. La famosa bata de verano que pensé que fuera para salir a recibir el sol al patio, simplemente era un delantal para que le vieran a uno el ano. “Ver – ano”.

A mañana y tarde una bata de verano para introducirle a uno una lavativa por el medio de las nalgas. Y por mi mente pasaron las portentosas ancas del Todopoderoso cuando se le presentó a Moisés; porque según relatan, ningún mortal podía ver su rostro. “Cosas del tal Éxodo”.

Cuando era más joven me parecía divertido que Dios mostrase su trasero. Divertido, pero también terriblemente fidedigno porque no existe ser humano sin trasero. Y no existe trasero que no sea totalmente fidedigno. Al igual que en esos personajes de las Sagradas Escrituras cuando hacían un solemne juramento aferrándose unos a otros los testículos.

Así juraban, y así se recordaban mutuamente que deberían cumplirlo. Pero yo pensando en el trasero del Altísimo cuando Él desde sus alturas estaría observando a mis victimarios haciendo fiesta con los dividendos de mi hermana y míos. Y aquella inmunda mujer entrenando a sus discípulas para su siguiente vuelo. No en escoba sino en brilladora eléctrica.

‘Pero te aclaro que no podrás ver mi rostro porque ningún hombre podrá verme y seguir viviendo’ –que está

en el Éxodos 33:20.

«Qué pena tener que discutírselo pero en la versión de Casiodoro de Reina e Ignacio de Valera dice diferente: “...no podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá”, ahí no dice que “te aclaro”, porque Dios no tiene que aclararle nada a nadie; y por lo de no poder ver su rostro, lo acepto, pero lo de “ningún hombre podrá verme”, es distinto a lo de “no me verá hombre”, y ahí sí nos demoramos un poquito».

Y después del quinto coco verde ya no quise más agüita de coco. ¿De cuándo acá resulté vacacionando? ¿Acaso ya me pusieron otra bata de verano? Me fui al hotel a tirarme contra el piso. Empaqué mis cosas. Y aproveché un vuelo casual que salía de ese lugar muerto.

Quería verle ese trasero. A Dios, por supuesto. Ahí donde le terminara su espalda, si es que en verdad no se le puede ver el rostro.

“Y mi altar no debe tener escalones, para que al subir ustedes, no muestren la parte desnuda del cuerpo” —que está en el 20:26 de este mismo libro.

«Perdone que le corte el chorro, pero en la versión que yo tengo dice igualmente diferente: “No subirás por gradas a mi altar para que tu desnudez no se descubra junto a mí”, que es una cosa muy distinta».

Pero lo de la parte desnuda es lo que a mí me interesa, y que la bata de ver-ano, era la prenda en esos tiempos. Sin ninguna otra prenda por dentro.

Una bata de verano recién sacada del armario. Así pues, el que se arriesgaba a trepar por unas gradas

inevitablemente tenía que mostrar ese culantro. O sea que la pacientica ya puede ir al purgatorio porque cumplió con ese acuerdo.

<No, esto no es un sueño. Pase a la habitación de enseguida y verá que ella tiene el trasero descubierto. Y si eso acaso fuera un sueño, entonces es para avisarle a uno que allá esos son atuendos distinguidos. Pero no vaya usted a creer que se trata de esas tales predicciones que vienen incluidas en los sueños. Ni tampoco sirven para adivinarle a uno el futuro>.

Aunque podría ser... Del verbo podrir... que si esos sueños llegaran a ser repetitivos, revelen estados en los cuales el futuro pueda estar implícito. Pudiera ser lo más lógico. Pero si la mujer de las nalgas fuera un sueño no tendría sentido que yo también tuviera que vivirlo.

Me estoy enloqueciendo. Convertido en un hombre que no va a querer tener negocios. El precio de haber cruzado el cielo. Aunque no me calaba ese cuentico de que era normal en Dios y los profetas estar mostrando el nalgatorio. Por eso decidí apelar a mi tiquete aéreo de regreso.

Y me parece que me lo habían dicho entonces: “Esa mujer lo que quiere es destruirlo”.

MUY VAGAMENTE RECUERDO QUE alguien me estaba conduciendo afuera del aeropuerto y luego al área de estacionamiento hasta un auto azul convertible estacionado frente a los bolardos. Era un Mercedes Benz 500-SL con algo menos de veinticinco mil kilómetros.

Me introdujeron en el asiento trasero mientras los

bultos de otras dos personas se movían afuera. Guardaron algo en la cajuela que parecían las pertenencias de mi querida Elizabeth, y a toda prisa arrancaron por un camino descuidado y polvoriento. Pero yo no había pedido eso.

Un convertible de color blanco tabaco, hard-top, rines cromados, cojinería de cuero y un panel de controles con todos los fulles en equipo.

<No señor, era un auto azul convertible estacionado frente a los bolardos. Ese era otro carro, y fue después de lo que estoy contando>.

Hice una ronda para inspeccionarlo con detenimiento. Por arriba. Por abajo. Ni una abolladura ni un raspón en la máquina o por dentro. Todo era nuevo, olía a nuevo. A alcanforina o a algo parecido, y todo muy bien, que de eso yo sí conocía. El agua. El aceite. Que está full de gasolina. Que los medidores están bien. Ella al frente del volante y yo en el asiento del acompañante.

? Yo no te quitaba los ojos de encima cuando pasamos por la fila de chequeo hasta la sala de espera del aeropuerto. Aunque algunos hombres sí se pueden ver bastante guapos cuando tienen el bigote tupidito y bien arregladito.

? Y tú no volverás a ser la de antes. Por encima de todas las huellas que ya tienes en tu carne, la mía tiene más profundidad... porque tiene alma.

En plan de una conquista uno no puede impacientarse... “y sin embargo te voy a esperar... te voy a esperar....”.

Las sienes empezaron a martillarme como si los

operarios que tenía en la cantera, en vez de estar martillando adentro de la roca lo estuvieran haciendo en mi cabeza. El auto se abría paso entre la hilera de vehículos en un pesado y lento avance por la dificultad del tráfico, al tiempo que se seguían agrediendo con los insultos y los pitos.

Y yo repitiéndole a los tipos que no, que se habían equivocado porque yo no había pedido eso. Cuando el motor se detuvo ya era noche. Yo estaba metido en la cajuela y uno de los individuos se acercó para mirarme, y como mis manos no me obedecían empecé a gruñir como si fuera el perro peludo, blanco y amarillo de la finca.

Seguimos adelante. En un momento de la madrugada el vehículo se detuvo de nuevo frente a una casucha. ¿Por qué no despertaba aún de semejante pesadilla? ¿Cuál era ese sitio donde yacía tirado junto a un cerro humeante de basura? Creo haber caminado muchos días en ese interminable sueño. Luego, ¡quién sabe! Alguien me limpió el vómito que tenía en la ropa y los zapatos con un trapo húmedo. Pero ya no era una pesadilla.

<EXISTEN DOS CLASES DE CANTERA, dijo el hombre. Las hay abiertas y cerradas, dependiendo de cómo se extraigan los materiales: arrancándolos de la superficie del terreno o mediante excavación directa>.

<En la explotación abierta se emplean tres métodos: escalones rectos, con máquinas de extracción, escalones con planos inclinados y el de cámaras o cavidades. Estos dos últimos se trabajan con picos, zapapicos, barras de hierro, cuñas, martillos, mazos y macetas. Para la disgregación de las rocas se utilizan los

barrenos de pólvora y de dinamita, los cuales resquebrajan y rompen enormes masas que después se subdividen>.

He ahí el ruido que martillaba en mi cabeza.

? Llénelo para el hospital. ¡Pobre hombre! ¿Qué cosa le habrán hecho?

? Mírelo bien que no es un indigente.

? Creo que está intoxicado.

? Démosle algo.

<En la explotación cerrada se practican pozos y galerías. Los primeros son verticales, y las segundas son horizontales (por lo general en número de cuatro), formando ángulo recto con el pozo>.

<Extraídos los fragmentos de la roca, pasan a manos de obreros especializados, a cargo de maquinarias que asierran, recortan y pulen el basalto>.

? ¿Usted cómo se llama, joven?

? Haber... tómese este cafecito...

Una bebida que yo siempre he rechazado porque soy alérgico a la cafeína y me provoca las más severas crisis de migraña. Y así mismo soy propenso al envenenamiento láctico. Se me acelera el ritmo. Me hiperventilo. Me tumba a la cama. Por eso sentí náuseas al primer contacto con el inconfundible aroma. Su sabor era fuerte, horrible, pero consideré que la persona estaba siendo muy amable con traérmelo hasta el andén donde yacía tendido.

Tan pronto me movieron, vomité de nuevo. Finalmente salió el sol sobre un paisaje extraño de helada altiplanicie, y yo me sentía peor que antes. Un borrón de niebla se ponía frente a mis ojos. Aunque me parece que frente a mis atisbos extraviados había muchos bloques y manzanas y mucho pavimento.

Un auto llevado de los diablos pasó rápido por sobre un charco sucio y me salpicó desde los pies hasta la frente. Yo seguía ahí descalzo. Una chica se aproximó con aspaviento al percatarse que yo había despertado. La enfermera que me tenía a su cuidado venía a mi encuentro y cuidaba de mi crisis de delirios.

En mi vida había llegado a sentir tanto frío como cuando me recogieron de esa banca de cemento. Y al final de todos esos días de hambre y condición extrema le sucedió mi muerte porque en cosa de un respiro ya estaba rodeado de damitas blancas con gorrita que, con sus caras sonrientes trataban de arrancarme mi mugrosa e indigente porquería del pellejo...

? ¿Qué sitio es éste? -creo que pregunté con cierto esfuerzo.

Al parecer me hallaba en el último grado de la desnutrición, deshidratado, exangüe, más que muerto.

? Estás en una clínica, corazóncito.

? ¿Y qué fue lo que pasó? -pregunté con nerviosismo.

? Que usted está en la sección de toxicología porque le dieron escopolamina. Tanta, que no sabemos por qué no está muerto. Y ahora

dígame: ¿cómo se llama? ¿Dónde vive? ¿Qué es lo que recuerda?

? ¿Cómo me llamo? ¿Dónde vivo?

Pero entre el bulto de personas que estaban en la habitación empecé a distinguir algunos rostros conocidos. Una bella dama que lloraba y a su lado al parecer su madre, y las facciones de un tipo que en alguna parte de mí, me contrariaba. Hubiera podido soportar la situación pero comencé a desear profundamente otra clase de escenario.

Incluso deseé, con todas las fibras de mi alma, que esa clase de pesimismo existencialista no se fuera nunca. La sociedad me ofrecía una buena vida pero ahí estaba precisamente la dificultad, me había vuelto vulnerable a lo abyecto y a lo indigno. Al desprecio. A los extremos del instinto. Al excremento.

Naturalmente, yo sabía que ella estaba sollozando porque como por aquel entonces sólo nos hablábamos lo estrictamente necesario, y no la había incluido en el paseo interoceánico. Hubiera deseado que el avión se fuera al suelo. Se sentía culpable por haberme deseado un final trágico. Continuaba sollozando pero yo no hice absolutamente nada a ese respecto. No le ofrecí un pañuelo ni la palmeé en el hombro suavemente ni le di un beso.

?Pero cómo, si no podía moverme? ¡Claro!, no me encontraba en condiciones. Y ella sabía que yo estaba respetando su tristeza. Que ese era un asunto profundamente interno, más allá de lo que pudiera hacer para evitarlo.

La miré. Le extendí la mano que yacía por fuera de la sábana. Ella se paralizó por un momento, y empezó a mostrarse sentimental y hasta cierto punto, destrozada, pues lloraba y lloraba, y nada conseguía contenerla.

Por otro lado, me percaté que era inevitable que todos tuviéramos que contar con la figura de una madre, lo cual no nos da el derecho a obrar en detrimento de lo que esa figura representa. Por su parte, tiene que tolerar que los niños sean así ruidosos y que literalmente evolucionen de esa forma, y que prefieran tener el amplificador y la televisión prendidos mientras llevan a cabo sus tareas del colegio o de la escuela.

<Y LA SEÑORA DE NEGRO, VINO y dijo que se asomara hasta el poste del teléfono que ahí había tirado en la banqueta un muerto. Y como en el nombre de Jesús todas las rodillas tienen que doblarse, al parecer la madre inmediatamente puso el grito>.

< ¿Pero cuál es el Hijo y cuál es el padre? Zeus es el padre de los dioses. ¿Entonces cuál es ese hijo? ¿Acaso es ese Júpiter del que hablan en los libros? ¿Júpiter, el de los antiguos griegos? No, el de la mitología romana, el padre de los dioses, el equivalente del Zeus griego>.

<Estás equivocado, Júpiter era el griego. ¡Qué terca eres! Júpiter era el hijo de Saturno, y Saturno era un romano, quien fue derribado por su hijo. Desde entonces era el dios del Cielo, de la luz diurna, del Tiempo y de los Rayos>.

<Fue lo que dijo el detective. Eso no lo dijo el detective. Él dijo fue lo otro, lo de cómo habían dado con la identidad suya. A mí no me lo dijo. Se lo dijo a mi

familia mientras yo estaba dormido>.

Él había ido a indagar en más detalle al sitio para presentar su informe. Hablaba con indiferencia de las estadísticas y el *modus operandi* del delito, una combinación bastante peligrosa, pero hablaban quedo para evitar sobresaltar al enfermito. Y recordé a Goethe, cuando sostenía que nunca había oído hablar de un delito que no hubiera imaginado cometer él mismo.

La sedación era el pan diario. El monitoreo al PH urinario, el electro-cardiográfico y el TAC de cráneo. Hasta creo que hubo un intento de regresión hipnótica para sacarme los datos para el Comisario, lo que constituyó un fracaso porque según les explicaría el experto:

? Los eventos que hemos estado buscando no le quedaron grabados. Esa es una de las secuelas de la burundanga.

? Señor de la Alianza Nuestra... emburundangaron a mi muchachito!

? Es un narcótico terrible. Lo corrobora el hecho de que casi inmediatamente deja en blanco la memoria de la víctima y entonces queda a merced y antojo de sus victimarios. La sustancia se absorbe en el tracto y resulta ser muy efectiva cuando se suministra en dulces o comidas. Es incolora, inodora e insípida. Por eso el afectado no se percata a tiempo de lo que le están haciendo. Se le borra la película.

Y es cuando se vuelve un ser pasivo, complaciente.

Ni siquiera opone resistencia cuando lo manipulan. El delincuente se aprovecha de eso y se lucra del botín que ésta posea. Se vuelven tan dóciles y atolondrados que hasta ayudan a cargar los muebles y electrodomésticos o a desocupar sus propias cuentas que tienen en los bancos.

< ¿Atolondrado yo? ¡Su madre, matasanos de mierda!>

TODO ME DOLÍA POR DENTRO.

? ¿Dónde estoy yo, señorita?

? En el hospital, querido.

Tener la boca seca, sería un decir si se compara con lo que en verdad era tener la boca así de seca. Ardía en fiebre. Mis pupilas dilatadas referenciaban sombras. Todo era incierto. Como entre las capas de un terrible sueño.

? ¿Cuál es su nombre, amigo?

? ¿Qué es lo último que recuerda?

? ¿Cómo es que yo me llamo?

? ¿Qué cosa es lo que padezco? < ¿Padezco un osito?>.

? Espérese un momento jovencito que le voy a cambiar la bata de ver-ano, y por favor me avisa antes, si vomita, para ponerle a tiempo el pato.

? Escúcheme bien ingeniero Marmolejo, que yo ya se lo explico:

<Hay dos clases de cantera. Una es la de cielo abierto, y la otra cuando se excava en forma de pozos y galerías. En la primera, los materiales están expuestos en la superficie, trátase de mármoles, calizas, granitos o basaltos. Para extraerlos se emplean tres métodos: el de escalones rectos, el de planos inclinados, y el de recámaras>.

<Para disgregar las rocas, se utilizan barrenos de dinamita, y luego se les trituran con herramientas sencillas. En el método de recámaras, se usa el sistema de túneles, para el carbón, por ejemplo>.

Pero no alcanzaba a escuchar bien por el rumbido. Martillaban mi cerebro. No podía captar con claridad lo que el instructor iba diciendo. Era una auténtica “rochela” en mi cabeza.

? El tipo está intoxicado, no queda la menor duda. Corran que se nos está muriendo.

? Démosle algo, ligerito!

<En la explotación cerrada se practican los pozos y las galerías. Los pozos son verticales, y las galerías horizontales, por lo general de a cuatro y formando ángulo recto alrededor del pozo. Luego de extraerse, el producto pasa a las máquinas donde se pule y la recorta>.

? Lo peor es la amnesia anterógrada porque al afectado se le crea una laguna mental durante ese

lapso de tiempo. Por eso no traerá el recuerdo de quién o quiénes le administraron eso.

<Qué pena, pero yo sí sé quién me administró el veneno. Se subió en el mismo avión que el mío y se sentó a continuación del pasajero que iba al lado de la ventanilla. Y su nombre tiene que estar en esa lista>.

? Su personalidad se les borra por completo. Saben que tienen una identidad y por supuesto pertenencias. Pierden la voluntad, y asimismo sus mecanismos de respuesta. Tiene qué ver con la memoria reciente, como ya les dijo el toxicólogo. Lo restante lo conservan.

Eso les facilita a los “cacos” obtener las claves del cajero, la dirección de sus inmuebles, y hasta que les firmen escrituras y toda clase de títulos y documentos. Luego, cuando no tienen más qué sustraerles, los dejan por ahí... abandonados a su suerte, hasta que alguien los ve deambulando por sectores apartados como zombis, sin que sepan qué hacer en favor de ellos.

DESDE NIÑO, HABÍA ESCUCHADO hablar de esta sustancia. Una preparación maléfica que se extraía de un arbusto llamado borrachero, de la variedad de la *Datura innoxia*. Abundaba a la orilla de los caminos, en los patios, canalones y barrancos. También era conocido como “corneta de ángel, higatón o floripondio”.

Pero seguía siendo un enigma cómo prevenirlo. Sin embargo, nunca había oído que se pudiera fabricar en casa, o en la escuela, por ejemplo. La profe esa vez nos

había dicho:

“Es tan potente esta receta que en tiempos de los aborígenes cuando moría el cacique, a sus mujeres y sirvientes les hacían tomar dicho brebaje en vez de chicha para que no opusieran resistencia. Desfilaban como ánimas en pena, y así se introducían en la zanja para acostarse al lado del marido. Se metían al hoyo por sí mismas. Ni siquiera chistaban cuando les tiraban tierra encima. Dejaban que las enterraran vivas. Los demás se encargaban de que se cumpliera el rito”.

Aunque por aquel entonces, yo veía en ello una argucia muy elaborada para evitar que a las atribuladas viudas se las gozara otro indio de menos categoría que el cacique muerto.

Don Pompilio decía que las mujeres que perdían a sus maridos importantes en la tribu, se ponían a tomar chicha y a celebrar esa partida hasta que el hechicero daba la orden de que les administraran una buena “totumada” de aquella “dulce toma”, y así perdieran la conciencia para acostarlas sin problema en el fondo de una zanja a lado y lado del muerto. Y ellas ni siquiera se reaccionaban cuando les echaban tierra encima en su viaje al otro mundo.

“Tan pronto se tomaban esta pócima, el mundo les quedaba en blanco y negro. Se dejaban llevar tranquilas y sin oponer resistencia. No había llanto ni arrepentimiento de no querer hacerlo. Los aborígenes no eran tan estúpidos. Ninguna de ellas (por lo regular jóvenes y hermosas), podía dar razón de su dignidad o su persona”.

? Qué degradante el daño que le han hecho!

? Qué bellacos!

? ¡Pobre hombre. Estuvo a un paso de ir desfilando rumbo al cementerio!

? Hágame el favor y tómese este tinto...

< ¿Cómo va a saber esta señora que eso lo repele mi organismo? El sabor amargo y fuerte me ayudó a abrir los ojos un momento>.

“Hospital” -creo que les dije.

<Le hubiera dado mi agradecimiento. Bebí algo de “eso” para tratar de ser recíproco. Pero no estaba sucediendo. Ni preocupado ni violento. Más bien estaba agónico. Podría ser un mal sueño pero el frío era real, me calaba los huesos. Y ese dolor en incremento en los talones y los dedos cuando me robaron los zapatos>.

<Arrastrándome hasta la puerta de un depósito donde martillaban mármol o quizás granito, hice unas cuantas arcadas pero ya había vomitado el hígado>.

EL SOL ASOMABA TÍMIDO. Un blanquecino firmamento cobijaba hasta el techo de zinc del puesto de los tintos. Y más allá, muchos bloques de apartamentos, postes de alumbrado eléctrico y una larga hilera gris de pavimento. Un tercer auto me había salpicado todo el cuerpo. Por lo menos cuando me descubrieron. Me levantó una anciana de vestido negro.

El frío me cristalizó el cerebro. Al parecer mi cuerpo estaba hirviendo. Vagamente lo recuerdo. Probablemente estuve de regreso en el aeropuerto. Caminé un tiempo por el estacionamiento. Y aparecí sentado en el asiento trasero de un vehículo. Dos o tres personas afuera introduciendo algo en la cajuela. Un camino primitivo y polvoriento al atardecer de un sueño. Yo no había pedido eso.

Se habían equivocado de viajero. Mi tiquete era por avión y no para ir saltando huecos. Luego, el embotellamiento. Las flotas de buses con sus pasajeros. Los pitos a punto de estallarle a uno la masa de los sesos. Mis tiquetes no eran para eso. Alguien se acercó a la ventanilla, y como no pudo arrancarme la cabeza, empezó a gruñirme como un perro.

Los dos hombres...

«Eran tres hombres. No eran tres, eran dos hombres. ¿Y entonces yo donde quedo? Tú eras la víctima de esos dos tipos. Entonces ¿yo no era hombre, según ese informe? Es que cuando digo: “hombres”, me refiero es a los malnacidos que te hicieron esto».

Entraron al establecimiento y escogieron una mesa separada de las otras. Pidieron tres bebidas. Para mí una soda mineral porque me sentía indispuesto. Pero yo no estaba en ese asiento ni tenía codos para ponerlos en la mesa. Pero estaba tendido en un relleno a cielo abierto respirando el humo tóxico, los hongos y vinagres de un inmenso basurero.

Fue cuando alguien se detuvo a verme. Quizás haya caminado mucho antes o después de esto, pero una

dama muy amable me estaba contando un cuento:

“Había una vez una muchacha que cada vez que hablaba le salía un sapo por la boca. Se llamaba Armario. No señor, ella no llamaba Armario. Se llamaba Criterio. ¿Cómo se le ocurre que una muchacha va a llamar Criterio? ¿No digas disparates? ¡Ah, ya sé! Se llamaba Sacramento. ¿Sacramento? Ese era otro cuento muy distinto. Se llamaba Nomeacuerdo, y esa para nada era mi hermana”.

? ¿Cómo se llama usted señor? Haga un esfuerzo.

“Tampoco era Sacramento”.

Ha de ser mi tía Débora que me contaba esos cuentos, pero ahora no recuerdo. Reconocí a Catalina en el primer intento. Lloró al verme en esqueleto.

? El médico necesita que le des tu nombre -
me dijo cariñosa en el oído.

? El detective también lo necesita.

En el hotel ya se lo habían dicho. Pero esperaba que yo mismo lo dijera ¡Qué individuo más iluso! Y una bella dama disponiendo. Iba y venía con exámenes y trámites estúpidos. Al lado de ella, una madre, y su servil ingeniero Héctor. Deseé no haber estado ahí en ese momento.

Naturalmente, yo sabía que Frida estaba sollozando. Como yo no la había incluido en el tour de negocios por el istmo, ella había deseado que el avión se fuera al suelo. A tal punto había llegado el efecto de ese maleficio, y sustrayéndome a un final trágico. El resto de los visitantes continuaban mustios, pero yo no podía

hacer nada al respecto ni ofrecerles tan siquiera un triste beso.

Otra vez Catalina sentada a la orilla de mis pensamientos. Sentía el tibio de sus muslos pero en mis brazos no cabía un intento. Y yo estaba respetando ambas tristezas. La de mi madre y de la tía Débora.

? PERO DÍGAME ENTONCES DETECTIVE, usted que sabe tanto de esto, ¿por qué casi nunca se escucha que atrapan a esos malditos? -preguntó Frida de pronto.

? Porque la persona no opone resistencia, y así es muy difícil sorprenderlos al momento del ilícito.

? ¿Existe algún procedimiento que le ayude a uno cuando siente que lo están drogando? -silencio... miradas mutuas... desconcierto.

? Sólo si se reacciona a tiempo. Si se sienten estrambóticos, y actúan en el término de esos sesenta segundos que se tarda la sustancia en surtir efecto. Esos dos minutos son definitivos.

? ? Pero entonces qué puede hacer uno en el momento?

? Si en ese lapso sospechan que le administraron algo que los hace sentir impedidos o en cierta forma acorralados, lo más sencillo es simular un desmayo o un ataque cardíaco. Con eso, los delincuentes sabrán que se les fue la mano y optarán por salir de allí corriendo.

Cata se paralizó con sólo imaginarlo. Lo más fijo era

que con su sensual cuerpo, de seguro harían fiesta. Y qué pesar de la niña, a quien mi madre, que era la abuela por línea de sangre, no había querido brindarle su cariño. Era inevitable estar atados a la figura de una madre. ¿Acaso las madres han sido, son o tendrán que ser perfectas? Aunque, se ha hablado mucho de que las madres afectuosas forman hijos homosexuales, lo cual no es exacto ni científico.

Pero no obstante, les descargan esa culpa... y que las madres descuidadas forman hijos delincuentes. Quizás sí, quizás no. Porque en nuestro caso, Frida y yo, que tuvimos una madre descuidada, verdaderamente estamos lejos de ser un par de delincuentes. Y la queremos mucho. O que las vulgares sofocan la inteligencia de sus vástagos, pero yo creo que esa aseveración tampoco es cierta.

En todo caso, esta sociedad que me había ofrecido una vida, igualmente me planteaba la dificultad desde la otra orilla, haciendo de mí un sujeto vulnerable a las peores circunstancias, a las simplicidades poco gratas del instinto. Y allí de nuevo, yo era como un niño a quien tenían que suministrarle sus compotas.

? ¿Cómo se llama usted, amigo?

<Esa pregunta ya me tiene harto>

EL ALMA, O LO QUE DICEN que es el alma, ansiaba un poco más de esa basura convertida en ácidos, en hongos y bacterias. Vasos desechables que se queman. Y quizás así contribuyese a restablecer el equilibrio. Algo así como la terapia de la roña. La que le aplica la madre beduina a su recién nacido cuando lo baña con orines de

camello, o con la orina de ella misma.

Porque sabe que así lo protege contra varios tipos de infecciones. O lo que acostumbran los nómadas del Medio Oriente cuando aseguran las piernas de su hijo con entablillados y vendajes de boñiga de asno, y al cabo de pocas semanas, las piernas garetas se enderezan. O el de la región andina, que le da de beber a los niños, zumo fresco del estiércol de la vaca mezclado en la leche para curarlos de la erisipela.

Desde los más remotos tiempos, los leñadores del bosque han sabido que el moho del pan viejo es un eficaz remedio para las heridas infecciosas causadas con el hacha. La terapia de la roña. La penicilina en los albores del descubrimiento. Y la roña es una forma elemental de grasa.

Pero la grasa que pasó por mi mente nebulosa era la que se ingiere por la boca, parte vital del aparato digestivo. Una carga para llevar a cuestas. Un signo externo y visible de una inclinación íntima. Sólo en parte visible a la comodidad que se predica en estos tiempos. La naturaleza humana, siempre inclinada a la satisfacción de sus deseos, ve que esa grasa prevalezca adentro de sus alimentos.

Ahí es cuando aparece el bacteriólogo para controlarnos el consumo. El personaje más interesado en nuestros propios excrementos. El que asegura que ahí siempre encontrarán algo. Nuestro estado de salud con certeza científica, e incluso desde su olor mismo.

“Por el olor de las heces, se puede reconocer a un drogadicto, por ejemplo” -dijo ayer el toxicólogo.

Algo así, como encontrar nuestra salvación en la suciedad misma. De ahí que yo debí haber sido médico. De tal manera necesitaba otra clase de instrumentos. Todo lo contrario a los no-silencios de cuando se concibe un hijo, y el ácido ribonucleico se desencadena.

¿O acaso no se nos engendra con cierta proporción de ruido? ¿De besos ruidosos y lamentos? ¿De golpes entre uno y otro cuerpo? ¿De intercambios y emisiones de fluidos? Cuarenta y cuatro semanas dentro de una bolsa de líquido habituándose a esos sonidos de fábrica y sirenas en jornada continua.

El pum-pum de la cúpula que bombea el espíritu. El crujido sordo de las procesadoras de materia prima agitándose y moviéndose en aquella bolsa cuando el diafragma sube y baja y renueva el oxígeno. Lo mismo llorando que si estuviera riendo. Pero mi madre ni siquiera recuerda cómo era cargar un niño. Literalmente criados de una extraña forma. Y luego, la sociedad les reprocha porque no están atentos.

Uno nunca deja de ser niño porque siempre está tratando de recobrar el escándalo original con el que ha sido concebido. Desde el chillido de todos los zoospermos en desbandada por un cuello tibio hasta el portentoso grito del alumbramiento. De ahí que llegar a disfrutar del silencio es un gusto completamente refinado y adquirido que hay que imaginárselo primero.

CUANDO ME DIERON DE ALTA fui a dar derecho a la casa de mi madre. Hasta allí llegó Catalina con el pretexto de cuidarme cuando menos dos semanas. Se

instaló junto con la niña. Fueron mañanas y tardes de un verano tropical que nunca se olvidó del patio. Un huerto con un mango centenario, el naranjo y los guayabos agrios, y donde lo más antinatural del mundo podría ser el silencio.

El silencio no era cosa para Catalina. ¿Se podrán imaginar hasta qué punto se alteraron las rutinas en el seno de mi hogar materno? Pero mi tía y mi madre lo asumieron con agrado. ¿Acaso no era ella la mujer de su “querido” Octavio?

Para ellas el concierto de chicharras a la hora del almuerzo o la algarabía de una niña al margen de todo eso y pidiendo cucharadas de manteca y margarina sobre su maíz y el trigo, era sólo un consuelo más de aquellos buenos tiempos. En la conciencia de la niña la grasa empezaba a ser su derrotero.

Muy adentro mío, un permanente zumbido de turbinas, intolerancia a la luz artificial y alboroto. Bocarriba e inmóvil la mayoría de las veces. Las manos sobre el estómago y la evolución de miles de reflejos que entraban en la alcoba. Largos ratos, horas. Luego ese sol declinando y yo quieto jugando el juego de las resurrecciones.

Los olores humanos, uno tras otro se iban sucediendo en una interminable procesión de humores, cenizas y tufillos. Al otro lado los perfumes. Y había dos clases de ellos: los que nos evocan cierta sensación de formalismo, y los que nos producen cierta clase de hedonismo inacabado y fresco.

La mujer del avión había sido en eso explícita. Carecía por consiguiente del más mínimo sentido de

querer aprender algo en su abyecta vida. Reírse de ella, por ejemplo. Mi nueva necesidad de desenterrarla y atar de una buena vez todos esos cabos sueltos. La que me había arrojado a un caño. Adicta a la degradación y al rufianismo. En esa refinada pasión por el infierno hay que ayudarle a regresar para allá mismo. Y no entender que a ella también le podría caer ese mismo precipicio.

Pero el héroe de toda la epopeya fue mi jaboncito. El que me rescató del inframundo porque aún lo conservaba en el bolsillo. Así maltrecho por toda clase de fluidos, pero con algunos indicios del nombre del hotel donde quedó anotado mi registro. La dirección y los teléfonos. La firma de mi puño y letra, identificación y origen. Todo eso. Directo desde el aeropuerto.

Y una señora de negro que gritaba en la puerta de un depósito.

? Venga, que aquí en el andén está tirado un muerto.

? LA SEMANA ANTERIOR, UNA estudiante de mitología salió de la universidad con una amiga a tomarse una cerveza, y cinco días después apareció en un sótano con señales de haber sido violada con saña por un grupo de hombres. Y con su compañera sucedió lo mismo. La encontraron deambulando por la avenida de El Dorado, semidesnuda y con las piernas laceradas, tambaleándose dificultosamente –dijo de un momento a otro el detective.

<Yo no sé cuál es cuál de todos esos, pero lo que es Zeus, ese sí es el padre de los dioses. El que vive en el Olimpo, o sea, el cielo. Y ante su presencia, a ese sí se le podía mirar al rostro sin peligro. Tampoco permitía que se le hincaran de rodillas. ¿El mismo Júpiter, del que hablan en los libros, el de los antiguos griegos? No, ese es el de la mitología romana, el equivalente del Zeus griego>.

<Estás equivocada mujer, Júpiter era el griego. ¡Qué terca eres! Él era el hijo de Saturno, un dios romano derribado por su hijo, y a partir de entonces pasó a convertirse en el dios del Cielo, de la luz diurna, de los Rayos, y también del Tiempo. Era el dios de todo eso>.

<Fue lo que dijo el detective. Que esas dos muchachas estaban buscando lo que no se les había perdido. Eso no lo dijo, fue lo otro, lo del jaboncito. Yo escuché otra cosa muy distinta>.

? Se lo mencionó a mi hermana mientras yo seguía en el limbo.

? Cosa de las estadísticas y del modus operandi del delito.

? Pero hay algo peor que todo esto. Están utilizando este narcótico para extraer los órganos mientras siguen vivos. O les suministran la droga durante varios días para prostituirlas y violarlas de manera repetida.

Luego las alquilan para los pent-house y condominios. Pero cuando los intoxicados son hombres mayores, generalmente es porque llevan

una vida doble y deciden exponerse en lugares solitarios y prohibidos creyendo que tienen el control de su destino.

Por eso es que estos forajidos están seguros de que no van a ser delatados por la víctima, por pudor o por vergüenza de también ser descubiertos.

? No sabría cómo darle más detalles desde que salí del aeropuerto. Algo sucedió en las nubes. Y apenas hasta ahora estoy saliendo. Con claridad yo no lo veo. Y sólo alcanzaré a decirle algo muy ambiguo para su judicialización y los arrestos.

<Que si pudiera vengarme cruelmente, nada podría cambiar que el cielo está lleno de traseros, y que logré visitar sitios extremos. Por si acaso madurar por dentro. Con lo poco del respeto que existe por las diferencias de los otros, cargado de recíprocos y necesidades de silencio>.

Hay cosas que antes de uno descubrirlas fueron obviamente fantasía. Y es cuando se mueve entonces el instinto. Como el del ave cuando construye un nido. Por eso decidí que era mejor seguir viviendo y en todo caso, dignamente. Mejor solo si no hay amigos verdaderos. Las amigas que se queden quietas.

<Y se lo pregunté a mi madre. La que hubiera sido capaz de exprimir a mi viejo por completo. Pero guardó silencio. Por mi cabeza desfiló una mantis buscando su pareja para después de la cópula entomológica proceder entonces a engullirlo. La clase de mujer madura con ese tipo de belleza que la gente admiraría por allá en los años veinte cuando la moda era tener cintura de mico>.

Mi madre en el cine no habría tenido éxito porque si bien era una mujer con gracia, no era buena actriz ni era capaz de improvisar una mínima coquetería para conseguirse un novio. Al parecer mi padre había visto algo en ella que no había realmente y lo único que le interesaba era engatusarla.

9

MELISSA

AL CABO DE UNOS MESES del episodio clínico podría decirse que mi organismo ya se había restablecido por completo (si es que en verdad quería creerle a Paracelso cuando sostenía que había cien formas de salud y que el hombre que podía levantar cincuenta libras quizás tenía el cuerpo tan apto como el que podía levantar trescientas).

De ahí que, para llevar a cabo mi reingreso a las agendas del ocio y el entretenimiento, mi hermana Frida me propuso que organizáramos una pequeña fiesta a ver qué pasaba con mis nuevas perspectivas por lo que no tuvo que rogarme mucho. Reacomodé mi agenda de recuperación de los pasivos con deudores que andaban dispersos por todo el territorio (incluso desde la época del tío abuelo Celestino), incluidas las visitas a juzgados.

El día aquél yo estaba retrasado. Cuando Frida se dio por enterada de mi arribo al edificio descendió con paso atropellado hasta el primer piso, se acercó y se me colgó del cuello. No obstante, en mi cabeza sólo había espacio para los requerimientos que giraban en torno a los asuntos de cartera, citatorios, pre-avisos de los bancos, novedades e imprevistos en la explotación de la

cantera. Cero espacio para que la vida mantuviera un propio ritmo.

? Hola querido! -me agarró de gancho y caminamos hasta el ascensor donde nos esperaban otras dos damiselas de la fiesta.

Era tal mi atolondramiento que ni siquiera le presté atención a la atractiva estampa de las recién amigas ni escuché sus nombres, su ocupación o le presté atención a su perfume. Y descontado el zumbido en mi cabeza, la euforia de los que había en la fiesta me pareció tan exagerada como cualquier demostración de lástima.

Remisiones de materiales triturados, postes de concreto ya entregados, y los contratistas de la Empresa de Alcantarillado sin soltar un peso, como si el hierro y el cemento no hubiera que comprarlos al contante y al sonante. “Que se demoran las partidas. Que nos falta una firmita. Por favor hable de nuevo con el señor gerente que es el tinieblo de su tía Débora”, para que le aprueben un avance. En esas circunstancias era mejor no tener cabeza.

< ?O acaso no era eso lo que le daba la importancia y calidad de única, a la estatua que Auguste Rodín había esculpido por allá en Italia, pero al amparo y protección de la sede de la embajada francesa, en 1877? Era “El hombre que camina”. Así la llamaba él mismo, pero que posteriormente, y después de la polémica, le alteraron ese nombre al momento de traducirlo, y quedó convertido en el “Hombre dando un paso”. Pero como no tenía cabeza, desde entonces el público la conoce como “El hombre sin cabeza”>.

<Y sin embargo, una obra maestra, en una época de tantas guerras para la convulsionada Europa. ¡No señor! Él perfeccionó la estatua así desde el principio. Y los políticos no dijeron nada al respecto. Perdón, los políticos de la rancia Italia y de toda Europa sí armaron un alboroto gigantesco. No hombre, los políticos ni siquiera dijeron: esta boca es para el vino y para el queso>.

<Y entonces, ¿por qué el Ministro de Bellas Artes se mostró tan inconforme, y le reclamó que eso no era una escultura digna de él que era un Maestro, alguien tan brillante como el Rodín del cielo, y mucho menos de una embajada tan honrosa? ¿Qué cómo se lo iba a explicar él a los dos gobiernos?>.

? Les presento a mi héroe.

Su histrionismo era genuino. La Frida que yo eché de menos. Los dos amigos que me acompañaban, sin entrar en mucho regodeo se mimetizaron en el grupo y de inmediato se pusieron a repartir besos y abrazos entre el contingente femenino.

<Y el Maestro Rodín, sin inmutarse, le argumentó al alto funcionario: “Puede estar seguro usted, señor Ministro, que un hombre sin cabeza es el símbolo perfecto de la diplomacia y la política. Porque es un hombre que no come y porque tampoco piensa por sí mismo. Y si se fija usted muy bien, tampoco tiene brazos en el cuerpo. O sea que tampoco roba”>.

<Eso de que no roba, no lo dijo. Pero hubiera sido muy bueno. Y aunque transcurrió algún tiempo sin que permitieran instalar el monumento finalmente el

Ministro tuvo que aceptarlo. ¡Ah, sí! Ya lo recuerdo. Entonces los políticos sí hicieron alboroto. Con su controvertida obra dejó sembrada en la mentalidad de los políticos esa semilla de la irreverencia>.

Y LA VI A ELLA, Y TODAS mis preocupaciones diarias se desvanecieron por completo. La apariencia de burdel barato del apartamento con su pista de baile y sus bombillos rojos en el falso techo, que en cualquier otra circunstancia me hubiera producido desagrado, de golpe la pasé por alto porque aquello era septiembre. El importante “amigo secreto” acababa de recobrar un aliciente.

Importaba poco que unos segundos atrás creyera que ser sentimental no formaba parte de mis convicciones. Además, la permanente sensación de miseria a la que había estado sometido le había dado un sentido de exaltación a mi condición anímica. Ese síntoma parecía ser la razón de todo ello.

«Era mejor seguir con la cabeza encima de los hombros. Y con los brazos ¡por supuesto! Sí señor. Por fin estoy de acuerdo. O de lo contrario ¿de qué serviría poder contar con miembros si no se va a poder pilotear desde la central nerviosa de los sesos?>.

De ahí que estuviera lejos de querer disuadirme en contra de ese requerimiento de vivencias más intensas. Necesidad evidente, por cierto, de trances emotivos de cualquier naturaleza. Porque cualquier indicio de debilidad no sería bienvenido y era más recomendable apoyarse en móviles concretos y materialistas. Pero no iba a sostenerme así indefinidamente.

Necesitaba una relación concreta y sostenida. Un vínculo que resolviera mi necesidad de sexo. No lo podía evitar. Y si uno no le da gusto a su cuerpo, él puede darle a uno el buen disgusto. Con sólo verla allí en su sitio mi satisfacción ya fue completa. Ella me inspiró más ilusiones y tempranas alegrías que cualquier otra cosa placentera.

Y aunque entre todas las que revoloteaban alrededor mío había chicas más apetitosas, sólo ella era capaz de reactivar en mí la capacidad de ver, oler, escuchar y discurrir en torno a la poderosa razón de mi tristeza. A pesar de que yo las veía apetitosas, mis ojos sólo eran para ella. Yo la quería. Tengo que reconocerlo. Me enamoré de un solo golpe.

Era muy linda y muy atenta, pero yo había escogido distanciarme por un tiempo frente a la absorbente condición que representaba para mí esa fatal atracción de la bendita Eva. Un cierto resquemor. Un síndrome de malparidez y de estulticia. Un trauma entretejido con el miedo a repetir episodios torticeros. Miedo al enigma que se encierra en la mitad profunda de ese huerto.

Pero esa inesperada fuerza estaba ahí de nuevo induciéndome a caerme de cabeza, aunque esta vez en el terreno firme de mi apartamento. Empecé a advertir entonces que ninguno allí se había animado a seducirla, salvo un sujeto con grandes dotes de salsómano que empezó a dar vueltas a lo trompo y a desenrollarla como un yoyo para que el cabello y las axilas se le ventilaran.

Le rodeaba la cintura, y después la abarcaba por la espalda. Y ella admitía todo eso. Se movía con gracia y

naturalidad de danzarina. Fue entonces cuando la anfitriona se me colgó del brazo.

? Nunca antes te había visto así tan boquiabierto.
Te tiene hipnotizado –y señaló a la dama de la pista.

? ¿Ah? ¡Las cosas con que sales! Mejor vamos a bailar, a ver si engraso.

Yo no dejaba de mirar a la pareja. El hombre se mostraba sumamente atento. Era un poco más bajo que ella. Zapatillas blancas. Piel roñosa, aunque no tanto. Cabello al estilo Terminator, y tan simétrico, que parecía esculpido a regla y con espátula. Mandíbula inferior bastante pronunciada hacia adelante. Hasta el punto que, cuando entorchaba los pies y sonreía, pasaba por mi mente la imagen de la caja registradora que tenía mi abuelo en su taller de cosas viejas, y donde jugábamos a devolver monedas de a centavo.

Claro que se mostraba sumamente lisonjero. Aunque definitivamente nada seductor. Quizás el hecho de que hubiera estado acompañada en un principio con alguien más apuesto y distinguido, pudiera ser la causa por la que no quisieran invadir ese pequeño espacio.

Tal vez, el resto de los hombres estaban ignorándola deliberadamente solamente para deleitarse soñando que era una chica para todos, y sin embargo, de ninguno. O que su condición de verse deseable los constreñía a su naturaleza de criaturas inferiores. Pero no pude contenerme. Cuando terminó la pieza solté a Frida en plena pista y me dirigí hacia ella para invitarla a que bailáramos.

? ¡No, gracias! -fue todo lo que dijo y se me quedó mirando. Yo no me moví ni un céntimo-. Lo que sucede es que... ¿cómo le dijera?, le prometí a mi... le prometí a alguien que esta noche bailaríamos muy poco.

? ¿Y se puede saber quién es ese afortunado para que interceda por mi causa? ¿O acaso la mía es una intención perdida?

? El de eso es san Judas Tadeo -me contestó impertérrita.

? Qué pena, pero no entiendo.

Me miró de nuevo. Su cuello se movía con glamour. Todo en ella era propio de una dama aristocrática que se había colado allí de incógnito, o algo parecido. Levemente levantó una ceja para señalar al salsómano de las zapatillas. No le creí. Era ridículo. Estaba tratando de ponerme fuera de combate aliándose con la primera caja registradora con pelo de alfileres que encontrara en esa sala. Empecé a sentirme incómodo.

El resto de miradas se clavaron en mi espalda. Ahora yo era el ridículo. Pero tampoco quería retroceder. Su hermosura lo valía. Sus modales eran finos y estudiados. Lo hacían sentir a uno como alguien que debería guardar distancia. Sin embargo, algo de teatro de burdel costoso afloraba por las costuras de su atuendo. Permaneció sin inmutarse y tuve la impresión de que me seguía estudiando.

? Oye, amigo! -increpé al sujeto.

Debería verse burlesco el cuadro que yo estaba haciendo: Yo, Félix Antonio Mendiguren Marmolejo, que era el centro de la fiesta, viéndose ahí plantado frente de una chica común y corriente que se proponía ignorarlo. El bailarín suspendió por un momento sus piruetas, y arrastró a su pareja para atenderme. Tenía una sonrisa que le dejaba al descubierto la asombrosa desproporción de su mandíbula. Su frente estaba llena de bombitas de agua, sal, sudor y grasa.

? Dice aquí la señorita que usted le hizo prometer que no bailaría con ninguno otro. Y que es el único galán para ella en esta fiesta.

? ?Eso fue lo que le dijo? -la miró de reojo mientras ella permanecía al pie sin inmutarse.

? Perdone camarada -dijo-, pero esa hembra está loca. Yo ni siquiera la conozco.

Levantó los brazos en un gesto de disculpa. Dio un giro enlazado a su pareja y al ritmo de la música volvió a sus peligrosos malabares. Se veían bien sus movimientos. Se estaba renovando mi entusiasmo. La sonrisa que él traía cuando yo le dije “¡Oye, amigo!”, se le había frenado un poco al advertir que yo era muy capaz de partirle esa quijada de asno.

Y aunque no pude evitar sentirme incómodo cuando le escuché decir que “esa hembra está loca”, pero le dejé pasar por alto, en ese momento que me le acercaba nuevamente se detuvo tembloroso. El hombre no quería confrontación, y lo que menos percibía era que yo tampoco.

? ¿Entonces no hay problema si de pronto me la quedo? -quería estar seguro.

Él se relajó y me volvió a sonreír muy secamente. <Su mentón era descomunal>.

? Es toda suya, ingeniero Mendiguren.

Y se debe haber tranquilizado porque me estrechó la mano y me hizo una seña para que lo intentara nuevamente. Me acerqué entonces y le extendí mi mano gentilmente en señal de invitación. Ella me correspondió forzosamente. La conduje hasta un rincón discreto intentando hallar los términos que me ayudaran a romper el hielo. Ella, por su parte, volteó a mirar al fulanito y lo ojeó con resentimiento.

? ¿Te encuentras a gusto en esta fiesta? -pregunté.

? Sólo un poco distraída, nada más.

? Quiero decir, no me animo a obligarte a que hagas algo que no quieres -su olor era suave y delicioso.

? Ya lo hiciste.

El fulano nos miró intrigado. Se encogió de hombros y le dijo a su pareja algo gracioso, según pude apreciar en la sonrisa intempestiva que se le escapó a ella. Me imaginé que, cuando menos, pudo haberle dicho:

“Dios hace veinte testarudos y les arroja una testaruda para que se maten a mordiscos”.

O tal vez: “El diablo los junta en una fiesta, y Dios se

queda con las ganas en el cielo para que no se entiendan, porque el amor suele ser bastante terco”.

Entonces el bailarín caminó hasta nosotros porque seguíamos ahí parados sin movernos y decidió que era el momento de relacionarnos formalmente.

? Señorita, le presento al padrino de la fiesta.

Ella me extendió su mano glamorosa pero yo no me atreví a besarla en la mejilla como había hecho con las otras.

? Es un placer, señorita, Félix Antonio Mendiguren Marmolejo, pero mi hermana Frida que debe ser su amiga ya se me gastó lo de “ingeniero”, -le manifesté animado y haciendo gala de la lobería clásica que en muchos casos constituyen una ayuda tradicionalmente comprobada.

? Melissa Montes, mucho gusto.

Ella le seguía el juego al campeón de salsa mientras mi hermana se desternillaba de la risa porque era obvio que desde tiempo atrás nos conocíamos. Esa noche ella era un caudal fragoso que venía arrancando árboles del monte... De su monte de Venus, y para mí eso lo valía empezar de nuevo.

? Fue muy amable de su parte -le dije al hombre de la mandíbula potente quien regresó al centro de la pista a continuar derrochando su energía.

? !Te odio! -me dijo-. Has sido muy cruel conmigo al olvidarme.

? ¿Olvidarte? ¡Nunca! <Eso es un disco. Sí, pero funciona>. Primero la horca que olvidarte.

? ¿Y entonces qué es lo que se supone que ha pasado cuando no volviste ni a llamarme?

? La verdad, no sabría qué decirte. Sólo sé que apenas voy saliendo de una demencial convalecencia. Perdóname.

No quería entrar en los detalles de aquel sujeto intoxicado en el extravío de sus harapos, sin consciencia y sin memoria. Perdido en invernales y desconocidas calles bogotanas porque eso marcaría para siempre mi catadura de cretino.

? Puf! ¡Qué bochorno hace! -música para mis oídos cuando dijo eso.

Ahora era ella quien me estaba proponiendo una conversa. La conduje al mirador que ofrecía una perspectiva completa de la postal nocturna de las avenidas. El viento era fresco y agradable. Su cabello castaño, color de caramelo, sin llegar a ser rojizo, largo, sedoso y ondulado. El destello de sus rizos que era el brillo de la vida en plena florescencia me remitió a alguna leyenda nórdica de gnomos y princesas celebrando la fecundidad de la naturaleza.

Su cabello iluminaba la penumbra. El nacimiento de sus senos era el comienzo de un huerto en donde se adivinaban dos melones esculpidos que jamás hubiera visto en mujer o estatua alguna. Y el resto de ella era una verdadera muestra de la perfección del cuerpo femenino.

Cuando sonreía, las pecas que asomaban en lo alto de sus mejillas parecían igualmente sonreírle. Y por fin, me estaba coqueteando aquella noche. Iluminando la penumbra que desde tiempo atrás en mi interior no aparecía.

? El tiempo trabajó su cuerpo como un escultor después de mil años sobre el mármol o la arcilla. ¡Me gustas! -balbuceé, sorprendiéndome a mí mismo.

Ella me miró sobresaltada, con sus ojos claros completamente abiertos.

? Sí...?

? Te quiero perdidamente... aunque me odies.

? Qué impetuoso eres!

? A tu lado no podría evitarlo.

? ?A todas las mujeres que te encuentras les dices eso mismo?

? No creo haberlo dicho antes a mujer alguna. Parte de mi disco duro se ha borrado.

? Por favor! -dijo con escepticismo innato.

? Estoy tan seguro de lo dicho -respondí con prisa-, como saber que...

? Quiero bailar.

? Después de ti -le hice una venia con el brazo e incliné mi cuerpo genuflexo en señal del más

ridículo cortejo.

DEFINITIVAMENTE, ME ESTABA comportando como un retrasado. En esta ocasión me pareció que estaba menos rígida. Había una sincronización perfecta entre nosotros. El acoplamiento era ergonómico y dinámico. Su pelvis y mi iliaco. Estábamos hechos el uno para el otro. Me sentía extasiado.

Sus ambicionadas caderas se bamboleaban con ritmos afro-brasileiros, candombes negroides y murgas caribeñas, y por un momento fuimos el centro de atención de la fiesta con su jazúcar!

? No me mires de esa forma que la gente ha empezado a murmurar y no quiero estar de boca en boca.

Su olor corporal era tan suave y delicioso que yo quería tirarme de bruces desde lo alto del balcón y aterrizar en su jardín florido.

— ¿O es que acaso estás drogado?

? Vamos! ¿Cómo se te...?

DESPUÉS DEL PODEROSO vendaval de ritmos tropicales se nos vino encima el ritmo de un bolero. Y bailamos... bailamos sumergidos en una atmósfera de girasoles y azucenas. Un perfume de....

? Se acabó el disco -me interrumpió cortante.

Yo seguía bailando sin la música porque me parecía que a esa canción le hacía falta completarla con el primero de los Rondeles de León de Greiff que dice:

Esta mujer es una urna
llena de místico perfume
como Anabel, como Ulalume.
Esta mujer es una urna.
Y para mi alma taciturna
por el dolor que la consume,
esta mujer es una urna
llena de místico perfume...”.

Al parecer mi dama era experta en cortarle el chorro a cualquiera cuando empezaba apenas a tomar impulso.

? Ya colocan el siguiente -repliqué desesperado.

? Gracias, pero no.

Y sin soltar aún el nudo corredizo con el que me había enlazado de la “tusta”, agregó:

? Pareces un niño.

? Lastimosamente ya no soy un niño aunque quisiera. Y tampoco estoy borracho ni drogado. Yo no bebo.

? Mentiroso! Y yo podría ser tu prima hermana por si no has caído en cuenta. ¿O acaso olvidas que mi padre es de tu misma descendencia?

? Hace tiempo que no consulto el frondoso árbol genealógico de los Mendiguren Marmolejo,

pero ni en la edad ni mucho menos en el parentesco encuentro el impedimento de que un varón haga vida y se interne en busca de su propio “monte”. Por el contrario, eso hará la cosa más interesante.

? No te confíes. Y no es “monte”, es “Montes”, hermano natural de las señoras Marmolejo. Y si los gatos juegan al ratón no quiere decir que no vayan a comérselo.

? Estoy hablando en serio –le susurré al oído.

? Además tú eres un promiscuo

Volvimos al balcón. Hasta allí nos alcanzó Frida con un vaso de ginebra que le entregó a Melissa, y un tazón de uvas con picadillo de frutas. Yo conocía muy bien a mi querida hermana. Inmediatamente supe que no obstante sus cumplidos se había iniciado entre ellas una nueva fuerza de gravedad que acercaba y repelía sus incontenibles órbitas.

? Si lo prefieres, podemos conversar en otro sitio –dije.

? Gracias, pero considero que estoy en el lugar correcto.

? Por favor... Trata de ser más amigable. ¿Qué te cuesta? Esa no es la Melissa que conozco. Además, deberíamos aclarar todo lo nuestro.

? ¿Hablar? ¿Para averiguar si de verdad te gusta? –exclamó mientras se llevaba el vaso hacia la boca.

? Por si no sabías, terminé ya una carrera y llevo cuatro meses trabajando por mi cuenta.

EN ESE MOMENTO, SE ME ocurrió que su belleza era maligna. Y en razón a eso me seducía mucho más que las otras que estaban en la fiesta. En su mirada advertí que gozaba inmensamente del sarcasmo. Me sentí disminuido, pero continuaba ahí humillándome ante ella.

Encogí los hombros y con gran esfuerzo decidí seguirle el juego aunque ya había descubierto que si yo era el impaciente. Ese jueguito no lo estaba disfrutando. El nacimiento de sus senos que asomaba por el escote de su blusa señalaba la ruta hacia la suave redondez de lo que ocupaba plenamente su brasier.

<Algo muy parecido ya lo dije>.

De pronto sentí que un tibio cuerpo femenino se presionó contra mi espalda y unos brazos tiernos se cerraban en torno a mis costillas. Era Frida.

? La diversión está es adentro, papi.

? Mejor vamos a bailar -me masculó al oído.

No dije nada. Salí arrastrado de su mano y ni me daba cuenta en qué momento una canción se sucedía de la otra y ella no paraba de entablar conversación.

? ¿Es que no te apetece ninguna otra de las que te tengo aquí en la casa? Patricia, por ejemplo. Mírela qué hermosa. Además es inteligente y tiene “clase” - me miró con cierta atmósfera de apremio.

? ¿En qué carro viniste?

? En la “carcacha” de la ladrillera

<Hubo que vender el carro nuevo para ayudar a cumplir los compromisos>.

? ¿Por qué le dices de esa forma si todavía es un carro bueno?

? Porque lo acabaron por completo con mi ausencia –y pensé en mi visceral animadversión en contra de Héctor.

? En todo caso tú ya sabes lo que pienso –hizo una pausa para retomar el tema–. Cuando termine todo esto ofrécele a Patricia que la llevas. Sacas el auto mío del garaje y de seguro vas a tenerla así de fácil (hizo un chasquido con los dedos), y algo romántico se te ocurrirá por el camino.

? ¿Y Melissa? -le pregunté angustiado.

? Ella se pone así de vez en cuando, y como no me gusta la forma como te está tratando quiero darle celos con mi amiga.

Terminamos de bailar. Caminé hacia la cocina y destapé ollas y sartenes. Me serví un plato de papita a la francesa y costillas barbiquiu. Tan pronto me acomodé a pasar todo ese castillo de colesterol a buen recaudo se me acercó Patricia, pero detrás venía también Melissa, la del “de vez en cuando”.

? Me dejaste abandonada en el balcón.

Su melodiosa voz la reconocería así estuviera camuflada entre el mismísimo alboroto de un carnaval

de pueblo. La otra advirtió el peligro de inmediato y se desvió hacia el dispensador de la nevera mientras yo me hacía el cieguito. Pero no, Melissa no quería soltar la presa y ahora apelaba a sus recursos.

Puso una mano sobre mi hombro y se sentó en un borde de la silla. Le sentaba estupendamente bien la falda, y sobre todo el contraste de ese verde oliva de la prenda sobre el blanco de sus rodillas torneadas, que levemente separadas, apuntaban hacia un punto muerto.

<Muerto yo con ese enigma Órfico delante de mis ojos>. Se me hizo que esas dos extremidades sensualmente expuestas eran dos hogazas tiernas y dulces que se podían morder por pedacitos. Patricia, la posible rival desfiló furiosa hacia la sala y allí se entregó dichosa a los brazos de un moreno bello y espigado que la invitó a sumarse a la sandunga.

? Perdona mi torpeza -respondí con rapidez mientras apuraba una cerveza.

? No me parece que siquiera lo merezcas.

? En estas cosas soy un inexperto.

? ¿Por eso te quieres deshacer de mí con la Patricia? -me interrogó sin miramiento.

? Hubiera resultado más barato y menos fatigoso.

Se incorporó de un salto dispuesta a salir de la cocina cuando me escuchó hablarle de esa forma.

? Regresarás? -le pregunté desesperado.

? Si no lo hago, no me lo perdonaría nunca.

El vaso de ginebra con que regresaba hasta la mesa venía por la mitad. Me pidió que le ayudara. Lo probé. Le di las gracias. El mezclador de naranja estaba en punto medio, como me gustaba.

? Sáquele el alcohol y es el mismo jugo que me prepara Aliria.

? ¿Quién es Aliria?

? La mujer de Rubén, ¿no la recuerdas?

? ¿Y qué es de la niña que salía corriendo a recibirnos?

? Se casó con un viejo.

? Si estás serio conmigo quiero que sepas que no tenía pensado seguir evadiéndote toda la noche. Se veía conciliadora.

? De todos modos ya no quería asediarte más - le contesté intranquilo.

En ese momento ya tenía encendidas las alarmas pues estaba visto que mis protocolos para cortejarla no llegarían a desleír el témpano de su divina copa. Sonreí vencido.

? Tú no me estabas asediando. Sólo que me divertía mucho verte así esforzándote en tus planes de conquista.

? No me hace gracia –le dije, mientras el aroma a nuez moscada y a vainilla de Patricia volvía a pasar desafiante por la pasarela de mi olfato.

? Ahora eres tú –me susurró al oído, sin quererle dar por enterada de lo de la nuez moscada y la vainilla.

? Lo dicho: ahora soy yo, entonces te toca a ti.

? Bien, yo no vivo aquí –y tomó aire para responderme- vivo en una estrella, por si no lo habías olvidado. Tampoco existo en el Directorio Telefónico como Contadora Pública. No me interesa.

Hombres ricos me cortejan pero hasta ahora con ninguno me he enredado. Mi padre es el gerente de la empresa de transporte y lleva cuatro meses en la clínica –bebió un sorbo y esquivó quizá una lágrima.

?Y tú, por qué dijiste que acababas de salir de una convalecencia?

? Porque me dieron escopolamina y anduve por ahí rondando por los basureros de la Capital de la República. Después caí en coma. Me sedaron a diario para reconectar de nuevo mi cerebro. Me lavaron por dentro hasta que se derritió el compuesto del veneno.

? Qué pesar de mi flaquito!

Fuimos hasta el pequeño balcón que adornaba la

fachada del apartamento, y allí nos alegramos de mirar la iluminada bóveda celeste y sin nubes de esa noche.

? ¿Cómo un pobre loquito?

? Pero sin palo ni costal.

? ¿Por qué cuando las nubes se deslizan parece que es la luna la que se está moviendo? –dijo, mientras se bogaba un largo trago de vodka con naranja.

Sus ojos vidriosos acusaban los efectos esperados. Era un cielo de septiembre lleno de luces en el cielo. Algunas no parpadeaban y eran verdes y azules y de variados tonos cercanos al naranja y casi hasta llegar al rojo. Supongo que eran los mismos colores que ella estaba viendo a no ser que fuera una mujer daltónica.

Yo deslicé mi mano a su cadera y apreté su derrier. Ella dio un brinquito y me miró extrañada.

? Porque la ilusión óptica engaña al simple ojo. Somos seres ilusorios -atiné en decirle.

Pero ella se merecía una respuesta generosa, más romántica. Algo cercano a su ternura, a su dulce curiosidad de aficionada astrónoma. Yo no se la di. Y sin poder salir de la trampa auto-indagatoria sentí que en un lugar intermedio entre mi recuerdo y los impulsos de mi cuerpo, ese algo me trepanaba por dentro.

?Qué hubiese perdido yo con haber desviado el aroma de su brisa aunque fuera un poquitico? Ella no había dicho otra cosa. Esa respuesta mía había sonado a burla y así truncaba la posibilidad de algún hechizo por no aspirar tanto a los ideales del encantamiento.

Por qué no haberle dicho:

“Porque la luna, que es la reina, las llama a ellas que son sus cortesanas.”

O “Es que se ruboriza cuando una dama tan hermosa se la queda examinando, y quiere cubrirse con el primer velo de nubes que se encuentra”.

O, en un suave susurro:

“Ella quiere que la sigas hasta el cielo, diosa blanca y esbelta como lo son las diosas. Te quiere a ti como a su hija predilecta”.

O, “porque te mira y le dan celos de tus ojos, de tus senos, de tu cuerpo”.

Después había podido contarle que yo había visto a un hombre caminar sobre la luna (aunque no fuera cierto). Y que de eso hacía ya unos treinta y tantos años.

<Al parecer, los mismos que ella tiene, para que no se crea tan muchachita>.

Y que aunque no recordaba bien si se trataba de un tal Armstrong, un Aldrin, o de un Collin, de lo que sí estaba seguro era que había sido uno de ellos o quizás los tres junticos.

Y que recordaba muy bien que estos cosmonautas tenían puesto su overol blanco abollonado y su casco grande de bombillo. Que los vi dando saltos, sostenidos de la nada, cayendo en ralenti y alborotando el polvo de la superficie.

Todo eso en blanco y negro. Además, que había puesto allá arriba una bandera con estrellas en señal de

que la luna es de los gringos mientras los bohemios, los poetas, los enamorados y los músicos, son los en verdad se la disfrutan y le hacen sus promesas porque es esa diosa blanca.

? Me regalas un beso? -pregunté de pronto.

? Si me contaras un cuento... quizás te lo daría.

? No por favor, ahora no quiero contar cuentos.

? Sé que tienes alma de poeta y de escritor de esquelas. ¿Sí?, ¡Cuéntame una historia...! Ya sabes cómo somos las mujeres... tal vez sea que necesitemos con apremio que nos cuenten mil historias en una sola noche con la magia del que narra y el que escucha.

DE UNA MANERA ESCUETA y resumida le relaté una historia china de la primera mitad del siglo XX, de cuando en Hong Kong los socios extranjeros comprometían en matrimonio ante los grandes mercaderes, a sus hijos. Y eso era de obligatorio acatamiento.

Desde pequeños les decían que por allá en tal parte, vivía un joven o una joven (según el caso), con el que ya estaba comprometido (a) en matrimonio, pero que sólo llegarían a conocerse en la víspera de tan solemne enlace.

Así que al llegar a su mayoría reconocida debían

cumplir lo convenido décadas atrás entre sus padres. Y llegando a conocerse sólo en el momento de la ceremonia en la casa de la novia.

La novia, una novia china. El novio, un piloto algo así como inglés o norteamericano de la primera guerra.

Su padre había tenido negocios en la isla. Y él no iba a ser quien traicionara el pacto. Sin embargo, ella le parecía a él horrible porque tenía barros y agujeros profundos en los pómulos y sus ojos chinos como hendijas, mucho menos le gustaban. Por nada del mundo querría él tener hijos amarillos.

Pero a ella, por su parte, la horrorizaban esos faros de hipopótamo y esa nariz de rábano alargado del occidental que iba a ser su esposo. Ella siempre lo observó en silencio. Que tan sólo hubiera hecho caso a sus escrúpulos, él hubiera hecho manifiesto un “no” rotundo porque no quería ese casamiento.

Pero el histórico acuerdo comprometía el honor y los pactos de negocios que no se habían roto en más de tres generaciones.

Sin embargo, para hacer expresa su contrariedad, él ordenó se le ordenó a ella que jamás se descubriera el velo, y que por nada del mundo transitara por los cuartos y pasillos que para él tenía asignados. Le producía repulsión. Le daba asco verla. Y ella nunca contrarió dichos deseos.

En silencio acató esa voluntad, y por amor a su esposo, desde el otro lado del biombo, del vitral de papel, de la pared de la otra alcoba, le solicitaba sus consejos para administrar la casa.

Y como él era piloto, un buen día fue derribado por el enemigo. Y aunque salió con vida del percance, había quedado ciego.

Sin embargo, ella estuvo al pie de su marido todo el tiempo. Al fin de cuentas, él ya no podía verla. Y le hablaba tiernamente como sólo una esposa verdadera sabría hacerlo.

Y a pesar de tantos años de desprecio ella se ofreció a donar sus ojos para que él volviera a ser ese piloto distinguido sin importar que ella misma se quedara ciega.

Pero siendo la única donante voluntaria, le impuso a los médicos una sola condición:

“Él jamás debería saberlo”.

¿Hasta dónde había llegado el amor de aquella esposa china!

? ¿Ahora sí me regalarás tus labios? –le imploré

? Cuando termines de contarme el cuento –respondió.

? No es un cuento. Es una historia. Con personajes reales y de carne y hueso.

? ¿Sí? ¿Y dónde dices que fue eso?

? Por allá en el río Amarillo –contesté, pero no estaba seguro en el asunto geográfico.

? ¿Y cómo es que tú lo sabes de esa forma, si ese río

es una cosa muy distinta de Hong Kong? -me resultó más documentada que el brigadier de los ejércitos.

? Lo leí por ahí... creo.

? ¿Es que así era de grande el poder que él ejercía, que ella se ofreció a quedarse ciega para que él pudiera ver, si nunca quiso verla a ella? -preguntó con un aire feminista y enojoso.

? Yo sólo sé que él no quería saber de ella y que le hizo saber de su desprecio.

? ¡Ah! Ella sólo estaba honrando el pacto de su padre y las esposas allá dan los ojos, el corazón y los riñones.

? Para ella, él era el sapo más hermoso de todos los demás sapos ingleses que existían, que por aquel entonces abundaban. Mejor dicho, él era un sapo único. Un sapo diferente a todos los demás que ella hubiera conocido.

? ¿De todos? -interpeló, mientras agregaba con escepticismo: ¿Acaso los sapos no son todos iguales, y así mismo igual de feos?

? Para ella él era hermoso, distinto, y además valiente -recalqué.

? ¿Y por qué? -insistió. Ella no quería entender aquel absurdo.

? ¿Qué por qué era diferente? -pregunté.

? ¿Acaso tenía lengua de oro y croaba como un gong? -y lanzó al viento de la noche una dulce risotada.

Yo me sonreí extasiado en el hipnótico canto de su risa y ambos tonos se fundieron como un coro en esa orquesta de sonidos que retumbaban en la sala. Me sentía preso en las rejas de su encanto. Seducido por la idea de uno de sus cicateros besos.

Y eso, al parecer hacía que se me hiciera una laguna en la memoria porque no recordaba cómo terminaba aquella historia. Sin embargo seguí jugando con las frases, a ver si de pronto se me encendía otra vez el bombillito.

? Para ella él era hermoso, aunque hubiera querido un hombre chino. Y no porque tuviera lengua de oro ni croara como un gong. Es simplemente eso: para ella y nadie más que ella, él era hermoso, diferente. Aunque para las demás ranitas no lo fuera así...

? Ya veo que sólo te quedan evasivas -me miró de plano y titubeé un poco.

? ¿Tú lo que quieres es oír que ella estaba derretida por el tipo? Pues sí, eso fue lo que pasó. Lo adoraba tanto que para ella era un príncipe de un reino muy lejano porque ella era una princesa.

? Ahora sí me entiendes? Y aunque para las demás él era un sapo tosco y feo que en las noches salía a inflarse sentado en una piedra

como los demás sapos, para ella él era diferente.

Ese es uno de los muchos enigmas del amor.

? Quiero llorar -sus ojos ya estaban encharcados.

? Las personas lloran con estas historias. Yo mismo lo he hecho algunas veces como un niño.

< ¿SÍ? ¿NO SERÁ QUE SE ESTÁ preparando para sacar ventaja la muy cínica? ¡Qué cosas dices! ¿Acaso no sabías que Balzac dijo que la mujer es invencible por las lágrimas? Eso no fue Balzac, fue Víctor Hugo. Es que una mujer con unas lágrimas bien administradas, hace dudar hasta a un jurado de conciencia>.

La sensación táctil de su cuerpo era la cosa más deliciosa que me hubiera sucedido. Yo le correspondí con un abrazo caballeroso y afectivo, hasta donde se podía. Si me lo hubiera pedido, en ese instante habría sido capaz de volar hacia las nubes sin importarme el resto del mundo que se agitaba en el apartamento.

? Yo seré tu consuelo en esta noche -me atreví a decirle.

Me miró y entornó los ojos mostrando en ese gesto que algo estaba a punto de caerse o de abrirse o de desparramarse por completo. Me besó con agonía. Con pasión.

? Estoy mojada -me dijo-

Pero como el bochorno de la salsa y demás ritmos tropicales nos tenía empapados de sudor por todo el cuerpo, y había llovido la ginebra y además había llorado

10

MARMOLEJO

REINABA EL SILENCIO AQUELLA madrugada de septiembre. En la ciudad. En el exclusivo vecindario. En el apartamento. En el tibio centro de la alcoba. Hasta el crujido tenue de las sábanas se esforzaba en mimetizarse con el leve roce de la piel de los dos cuerpos. Mientras ella no pensaba más que en otra cosa, fijó en mí sus ojos como para decirme que en verdad yo había sido el primer hombre en posesión de su contable vida.

No sólo estaba eufórico sino que desde horas atrás estaba camino al paroxismo. Era un estado de vigilia novedoso. Con todos los componentes de los sueños pero con electricidad y magnetismo. Y aunque, en vez de verla, me limitaba a adivinar su deliciosa sombra, tenía la certeza de que su rostro se contraía en aquel momento de pasajera muerte pero también de iniciación.

Y entre todos los ruidos apagados de la alcoba, el chasquido de los órganos que luego de cicatrizar se rasgan nuevamente, dejaron verter algunas gotas de aceites y de esencias. Aroma de ebriedad. Un sueño soñado tantas veces que al final no parecía que estuviera

sucediendo hasta que ella dejó caer primero su cabello de mazorca abierta.

(Que aunque no tan tierna, sí le entraba bien el diente), y luego, su rostro bello e impecable sobre mi pecho hueco, liberados por fin en ese instante nuevo. La euritmia de su rostro y lo suave de su cutis. Esas pecas en distribución casi galáctica y el entorno arquitectónico de su mirada luminosa.

Con las primeras luces de aquel día abrí los ojos, y su cabeza aún seguía hundida en medio de la almohada. Dormía con placidez, resuelta a asumir las consecuencias sobre sus propios actos; que tanto eran de ella como míos. Creo que de nuevo me dormí por un minuto.

Cuando desperté, ella no estaba. Ni siquiera el cálido hueco de la almohada. Había estado solo como un perro. Fue sólo un sueño erótico. Un espejismo consecuente con los efectos de unos vasos de ginebra. Y cuando empecé a recapitular todo ese montón de besos que seguían ahí pegados de mis labios, Frida, mi bella hermana, abrió la puerta, caminando de puntitas con sus brazos arqueados y el cuerpo ondulante.

Sus manos extendidas en dirección mía. Los dedos abiertos como una planta carnívora. O mejor, como una grulla en celo. Y cuando estuvo lo suficientemente cerca de mi cama, dio un salto felino para caer sobre mis huesos. Ya había olvidado ese comportamiento de bestezuela caliente y sedosa, de mi hermana.

Su cabello -todavía húmedo del baño-, olía a miel y manzanilla. Su juego de caricias se inspiraba en los más innovados conceptos hedonistas. Entrecerré los ojos

para sentir mejor esa fragancia natural empalagosa pero tuve que volverlos a abrir desesperado cuando del modo más inmisericorde estaba provocándome cosquillas. Haciéndome retorcer como un atún en un anzuelo.

Resultamos enredados en un nudo de cobijas y de miembros. Respirando agitados por causa de la escaramuza. Nos quedamos mirándonos por un momento, calculando el sitio del siguiente ataque. Y ella hipnotizándome con su acecho de ardilla, y volviendo a arremeter en los costados, que al parecer, era ésta su forma de excitarse porque a cada momento se iba volviendo más audaz y temeraria.

? ! Marmolejo-es-un-pilluelo! –repetía con sonsonete de una canción de cuna mientras continuaba causándome hormigueos en el cuerpo.

Y yo me retorcí enredado entre sus brazos, sus muslos poderosos que olían talcos exóticos de la Madre India, sus dientes de coqueta que mordían mis tetillas, sus rodillas que se hundían en lo más alto de mis muslos y amenazando peligrosamente la integridad de mi ingle masculina.

Emitiendo rugidos y produciendo sonidos de placer mientras yo le acariciaba las nalgas y tocaba casi sin querer ese jardín de la canela. Estaba sometido a sus fuerzas. Pero la puerta del baño privado se entreabrió sin producir ruido alguno, y Melissa, volvió a tomar posesión completa de la espaciosa alcoba con una toalla de turbante en la cabeza.

Mi hermana levantó la suya para mirar ese rostro hermoso pero aún así, perplejo; se compuso la bata de

baño que había quedado abierta por completo. Al mirar asombrado esos dos pares de piernas tan magistralmente esculpidas, fui por unos segundos, juez de la belleza como el París de la mitología, y me incliné por los muslos de Melissa. Por nada del mundo iba a aceptar malentendidos ni a poner en riesgo mi felicidad con ella.

? Perdón que los interrumpa en sus jueguitos
 –sonaba fría e impotente.

Siendo tan lejana a los círculos de Frida, en ese instante se había abierto la página de la confrontación tantas veces aplazada. Un conflicto en el cual ella también era parte del problema. Evitaba mirarme mientras yo hervía de pasión por toda ella, quien con su frente enhiesta y sus cabellos húmedos, emanaba incienso y lanolina.

Un hechizo matutino. Una total provocación. Entonces Frida me miró indignada, recargó su codo sobre mis costillas ignorando lo que quizás en adelante sucediera, y como no lograba hallar apoyo porque el huesito se le resbalaba en mis costillas, continuó intentándolo hasta que con un último mordisco me hizo levantar de un salto de la cama.

Con la herramienta masculina ligeramente tensionada (macho cabrió bajo la mirada cruel de las vestales), empecé a evadirla, pero ella, sin inmutarse tan siquiera, seguía detrás de mí azotándome con su toalla mientras yo intentaba cubrirme e impedir que Melissa viera la priápica postura en ciernes erectivas.

Fue entonces cuando ésta me salió al encuentro. Abrió su bata de baño perfumada. Es decir, una de mis

batas. Y sin que yo pudiera evitar tocar su cuerpo fresco, me atrajo hacia sí para salvarme. Cerró tras de mí los pliegues de la prenda con su abrazo y con su beso, lo que puso de mal humor a Frida quien se arregló la levantadora, se hizo un nudo a la altura del ombligo, y salió de la alcoba sin decir ni pío.

Melissa respiró aliviada. Sus manos le temblaban cuando me agarró de la cintura. Para ella, esa protuberancia poco estética; prolongación de mi condición de cabro, significaba una provocación para su acuario, su joyero.

Aprisionándola en un paraje estrecho de encajes y de incienso, allí, con un suave movimiento lo guardó bajo sus fibras y lo mantuvo en esa dulce prisión, a la suave temperatura de las brasas, sin dejar de hornear el ave Fénix.

Hasta aquel momento, no me había percatado de la gran capacidad imaginativa del olfato. Despertaba hasta entonces. La vital participación de dicha terminal nerviosa, por primera vez consciente, me permitía distinguir lo verdaderamente erógeno, de los aromas y los olores cotidianos.

Ella toda, emanaba un perfume exquisito como de sangre enamorada misturada con vinos y con rosas. Reconocía el esmero de su toilette como una preparación para todas esas fantasías que habían empezado a volverse vagas e imprecisas.

Habiéndome liberado por unos instantes de su pública prisión (pero con la fuerza del torete intacta), comencé a rodar en un giro de mi cuerpo hacia su

proverbial papaya donde la lengua se convierte en instrumento de espeleológica enajenación.

<YA NO IBA A QUERER MÁS verme a mí mismo, maltratando esa carnosidad inquieta>.

Las añosas consejas tenían la razón en cuanto a mi onanismo:

“..el jugar demasiado seguido con las cosas que la naturaleza le había dado a uno, era malo para uno mismo”.

Lo cierto era que si ella no se hubiera plantado al frente de la puerta con sus ojos inyectados de centellas, al momento en que nos descubrió tan juntos en refriega cuerpo a cuerpo. Hechos un caos de brazos, piernas y cobijas, yo no hubiera entendido que esto podría tener un precio.

- ¿Casémonos! -le dije embriagado del elixir de su rosada almeja y sobre esa bella piel suavizada en el aceite Johnson, porque olía a pinar y a cerezo y a rocío, y era aquél un día nuevo, y me sentía seguro y liberado partiendo esa dulce y magnífica papaya en mi propia habitación.

Ella se dejaba llevar por la marea. Se ahogaba en ese plato de papaya con banano, con piña, con coco y con una pizca de sal en el maní. Yo no quería perderla. Aunque, a decir verdad, no sé por qué lo dije. Esperé alguna respuesta de esas que saben ingeniarse las mujeres para evitar un compromiso inadecuado pero había perdido la cabeza.

-¿Casémonos! -me contestó.

! Me metí en calzas prietas! -pensé, y seguí cabalgando sobre la grupa en pelo de esa potra blanca con ambición de zaina, decidido a soltar la rienda hasta las praderas de la amnesia.

El punto era que si mi gineceo mental se mantenía en plena actividad procreadora, no quería abdicar a potenciar todo el cúmulo de imágenes que partían de ese hecho, antes de comprometerme con el embeleco de los hijos. El haber colonizado aquella carne adolorida en mi propio invernadero.

Ese dolor que olía a miel de rosas, y que disparó quizás un mecanismo de respuesta que se traducía al libreto de un elaborado rito. Me miraba. No me miraba. Tampoco me dirigía la palabra, porque tenía su boca comprometida en otros menesteres.

<EL MERCADO DE LA OFERTA y la demanda estaba en crisis. Los tomates chontos, larga vida y de riñón, se habían puesto tan increíblemente escasos que se dispararon los precios>.

Ella estaba aplicada a esa huerta con la dedicación de una campesina enamorada. Y fue entonces cuando decidió mejor alimentarse de mi savia que le llegaba a chorros cálidos, borbotones, río condensado que se desbordaba por las comisuras de su boca y corrían por su cuello hasta las colinas de su rostro.

<Llegó la calma en el mercado de los productos perecederos, y el precio del plátano había caído tan bajo que yo ya estaba pensando seriamente en dárselo a las vacas. Y había donado mis chontos y riñones saludables

esa madrugada. No había querido conservarlos para enriquecerme>.

Pero entonces lo tenía todo, porque ella me curaba con su aura, y ahora me aquietaba en el brillo de sus ojos. Estábamos felices y completos. Sin embargo, percibía que la variedad instrumental y coreográfica de aquella cama era justo lo que tenía previsto.

Tenía todo lo estrictamente necesario para hacerme sentir tan completo como cuando había sido un indigente. Había sembrado en mí una urgencia visceral de ser su esclavo.

Tan brutal, que ni siquiera habían desaparecido los estigmas violáceos y los mordiscos del amanecer de aquella madrugada, cuando a las pocas horas ya me estaba fustigando con su látigo insensible y cruel, diciéndome que no. Que ya no más. Que la dejara respirar.

Yo me movía de un lado para otro absurdamente inquieto. Y cuando regresaba a su cuerpo buscando su mirada, me estrellaba contra el muro de su frialdad. Claro que ella sabía que yo estaba ahí sediento de su bálsamo, de su mirada, y sin embargo, evadía ese contacto.

Ella sabía que yo había quedado enganchado como un jonkie que buscaba de nuevo su *Nake Lunch*. Y como una buena camella, buena jibara, buena traficante segura de su “calidosa” mercancía, me escamoteaba esa dosis; ese almuerzo desnudo que yo comenzaba a necesitar como un adicto.

- Cuando nos casemos –susurró, además, quedé molesta por lo de tus pilatunas con tu hermana.

Decidí entonces llenarla de mimos y de carantoñas.

< Mujeres! Mujeres hay por cargas, hijo. Tantas, que uno tiene que espantarlas si no quiere quedar atrapado en sus problemas. Cuando hay mucha abundancia en el mercado, los precios ruedan por el suelo, y uno ya no quiere de “eso” ni siquiera regalado>.

<Es lo que pasa con tubérculos como la yuca, y aunque la comparación puede ser mala, a ellas hay que acostumbrarlas a que todo esto es cuestión de temporada>.

¿Imagínese usted a mi progenitor diciéndome eso, cuando yo apenas contaría con cinco años! ¡Enseñándome esas cosas!

* * * * *

LA BODA FUE UNA COSA bien sencilla ante el Notario con los ojos de polilla. Parecía el negocio de una finca o el reparto de una sucesión. Ella radiante como un ángel. Yo, con un vestido estilo sastre, y en la solapa un raquíptico clavel.

Pero a mi dulce Melissa se le veía triste y contrariada. Y mi tía Débora haciéndose cargo de todo el protocolo, y apabullando a Frida con su elegancia de madame, y con su risa estentórea inundando todos los rincones de la fiesta (sólo para un selecto grupo de amigos y de parentela).

A mi novia no se le veía feliz. Fruncía de vez en cuando el entrecejo, y cuando me miraba de soslayo, se le podía advertir algo de maldad en su sonrisa. Le introduje la argolla hasta la raíz del dedo, y su beso no fue un beso.

Fue el gesto de un pacto con sabor a labial de Rubinstein y mejilla iluminada con polvos de Elizabeth Arden que le tapó las pecas. La advertencia de que en verdad, la única guerra donde los enemigos dormían juntos era el matrimonio, parecía materializarse. Lo que se avecinaba para mí...

? ¿Qué te pasa, amor? –le pregunté cuando salimos en medio de una lluvia de arroz y de Maizena.

? ¿La verdad? No quería casarme. Lo siento. Ni contigo ni con nadie.

? No puede ser... ¿Puedo saber cuál es la causa?

? Porque todos ustedes son iguales. Te faltó ser más gentil conmigo cuando te fuiste a la despedida de soltero. Todo ese exclusivismo. Todas esas ceremonias de machos prostitutas, y amigos despreciables...

<Si ella hubiese sabido que aquellos amigos no eran más que una comparsa alquilada y muy bien paga de mi hermana, para hacerme pasar por el tipo que no era, se habría quedado de una pieza. Pero no. No iba a develar esos detalles miserables>.

Toda la noche evitó bailar conmigo, y se ocupaba en atender a todo loro y mico que iba entrando. Recibiendo, por supuesto los regalos. Entre tanto, yo me dediqué a sacar las otras damas a la pista. Definitivamente me evadía. Y hasta antes de sentarnos a la cena mantuvo una actitud extraña y distraída.

Lo cual era como una señal de que había terminado aquella magia. Sonreía con el universo entero. El beso en la mejilla por aquí, y en la mejilla por allá. El abrazo de oso y los dos picos al ingeniero de mi hermana Frida. Y a mí me ignoraba con la divina maldad de su dulzura.

Hacía como que yo no existía, no le importaba. Según ella, yo no formaba parte del ecosistema. Fue lo que me pareció. Y yo espérela y espérela. Se había propuesto no mirarme aunque supiera que yo estaba ahí acechándola, para que al cometer algún error en su atención, posara sus ojos como un cisne ambicioso sobre mi billetera desgarrada.

Pero no lo hizo. Se sostuvo indefinidamente hasta que me hizo creer que así se mantendría eternamente. No había duda: me evadía y trataba de exponerme a la vergüenza.

? ¿Se puede saber por qué me evades? –le pregunté suavemente en el oído.

? Pregúntale a Frida.

? ¿Frida, mi hermana...? ¿Qué carajo tiene qué ver ella con tu errático comportamiento?

? Que se mete contigo bajo las cobijas

–contestó, y su mirada echaba chispas.

? ¡Estás celosa! -le dije en ademán de burla.

? Sí, estoy celosa ¿y qué? -se me enfrentó.

? Entonces voy a cancelar el vuelo.

? ¡No señor, usted no lo cancela!

? O sea que antes era “tú” y ahora soy “usted”.

? Sí señor! ¡Usted! -y se me plantó agresiva.

? ¡Frida!. Llamé con voz de hombre. ¿Me acompañas a la agencia que voy a cancelar el vuelo?

? ¿Cómo? –respondió Frida sorprendida.

? ¿Qué disparate estás diciendo? -lo dijo, de modo que Melissa la escuchara.

Melissa me apuntó con sus dos hermosos ojos color ámbar, y me disparó dos rayos láser directo hacia los míos para dejarme ciego, pero yo ya no sentí el hechizo de sus ojos. Mantuve una actitud distante y controlada. No puedo negar que fueran unos ojos bellos, y que toda ella luciera salvajemente hermosa, presa de esa agitación y rabia; pero el hechizo se había roto.

Ella lo advirtió y se preocupó por eso. Se levantó del sofá desde donde se estaba haciendo la importante. Caminó hacia nosotros. Nos miró compungida y sólo dijo algo altivo y prepotente.

? ¿Saben qué? ¡Ustedes dos, hagan lo que quieran! -y pasó de largo, y se encerró en su alcoba.

Durante más de una hora no volví a saber de mi impugnada esposa. Ya no recorría el pasillo de la cocina al comedor como una verdadera reina ensayando pasarela. Frida, que también había estado dispersa, ocupada en miles de asuntos relacionados con las tres docenas de invitados, me susurró al oído.

? Melissa se encerró con llave. Le pregunté si tenía algún dolor, o podía ayudarle en algo, y no quiso contestarme. Vaya, usted que es el esposo. ¡Muévase haber!, que usted es el que manda.

Era el final.

?Se habría dado cuenta muy a tiempo del error, y por eso reclamaba mi presencia para decirme que “mejor quedáramos de amigos, y que ya no más compromiso, fiesta erótica ni miel ni luna ni palmeras”?

Que no me preocupara por la suerte de ella. ¿Y se habría encerrado, porque no quería que vieran que estaba preparando sus maletas? Toqué suavemente con los nudillos a la puerta.

? Estoy aquí, amor, ábreme la puerta -susurré respetuoso.

Ella fue abriendo despacito. Miré hacia el interior pero no había maleta alguna. Cerró la puerta tras de sí, y se recostó en ella. Me miró como si tratara de adivinar mis pensamientos. No sé si el alma me regresó al cuerpo, o si se me acabó de escurrir por los zapatos dejando un gran reguero sucio sobre el piso.

En todo caso, me temblaron las piernas. Se abalanzó sobre mi enamorada humanidad y reventó a

llorar como otras veces. Y cuando pasó el ahogo de ese llanto compulsivo me dio un beso, uno más largo, y después otro más dulce que todos los otros de las fechas prenupciales. La conduje hasta la cama.

? Dime que me quieres, porque yo te adoro -me dijo de repente plena de alegría.

? Te quiero, pero... ¿Y tú a mí?

— Lo que pasa es que estaba furiosa por lo que hacías con Frida el otro día.

? ¿Y qué era lo que hacía? Yo no lo recuerdo.

? No te hagas.

? No es, ni ha sido lo que piensas. Solo inocentes juegos entre dos seres gemelos que nunca entenderías.

? Estoy muerta de los celos. Desde que me di cuenta que tú te ves en ella y ella se ve en ti, porque se quieren... de una manera extraña o especial. Y porque ella está triste desde que tú ya no la miras como antes. Pero ahora, yo soy tu esposa, y eso, para mí está por encima de cualquier consideración. Se levantó otra vez airada.

Sin lugar a dudas, era la mujer que estaba destinada a ser mi complemento. Tenía temperamento, pasión, clase y trapío. Atrás quedaba ese período de cuando lo único que podía admirar en ella era su boca, porque mi hermana no me dejaba ni arrimármele.

Cada palabra en ella, era lujuria musical para mis oídos, aunque estuviera refiriéndose al Altísimo, porque podía ver su lengua saludable entre la boca. Cuando me concedía el gusto de escucharla decir 'trigonometría', y llegaba a la terminación 'tría', inevitablemente se veía obligada a sacar la puntita de su lengua por debajo de sus dientes blancos y parejos.

Pero ahora, no sabría decir si lo mío era fe ciega en camino de convertirse en fe absoluta, o una devoción para la que guardaba toda la experiencia que había ido acumulando en mis fracasos.

El viaje de luna de miel se llevó a cabo según lo convenido. Maletas, avión, mar, palmeras ondulantes, ventiladores en la alcoba, frutas frescas, daiquirís y mucho líquido con hielo. Y en algún momento de la noche yo ya no quería hablar más de nada ni de nadie.

Ella se puso de pie para ir al tocador y me dejó solo. Yo estaba colmado de zumbidos y de voces y recuerdos inconexos. La evanescencia de la vida, como diría el místico. En todo caso, ahora estaba atado a esta mujer de gloriosa sensualidad, y hasta cierto punto, comprensiva para mis requerimientos.

< ¿Comprensiva? Espere a ver si no resulta con que tiene que ser usted el santo varón, el comprensivo, el libro de Job de la paciencia. Porque como la veo, esa mujer errática, tan llena de contradicciones, y sobre todo tan llorona, usted no va a ser capaz de retenerla>.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que escuché su voz que me llamaba desde la otra habitación. Pensé: estuvo llorando otra vez, y desea mi consuelo. Es

mi deber de esposo hacerlo. Intentaré explicarle que es maravillosa, que me ha revelado un mundo nuevo, y quizá sugerirle que sé algo de su desilusión.

Que existen conductas que de ninguna manera deben confundirse con los actos inmorales, y que lo que existía entre Frida y yo era un simple vínculo filial.

<Tan inocente como ella. ¿Inocente Frida? ¡Pobre muchacho tan incauto! ¡Si esa Frida es una arpía! ¡Pregúntemelo a mí si no voy a saberlo!>.

Además Melissa, que había tenido algún flirteo con mi hermana, no sabía que desde el primer momento yo estaba ya enterado. Extraña razón por la que me hubiera distanciado de ella un poco.

Extraña, porque yo debí haberme acercado todavía más, sabiéndola conocedora de gustos tan lejanos a lo que se pueda considerar como ortodoxos.

Entonces, pasé por el corredor que daba al mar donde la brisa hacía tiritar los frondosos helechos que colgaban de los ganchos a cada dos pasos de camino. Me detuve a escuchar ese murmullo lejano de las olas por un largo instante, como un enamorado feliz.

Me veía ridículo de nuevo, en esos calzones bombachos de turista, y con esas piernas lánguidas que remataban en las sandalias de cuero que había comprado en el aeropuerto por darle gusto a ella.

Ahí estaba su perfume para recibirme, y al minuto siguiente estaba encandilándome con su belleza. Vestía una prenda vaporosa y diáfana. Allí de pie, a contra la luz, rodeada de una gasa de seda sutil que dejaba al descubierto la carne y la piel dorada en su fuego pleno.

La miraba flotar en el ambiente de la alcoba; mixtura de ángel y de vampiresa. Imagino que contuve alguna exclamación porque en realidad era la mujer más hermosa que existía en el edificio, en el complejo hotelero, en la isla de San Andrés, en el archipiélago, y en todo el mar Caribe por supuesto.

? Ven aquí, señor mío, y dadme un beso –me ordenó solemnemente.

Lo hice sin vacilar un solo instante.

“Sabía bastante ya de besos cosquillosos y succionadores, de ósculos vibratorios, de lengüetazos ácidos y resoplidos morbosos cerca a su región pudenda”.

Y la abracé y la besé dispuesto a tomar posesión de esos territorios conquistados. Arrojé la sutil vestimenta de seda hacia un costado y sentado en la cama, acaricié sus torneados muslos que se curvaban detrás hacia sus nalgas y declinaban hacia arriba a la cintura.

Era como el brandy Ararat preferido de Winston Churchill, un trago de largo aliento que pude saborear cuando recibía las primeras lecciones con Pompilio.

? ¿No quieres quitarte esas estúpidas sandalias? -preguntó imperiosa.

La vida parecía desarrollarse con una rapidez que me arrastraba. Pero me complacía estar, por así decirlo, bajo ese nuevo rango de la vida. Me quité las sandalias lo más rápido que pude, dejándolas caer sobre el tapete, y arrojé mi camiseta hacia el vestíbulo.

"Cuando el hombre se desviste, hay un momento en

que parece verdaderamente estúpido. En este planeta no existe cosa alguna que pueda convertirlo en ideal romántico. El prototipo de la figura masculina>.

Es el instante en que uno está de pie con tan sólo calcetines y acaso calzoncillos. Imagino que un hombre muy calculador conservaría la camisa hasta el final del intersticio. Claro que, abierta por lo menos. Se desprenderá con la mayor rapidez posible de sus medias y sus bóxers, y después de la camisa para demostrar su condición de Adonis.

Pero yo era un hombre rústico que se desvestía inconscientemente, y nunca lo había hecho con la intención de seducir a alguien. Cuando la pantaloneta (XL de pepitas rojas y amarillas, clase-turista-demontaña-y-playa, porque ni siquiera había mi talla L), cayó con un crujido sordo, dejé de entender mis propios actos.

Ella no había querido hablar más de asunto alguno. Sólo acción y movimiento. Me desprendí de los calcetines y los calzoncillos, mientras ella sonreía. Los arrojé en dirección al tocador, hicieron una parábola y cayeron en la alfombra.

“Si en la fina alfombra habitaban, como dicen, todos esos bichos e infecciones que se adhieren a la prendas para luego posesionarse de las partes íntimas, me tuvo sin cuidado en el momento”.

Me aferré a su cuerpo con caballerosidad pero sin perder la fuerza del impulso. La sostuve firmemente, la besé y volví a besarla nuevamente. Los dientes me castañeaban y mis movimientos peligrosaban con volverse

torpes y proclives al maltrato en persecución de sus quejidos.

Y luego, cuando bajo su sabia dirección llegamos a la ejecución de las variantes más creativas del Kun-fu de los acróbatas y los tantristas chinos, que según mi experta guía, era en ella innato, los niveles de energía amenazaron con hacer entrar al pequeño volcán dormido en proceso de regurgitarse.

Ella, de una manera pragmática me mantenía en estado de suspenso. Respiración entrecortada, sangre que galopa, ya al fondo, como en un eco los sonidos propios de la cena de dos bestias. El aliento de los enajenados en la red de sus sentidos.

? Querido, me dijo con suavidad - apartándome un poco con sus manos-, no lo hagas como si fueras un caníbal. Ven y acuéstate conmigo. Tranquilízate, que no tenemos prisa. Dediquemos un poquito a construir este acto como un momento lindo, y aprendamos a mantener el sable al rojo en el rescoldo.

Después de estas didácticas apreciaciones se entremezclaron el zen más erudito de las artes amatorias de la época de los Shogunes, con las palabras pícaras y directas de nuestro pragmatismo paisa. Pensé que mi mujer de miel y luna, además de algunos programas de T.V., y lecturas iniciáticas y clandestinas, también tenía el acervo de toda esa sabiduría de las maternas esposas colombianas.

Y así, con delicadeza lo hicimos. Estaba tan afinado el violonchelo de su cuerpo que con el sólo roce de las

yemas de mis dedos sonaba a semifusa, a redonda y a corchea. Y yo no podía ser inferior a la ejecución de ese instrumento del que no sabía ni pío. Por su parte, esos cántaros de leche y miel del Paraíso, ella los mantenía al baño de María, y con tendencia a subirse a los cien grados.

Yo era lego en la materia, a juzgar por la pericia que mostraba ella para conducir los hechos. Ardía a causa del deseo parcialmente satisfecho con mis experiencias anteriores, y no entendía de los juegos preliminares; de los ritos que implicaba ese extenso y prolongado rito.

Sin embargo, a pesar de sus palabras, tampoco ella pareció demostrar mucho interés en la apertura del concierto y quería entrar en los tercios de faena con el mejor toro de la temporada. Yo estaba exultante de romanticismo y de taurina fuerza.

Cuando después de unas maniobras estuve bien situado, ya no sentí miedo al peligro de cometer un acto antinatural o incluso quizás de violentarla. Me sentía lleno de algo que por primera vez podría llamarse “vanidad innata masculina”.

Estaba penetrando ya el umbral de la Novena Esfera de Alighieri, y el anillo de oro (es decir, la prenda), se fue dilatado lentamente con un beso noire que ella me había solicitado siguiendo sus específicas indicaciones.

Ella rondaba ya los treinta y pico, quizás pudiera ser uno o dos años mayor que yo, y era la primera vez que hacía todo eso por amor. Pero era evidente que yo no era el director de aquella orquesta donde hasta el oleaje del mar había metido su nariz.

No obstante, todo terminó más rápido de lo que esperaba. Toda esa aceleración de la energía, producto del ritual erótico en la modalidad del acoplamiento griego, desencadenó en mí una descarga de explosión incontrolada que me influía desde cada poro de la piel y los oídos. De ahí que terminamos yaciendo boca arriba embriagados en un estado místico.

Después de unos minutos de calma que aprovechamos para recuperar las fuerzas, comenzamos a sentir nuevas cosas agradables. Y pensé entonces: ¡Mierda! La gente lo hace más de dos veces seguidas.

Entonces fui por la provisión de brandy que había en la salita y me mandé dos lingotazos en un vaso seco. Sabíamos que la faena no había terminado. Nos esperaban rounds más estilizados, quizá más caribeños.

Estaba dispuesto a participar en el experimento. Con esa cierta sincronización que habían desarrollado nuestros cuerpos, nos fuimos dejando llevar por el rítmico rumor del oleaje y de la brisa que golpeaba desde afuera en el balcón, aunque se contraponía la animada vivacidad de la primera vez.

Eso, al parecer le agradaba mucho más, y comencé a comprender que en ese asunto había más de lo que yo me había supuesto. Me pareció que mejoraba aún más su aspecto de hembra, aunque no había pensado antes que necesitara mejorar.

La vi más joven, más fresca, más romántica, pero también más sabia. Era también mi obra. Sentí una forma de complacencia que me reconciliaba hasta conmigo mismo. Esta vez bastante chanza, rosquillitas y apretones.

Y de nuevo el acto sorprendente que nos mantuvo como a dos bellos siameses por mucho más tiempo. Y entonces ella decidió que para esta coreografía debían existir también terceros movimientos equivalentes en la partitura.

Al concluir el asunto, yo estaba muy dispuesto a continuar la conversación para saber más de ella. A decir verdad, yo aún no conocía la verdad de sus secretos. Me agradaba su charla casi tanto como lo otro. Sin embargo, no me sorprendió que ella mostrara cierta tendencia a adormecerse bajo el influjo de la brisa.

No parecía estar muy interesada en reanudar un diálogo; claro, el alcohol ya comenzaba a hacer su “blandicina” adentro del torrente de ella, cuando se sabe que el hechizo del mar no deja que los enamorados duerman para que se amen y se amen y se amen...

No sé cuántas horas nos dormimos, pero creo que fue mucho. De todos modos estaba sumido en un profundo ensueño acerca de la extrañeza de lo que buscan las personas en la ceremonia erótica. Entonces sentí su tersa mano sobre el muslo.

Otra vez me sentía como un Becerro de Oro, dispuesto a complacerla. Estaba preparado para eso.

<Leí después, o quizá antes, que la criatura masculina alcanza la culminación de su potencia a partir de los 17 años. Si yo tenía casi otro tanto más de eso, querría decir que estaba más que sazonado, máxime que era un hombre bien formado y con una salud que podría catalogarse de excelente>.

Esta vez mi esposa se mostró más ruda. Por eso yo me preguntaba: ¿quién es entonces el caníbal? Incluso me sentí alarmado porque me pareció que no advertía ni mi presencia. Emitía ruidos, a mi parecer impropios de una dama tan decente y distinguida. Jadeaba. Gruñía. Juro que una o dos veces rugió como una fiera.

Se había convertido en una cortesana deseando a toda costa calmar en las mazmorras del Santo Oficio en Cartagena, lo que entonces llamaron: su furor uterino. Quería que le manipulara con dureza, que la abriera por completo y le sacara las semillitas negritas que traía por dentro la papaya, que devorara todo ese buffet que había servido, sólo para mí a lo largo y ancho de su mesa.

Después, entró en un ritmo sincopado, lento y moderato, que derretía la copa en su gelatto. Y llevamos la sinfonía a una bella combinación beethoveniana con una serie de acordes estridentes y de selva. Después volvió a dormirse. También yo. Qué importaba el mar ¿si en pocas horas llegaría un día nuevo?

Estaba sumido en un sentimiento de asombro y maravilla. Aunque viejo es el mar pero se mueve. Mi querida que se encontraba en la flor de la existencia, ¿no iba a poder moverse con la gracia de las olas, por la excusa del agotamiento?

En todo caso, al tercer día el mar resucitó de entre los muertos, y subía y bajaba acompasadamente mezclando con la brisa todos esos cantos de sirena con los suspiros y jadeos de mi amada. ¿O acaso la experta en manejar la batidora para sacudirle los huevos al rey Carlos, no tenía que moverse también rítmicamente para convertirlos en la más celeste espuma?

Y luego vinieron la playa, el sol, la luna y los platos de langostas. Después de esos primeros disparos de salva, mi humanidad recobró el verdadero significado cívico y patriótico de nuestra condición conquistadora porque si la bandera ondeaba ahí en la puerta del comando superior del regimiento, en aquella ocasión mi bandera estaba levantada hasta la punta y asegurada con un nudo ciego.

El ajetreo y el tráfigo que se avecinaban no darían respiro para reparar y planchar las arrugas de la sábana. Olía a excesos, y al deseo de tocar los límites de la resistencia. Y cuando ya se anunciaban los tachones del alba del día cuarto, y el ambiente estaba rozagante, yo ya me sentía exhausto y seco.

Sin embargo, volvimos a cargar las baterías porque ella necesitaba tocar fondo, y yo aferrado al firmamento para no caerme. Y saboreé los mil platillos del encuentro, incluidos los que empiezan en el umbral mismo del amargo y de los acres, y los platillos cáusticos y los aromas dulces y los tóxicos del amoníaco.

Yo estaba exhausto (eso ya lo dije), y ella más vital que en el comienzo. Más llena de optimismo, con más determinación que un contingente en marcha, listo para entrar en un combate cuerpo a cuerpo.

Creo que hasta inventamos posiciones nuevas. Más allá de las quinientas y tantas que tienen establecidas los expertos en tantrismo, y que consagran en los templos de Khajuraho en el Madhya Pradehs de la India.

De pie, vino el acople de posturas antiquísimas entre las cortesanas y los señores de la piedra; de pie, su

asombrosa flexibilidad como vestal, como amazona para mostrarme las estrellas, a horcajadas de la piel y sobre el lomo regio y sincopado del deseo.

En todo caso, después del tercer día ella no durmió un minuto. Lo sé porque entre la antesala de mi primer sueño y el canto de los gallos de ese quinto día, (que a diferencia de la capital, donde los gallos son los voceadores de periódicos, almojábanas y pandebonos, aquí en la isla su canto es el murmullo de un mar y una brisa de misterio).

Escuché el chorro caliente de la ducha y percibí el aroma de su pelo filtrándose por los intersticios de la opaca división de acrílico; el sonido leve de sus pasos y el roce de gavetas que se abrían y cerraban. Y sentí el delicioso beso de los buenos días.

Ella era en verdad una gimnasta sabia y consumada. Su capacidad atlética iba más allá de cualquier cálculo o medida humana. Y su ambición, también. Ambición buena, aclaro, porque ella quería que fuera yo el piloto, para ella seguir siendo la nave, mi copiloto, mi motivación.

Y también mi alimentadora; lo que quedó planteado en el jugo de frutas que me daba de la boca y en los bocados de piña masticados que yo igualmente con apetito erógeno le recibía.

Y después de esas jornadas gastronómicas, caminamos por la arena imaginaria de nuestro propio trópico, tomados de la mano, repasábamos en un lenguaje íntimo y de señas, desconocido para el resto, esa evasiva sensación erógena del calor que en solitario

le es esquivia a cada cuerpo, esa fusión química y magnética de los universos.

Y nos dimos cuenta que “eso” era tan bueno que hasta lo hacían los pajaritos, desde el principio de los tiempos. Y el beso empezó a tomar la consistencia y el sabor del verdadero beso. El beso de la despedida de ese paraíso de mar, palmeras y hombros de música y de ébano, y que hablaban papiamento como cantando un Calipso.

EPÍLOGO

ESA ÚLTIMA NOCHE TUVE un terrible sueño: Soñé que estaba de cara contra el pavimento. Que habían transcurrido un día y una noche y el siguiente, y que me encontraba en ese mismo hotel, pero que estaba ubicado en una capital del extranjero.

Y que el frío era tenaz, y que aquel cuarto de lujo carecía de puertas y los amplios ventanales daban al abismo en cuyo fondo estaba un mar y en el fondo de ese mar había otro fondo más oscuro y más incierto.

Una soledad desprovista de cualquier posible amenidad y calidez en el recuerdo. Tirado en la cama, con esa sensación de desconsuelo me sentía al borde de los gritos histéricos. En la mesita de noche, un cenicero, y bajo la luz de la lámpara una tira de papel con el membrete del establecimiento.

No era una tira, era un chirote de casi dos metros con la relación detallada de la cuenta. Una monumental relación que incluía servicio al cuarto de cremas retardantes, vodka, vinos californianos, langosta, langostinos y ciruelas; bar abierto, llamadas internacionales, sauna, mascarillas y masajes. Y un anexo con el reporte de cinco batas para su pago o su reembolso.

Decidí entonces que tenía que buscarla.

<Ella me había dicho en el avión que se llamaba Elizabeth, pero que en confianza podía decirle “Lisa”. Con razón, porque era una anguila extremadamente lisa, resbalosa>.

Pero ¿cómo? ¿Por dónde, si no existían puerta alguna en esa suite? Pero eso no se podía quedar así. Además ella tenía todo el efectivo. Razón de más para que empezara a marcar todos los teléfonos que figuraban en la lista mental que me quedaba. Pero nada. Y sin saber cómo, empecé a recorrer la ciudad de polo a polo, de boutique en boutique, de bodega en bodega, por la metrópoli nocturna.

En las joyerías de una gran avenida por donde merodean los esmeralderos. En las grandes, las medianas y las pequeñas. Pero yo ni siquiera disponía de una fotografía de la chica.

< ¿Que era bella?, eso es cierto. Bella y “lisa”, la tomaría de escopolamina>.

Y empecé a hiperventilarme y a faltarme el resuello. Y a cada minuto que perdía en aquella búsqueda infructuosa, empecé a sentirme preso de la desesperación, aprensivo, paranoico, y a sudarme las manos sin que existiera una razón climática porque el hielo de la calle era mortal.

Me dejé caer sobre ese basurero de ropa y calcetines, de camisas y alpargatas de playa que yacían por el piso de la habitación, porque antes de irse me había esculcado hasta las suelas.

Me sentía la viva estampa de un timado. Sólo con

las huellas en el cuerpo como prueba de una noche de Bocaccio, y en las labios un poco de amor condimentado con manipulación y engaño.

Ella había sido tan profesional y astuta, que con su afilada lengua y sus encantos (¿cómo negarse a sus encantos?) Había aletargado mi cerebro hasta el grado de no permitirme percibir ninguna alerta que me advirtiera del inminente daño.

Con su lengua bífida me había subido a las estrellas, pero no para que participara en el almíbar de ese éxtasis sino para que fuera más letal esa caída. Y no sé cómo volví a aparecer en otra calle.

Con la frente en alto, porque se suponía que yo era una persona de categoría. Pero en estado de alerta. Por si aparecían los señores del hotel a torturarme, a arrancarme las uñas y a aplicarme inyecciones de aceite en el fondillo, mientras la bendita Lisa escurridiza ya había puesto pues en polvorosa con sus cómplices y un maletín cargado de mentiras.

De ahí no se seguiría nada distinto a la pena lenta y dolorosa del destierro para ella y el resto de compinches. Pero la bruja no había terminado de voltear todas las cartas porque resulté adelantándome en el tiempo y en el hotel del “jaboncito” me dijeron que sí la conocían.

Me volvió el alma al cuerpo porque en el pasabordo del avión no aparecía ninguna Elizabeth y la identificación suministrada había resultado falsa. Y aparecí frente a ella (adelantados en el tiempo).

Tantos insomnios y maquinaciones para conseguirla, y en el momento de las decisiones yo seguía

siendo un tipo corto, en tratándose de las mujeres, porque con la misma edad de ahora, yo era su “querido” yerno, y tenía que soportar cada minuto sus falsos juramentos.

<Le juro por mi madrecita que yo no quería hacerlo. Me obligaron unos tipos. Y si no me cree, pregúntele a mi hermana, pero por favor no me obligue a comerme esas verduras>.

El desagradable aroma de su comida predilecta me obligaba a manifestar, en la más convincente de las formas, que “¡gracias!”, que en ese momento “carecía de apetito”, o cualquier otra disculpa parecida, y lleno de horror, me tocaba presenciar las enormes cantidades de carne medio cruda que engullía.

La llevaba a la boca engarzada en el cuchillo con que cortaba los demás trozos para el resto de los comensales en la mesa, al tiempo que la grasa y el agua-sangre les resbalaban por el antebrazo donde sostenía el arma.

A la par de todo eso, introducía sus uñas largas y encorvadas en un platón de papas y de yucas, amasadas y deshechas en el agua. Pero lo peor era que todo lo ingerían, ella y su camada, en cantidades alarmantes, dizque porque cuando yo iba a visitarlos era motivo de la mejor fiesta.

Hasta que todo llegó al colmo, porque ella misma desparramando su gran panza sobre los platones que estaban en la mesa, intentaba introducirme un verdugón de apio por la nariz arriba.

AHÍ DESPERTÉ DE UN MORTAL salto seguido de un desesperado grito de espaviento. Melissa se asustó. ¿Qué se iba a imaginar mi esposa que esa delicada pluma con que me acariciaba las puertas del olfato, representaba ese gran trozo de apio con que me estaba dando muerte la escurridiza Lisa?

Fue tal el grito con que desperté en ese momento, que ella revotó como un gato de la cama, y con en el rostro en las manos se quedó mirándome como si de pronto sospechara que yo sufría un ataque de pánico. Al parecer, completaba ya tres días sin echar bocado en el estómago, y este era el resultado.

Resultaba cierto que “el amor con hambre no dura”, según había escuchado tantas veces. Pero yo lo había entendido de otra forma: que si el tipo ponía a aguantar hambre a su señora, ella tendría en ese hecho una buena excusa para buscarse otro capaz de cumplir la otra parte material del pacto.

— ¿Dónde está ella? -pregunté, mientras me entregaba la nariz con fuerza.

? Qué susto me has dado Felicito! Le saltaba el corazón.

? Me persiguen aún las pesadillas - perdóname.

Se acercó cariñosa, y empezó a entrelazar sus dedos en mi pelo. Quería hacer limpieza también en el oscuro armario de mi cabeza, que estaba llena de esperpentos, pesadillas y esqueletos.

Le coqueteé un poco, y finalmente terminé dándole

su cuota de cosquillas, convencido ya, que lo de antes había sido un mal sueño, propiciado por el desequilibrio de mi estómago, porque, en verdad, en ese instante estaba en capacidad de comerme hasta a un caballo.

Hice gárgaras con el enjuague bucal que había en el baño. Me tomé un zumo de naranja que había llegado en el servicio al cuarto. Le cubrí el rostro con mis besos. Su cabello de trigal tostado. Las colinas de su pecho. La planicie de su vientre. Las suaves pendientes del nacimiento de sus muslos.

Su monte de Venus totalmente depilado como una flor carnívora esperando a su crocante insecto, aunque el efecto final que me produjo el cítrico fue el unas tripas retorciéndose.

Su perfume era el hechizo de esa noche de terciopelo azul que muestran en alguna película. Invadido paraíso que invitaba al azaroso paso de la procreación de las especies sin excepción alguna. El aroma de un almizcle elaborado acuciosamente por la naturaleza. Y me quería hundir en él pero las tripas estaban más adentro.

- Ponte algo, y vamos para el restaurante –dije.

Para ella, eso era irrelevante porque sus endorfinas de los treinta años estaban vibrando a velocidades supersónicas.

- Si no tienes reparo en que baje y te acompañe en las mismas condiciones como me estás viendo, contigo iré hasta el infierno. De lo contrario, me parece que es más cómodo que pidamos aquí al cuarto –y volvió a ponerse más melosa y pedigüña-

, no seas tan aguafiestas... ¡mira que a las cuatro de la tarde ya nos vamos...!

Y puedo decir que nada se compara con los grados de excitación y embriaguez que esa intrusión desencadena. No sé por qué en algún momento pensé en Frida, y me dije que de todos modos estaría bien sin mí. Porque a ella le corren y le vuelan. Pero dejemos a Frida en su Universo.

CONTENIDO

1 .	Frida.....	02
2 .	Celestino.....	24
3 .	Trina.....	47
4 .	Ultimátum.....	70
5 .	Catalina.....	91
6 .	Octavio.....	125
7 .	Panamá.....	144
8 .	Burundanga.....	166
9 .	Melissa.....	195
10 .	Marmolejo.....	225
11 .	Epílogo.....	253

Mi Querida Enemiga

(Ficha técnica)

Formato:	14 x 21.5 cm.
Caja gráfica:	10.5 x 18 cm.
Tipo de letra:	Calligraph 421 BT
Tamaño de la letra:	12 puntos
Interlineado:	13 puntos
Páginas:	80
Papel:	Pág: Propalibro beige de 70 grs. Carátula: Propalcote de 250 grs. plastificada brillante
Encuadernación:	Rústica

La presente obra, Las Calles del Corazón,
se terminó de imprimir
en el mes de octubre de 2011
en los Talleres Litográficos
de Editorial Manigraf.

Manizales - Colombia